

# Aguellos Días de Julio

Jesús Fontana Alcántara.



Relato Histórico.

1976

### Dedicatoria.

Estas páginas están escritas en honor de los que cayeron, oficiales, suboficiales y soldados, en la epopeya del Alto del León, y de todos los que, con su heroísmo y abnegación, hicieron posible la victoria allí conseguida, con la fé y la esperanza puesta en España. Pero, muy especialmente, de los que formaron parte de las Compañías del Regimiento de Transmisiones, que combatiendo como infantería supieron alcanzar la confianza y el aprecio del Mando, pagando elevado tributo de sangre. También, de aquellos otros compañeros del Regimiento que prefirieron una muerte gloriosa antes que la rendición humillante.



## Prologo

### Año 1.936

Corre el mes de julio. Los acontecimientos de origen político – sociales se han ido agravando en los últimos meses, después de las elecciones de febrero, hasta el punto de desembocar en una lucha enconada entre las facciones extremas rivales. Por un lado, los “activistas” de las milicias marxistas y de la CNT, por otro, las centurias de choque de FE de las JONS, especialmente desde que ésta fue sometida a la clandestinidad.

Después del fracaso de los moderados, Gil Robles en el área de las derechas y Besteiro en el “frente popular”, que pretendían mantener las relaciones políticas dentro del ambiente parlamentario democrático, se han venido radicalizando las posiciones. El “frente popular”, coalición de las izquierdas en la que se habían integrado desde republicanos de Azaña hasta los libertarios de Pestaña, pasando por socialistas y comunistas, detentaba el poder desde su triunfo en las elecciones del 16 de febrero en las que había conseguido obtener la mayoría, pese a la exigua diferencia en el número de votos conseguidos sobre el llamado “frente nacional”.

Casares Quiroga había formado gobierno en mayo, después de que las Cortes destituyeran a Alcalá Zamora como Presidente de la República y de que fuera elegido Azaña para sustituirle. El Gabinete, fuertemente influido por los sectores más radicales de la izquierda, había desencadenado la persecución de sus enemigos más encarnizados que situaba en las filas falangistas. José Antonio y la mayor parte de sus colaboradores más cualificados habían sido detenidos y encarcelados.

Pero estas acciones, en lugar de atemorizar a los muchachos de la falange, habían sido un revulsivo que aumentó su ya animoso espíritu de lucha y esta actividad hizo que sus filas engrasasen de día en día con jóvenes deseosos de engancharse para luchar contra el comunismo, en el que veían una amenaza tangible. Muchos antiguos afiliados a las JAP (Juventudes de Acción Popular) desencantados de la ineficacia de las CEDA y de su presidente Gil Robles ante la situación que se planteaba, se pasaban a Falange Española. Lo mismo hacían muchos jefes y oficiales del ejército, preocupados por la gran actividad de los marxistas, que parecían conducir en breve plazo a la implantación de una República Socialista Soviética.

Por su parte, las Juventudes Socialistas se pasaban al campo comunista con su Jefe Santiago Carrillo a la cabeza, constituyendo las Juventudes Socialistas Unificadas. Con todos estos sucesos se hacía cada vez más profundo el abismo que separaba a las dos Españas. Se organizaban milicias por socialistas y comunistas, y en el bando contrario, por carlistas y falangistas. Todas ellas recibían instrucción militar, impartida por oficiales del Ejército afiliados o simpatizantes de los partidos respectivos.

Se intensifican los enfrentamientos y agresiones entre unos y otros, y empezaba a desgranarse un triste rosario de muertes. Se alcanzaba el punto culminante en esta lucha con el asesinato del Teniente Castillo, instructor de las JSU el 12 de julio, y como represalia, el de José Calvo Sotelo en la madrugada del día 13 por oficiales y guardias de Asalto uniformados, dirigidos por el Capitán Conde de la Guardia Civil, todos correligionarios políticos del Teniente Castillo.

Hace ya varios meses que realizo las prácticas reglamentarias en el Regimiento de Transmisiones de El Pardo, casi terminándolas. Soy Alférez de Complemento de Ingenieros desde septiembre de 1934, y estas prácticas tiene por objeto el alcanzar las condiciones establecidas para el ascenso a Teniente de mi escala.

Aún tuve ocasión de participar como Oficial en los sucesos revolucionarios de octubre de aquél mismo año 1.934, recién terminado el Curso con el que obtuve el grado militar que ostento. Me presenté en mi Cuerpo voluntariamente y puse todo mi empeño en el buen cumplimiento de las misiones que se me encomendaron, porque, aunque no sin vencer un período de confusión y dudas, he llegado a profesar un decidido anticomunismo.

Creo en mi Patria y conozco con bastante detalle su proceso histórico, pues fue la historia una de las asignaturas que estudié con mayor interés durante mis cursos de

bachillerato. Precisamente por eso, no estoy conforme con la evolución política de nuestro país durante los últimos 150 años, en los que bajo la influencia de corrientes exteriores, extrañas a nuestra idiosincrasia, se han venido ensayando sistemas y procedimientos con los resultados deprimentes que estamos viviendo.

Hace algunos años veía a la FUE (Federación Universitaria Española) con cierta simpatía, por su actividad contestataria hacía un Gobierno claramente deficitario. Pero luego me di cuenta de que esta organización seguía la pauta de intereses políticos ajenos, que prevalecían sobre los propios nuestros. Más tarde, cuando tuve ocasión de conocer el pensamiento y el estilo de José Antonio, me conquistó por completo y fui partidario ferviente de Falange Española de las JONS.

Yo realizaba estudios civiles, a pesar de mi gran afición a la milicia, pero una serie de circunstancias adversas me apartaban de mi vocación verdadera. Había hecho el servicio militar como voluntario, antes de la edad de mi reemplazo, y durante él, realice los Cursos para Oficial de Complemento, como ya anteriormente dije. Esta circunstancia iba a jugar un papel decisivo en mí vida. Luego, haciéndolas compatibles con mis estudios, empecé las prácticas que estoy a punto de concluir.

Mi Regimiento es anticomunista por la manera de pensar de la mayoría de sus componentes. Por ese motivo y a la vista de lo ocurrido durante los últimos meses, estamos enlazados con los grupos activos que se preparan para poner fin a esta situación de caos, así, la escada comunista hacía la usurpación del poder por procedimientos revolucionarios, que vemos más próxima cada día que pasa, favorecida por la actitud del propio Gobierno.

El asesinato del líder de la oposición parlamentaria, José Calvo Sotelo, realizado por la misma policía, ha sido gota de agua que hace rebosar el vaso, creando el clima de indignación popular y generalizada en los ambientes no izquierdistas, caldo de cultivo favorable para el alzamiento que se viene preparando.

Sabemos que todo esta a punto y que la orden tan esperada no puede tardar. Pero no podemos evitar que nos devore la impaciencia, porque resulta difícil soportar tanta lenidad o impudicia que hacen arder la sangre.

Así, llegaron los acontecimientos que relato a continuación, sacados de mi diario, que constituyen el hito culminante de mi vida.





## Día 18 de Julio.

Sobre las siete de la mañana me despierta el tiembre de casa, que suena con insistencia. Minutos después entre mi madre en el dormitorio y me anuncia la visita de Enriqueta, mi novia, con noticias urgentes. Su hermano Leonardo en mi enlace con FE.

Salto de la cama rápidamente y salgo, poniéndome la bata, lleno de ansiedad. Parece ser que se confirman los rumores que circularon anoche por Madrid, sobre la sublevación de varias guarniciones de nuestro Marruecos. Creo que ha llegado el momento que hemos esperado tanto, aunque me extraña que no me hayan enviado ningún aviso desde el Regimiento, como estaba previsto. No obstante, decido incorporarme inmediatamente por lo que puede ocurrir. Debo darme prisa pues tengo el tiempo justo para llegar al ómnibus de las ocho, así que sin pérdida de tiempo me aseo ligeramente y visto el uniforme.

Al salir, abrazo a mi madre con emoción y beso furtivamente a Enriqueta. Ambas lloran...

- ¡Hijo, ten cuidado! –dice mi madre- ¡No hagas locuras!
- ¡Madre, no te preocupes... no va a pasarme nada! – la tranquilizo.
- ¡No dejes de enviarnos noticias! – dicen ambas.
- ¡Naturalmente! Ya os tendré al corriente de lo que ocurra.

Sin esperar más, pues el tiempo apremia, salgo. En la escalera, mientras desciendo, saco de la funda la pistola, la monto y la oculto en el bolsillo llevándola empuñada. Temo encontrar grupos hostiles que, al ver a un militar, traten de agredirme. Estoy decidido a todo.

Mientras me dirijo al “Metro”, voy atento a mí alrededor para no dejarme sorprender. Al llegar a la glorieta de Cuatro Caminos veo a algunos grupos de obreros que me miran con desconfianza, pero no pasa de eso. Subo al tren en el extremo del último vagón porque desde allí domino todo el coche y además, al llegar a San Bernardo quedaré cerca de la salida. Van escasos viajeros.

Miro el reloj. Faltan quince minutos para las ocho. Tengo el tiempo más bien justo y siento que mi corazón late con fuerza. La impaciencia por llegar junto a mis

compañeros y el pensar que estamos plenamente sumidos en acontecimientos que no dudo en estimar como trascendente, me llena de excitación. ¿Qué ocurrirá?, ¿Saldrá todo bien o se producirán fallos que resulten fatales a nuestros planes? De cualquier manera, me tranquilizo en cierta forma, me tranquilizo en cierto forma cuando pienso que mi carta está ya jugada. Lo que pueda pasar siempre será mejor que la esperanza enervadora en que hemos estado, en la que poco a poco la policía aclaraba nuestra fila, con su oleada de detenciones, buscando desarticularnos para futuras acciones.

Hemos llegado. Subo rápidamente las escaleras pues es ya casi la hora. Al salir de la boca del “Metro” me tranquilizo al ver que está el ómnibus del Regimiento en el lugar acostumbrado. Tras él está un camión militar en cuyo interior veo soldados con armamento.

Al entrar en el ómnibus me saludan entre bromas algunos compañeros; el Teniente Sánchez Aguilló me dice:

*¡Hola Popeye!, -es el apodo que me han puesto algunos compañeros por mi voz de bajo y por mi afición a los ejercicios físicos- Ya creíamos que no ibas a venir.*

*Pues aquí me tenéis -contesto- pues aunque no he recibido aviso alguno, he venido al ómnibus de las ocho en vista de los rumores que corren de que ha comenzado la cosa.*

*He hablado por teléfono con el oficial de guardia y me ha dicho que no tiene orden alguna de alertados. Pero creo que debemos concentrarnos a la vista de los acontecimientos -tercia el Teniente Vega-.*

Todos comentan las noticias que circulan y lo que cada uno ha conseguido averiguar. Parece que no hay duda alguna de que el ejército de Marruecos ha iniciado el alzamiento. Nos extraña que en nuestro Regimiento no se haya tomado ninguna medida, aunque pensamos que es probable que no haya llegado nuestra hora.

A las ocho y media el Capitán Salas da la orden de marcha, como más antiguo. Se ha prolongado la espera para recoger a posibles rezagados, ya que, según han comunicado del Regimiento, no se hará el viaje de las nueve para los francos de servicio. Emprendemos la marcha hacia el cuartel. Detrás de nosotros marcha el camión y repartidos entre ambos vehículos, los soldados de escolta con las armas preparadas para hacer frente a cualquier contingencia.

Conocíamos las consignas e instrucciones distribuidas a las milicias comunistas por sus dirigentes. Las había llevado yo al mando del Regimiento, recibidas de FE a través de Leonardo y conseguidas por el servicio de información. Con carácter

reservado se habían difundido entre los jefes y oficiales de la confianza del Coronel. En dichas instrucciones, se trataba en uno de sus puntos de la manera de impedir la concentración de los cuadros de mando de las unidades, por medio de grupos de acción que atacarían los autobuses de transporte con armas automáticas desde vehículos. Vamos, pues, preparados para repeler la agresión, si ésta se produjera.

Nos ha llamado a su despacho el Coronel Carrascosa, primer jefe del Regimiento, a los Oficiales de Complemento destinados en él: Teniente Abeilhe, Alférez Carranceja y yo. Nos dice que le han avisado de la División, por teléfono, de que mañana se recibirá la orden, inserta en el Diario Oficial del Ministerio, de licenciamiento provisional de todos los Oficiales de Complemento en prácticas. Quiere el Mando que dicha orden se cumpla sin dilación, por eso la anticipan telefónicamente.

Quedamos asombrados y confusos ante esta noticia inesperada. Por lo que se ve, trata el Gobierno de reducir todo lo posible los cuadros de mando de los cuerpos. Probablemente intuye, además, que mayoritariamente estamos por la sublevación iniciada en Marruecos. El Coronel, tras una pausa que ha seguido a la comunicación de la orden, continúa:

*En consecuencia, han dejado ustedes de formar parte del Regimiento, oficialmente, claro, pero yo les dejo en libertad de que continúen en él, si ese su deseo.*

*Desde luego que nos quedamos, mi Coronel, contestamos los tres al unísono.*

*Pues en ese caso, les ruego que no se hagan ustedes muy visibles, por el momento, en tanto no nos llegues instrucciones de los directores del movimiento o que los acontecimientos aconsejen otra cosa. No conviene levantar la liebre antes de tiempo.*

*Lo haremos así, mi Coronel. A sus ordenes, -dice Abeilhe- en nombre de los tres.*

En consecuencia, decidimos recluarnos en la sala de oficiales de mi compañía, que es amplia y cómoda.

Pasamos al tiempo jugando a las cartas y conversando con los compañeros que nos visitan frecuentemente. Incluso nos han servido aquí la comida. Así se desgranar las horas que se nos hacen interminables. Según nos dicen, no llegan noticias concretas ni tampoco las deseadas instrucciones. Reina gran confusión en el maremagnum de informaciones que se reciben en la radio. Parece que se han producido dimisiones en el seno del Gobierno, pero nada se sabe en concreto.

A la hora de la cena nos autorizan a ir a la Sala de Estandartes, dónde se encuentran, en esos momentos, los jefes y casi todos los oficiales que han conseguido

llegar al cuartel. Algunos, marcharon con permiso de verano hace un par de días y naturalmente, están ausentes. La verdad es que se trata de los pocos que no comparten nuestra línea de pensamientos. Fue una astuta maniobra de todos para dejarles el turno mas codiciado.

Concluida la cena se comenta la situación y algunos oficiales manifiestan sus criterio sobre la conveniencia de reforzar aún más las medidas de seguridad que ya se han tomado, principalmente para que le gente no permanezca inactiva. Piensan que la inactividad puede resultar deprimente, especialmente entre la tropa. Como es lógico, todo el mundo sabe que están ocurriendo acontecimientos sumamente importantes, y que el ejército es su principal protagonista. Por ello, resulta de gran interés al mantener la moral.

Cierto jefe hace algunas observaciones indicando la necesidad de ser prudentes y de meditar mucho la conducta a seguir. Dice que si no se siguen las instrucciones que esta dado constantemente el Gobierno, nos convertimos en rebeldes con todas sus consecuencias.

*Debemos ser cautos y no hacer chiquilladas –concluye-*

*Hace ya tiempo que todo oficial debe tener decidida la conducta que, según su conciencia y su honor, deba seguir –dice desabridamente el Teniente Barcena- En este momento no caben titubeos ni vacilaciones, ni, mucho menos considerar como chiquillas la pretensión de poner fin a un estado de cosas que repugnan a todo español bien nacido. He llegado la hora de decidirse, o se está con nosotros o se está contra nosotros.*

La violenta respuesta de Barcena ha creado un clima de fuerte tensión y todos enmudecemos. Tras unos segundos interminables de silencio y ante la implícita demanda, plantada tan crudamente, el jefe contesta con calma:

*No se excite Barcena, yo no estoy enfrente de ustedes, pero estimo que debemos medir cuidadosamente nuestros pasos para no cometer errores que pueden ser fatales. Era a eso a lo que quería referirme.*

De esta manera se ha plantado y se ha resuelto una adhesión que hasta el momento había sido dudosa. La tensión ha cedido y las conversaciones se reanudan de nuevo. Creo hemos dado todos un suspiro de alivio.

La hora empieza a ser avanzada y se decide mantener la espera. Si no llegasen instrucciones de quién las esperamos, mañana se planificaría la actuación del Regimiento y se decidiría la línea de conducta a seguir.

Se establece un servicio de retén con turnos de vela, durante la noche, por si se produjese alguna incidencia. También permanece en servicio una estación radio-auto potente, constante a la escucha, para recoger información. Hasta el momento, las emisiones que se captan no permiten formar un bosquejo claro de la situación, pues las noticias de unas son desmentidas por las otras. Lo único cierto es que el movimiento militar se extiende por España entera.

## **Día 19 de Julio.**

Hemos dormido más bien poco, unas cinco horas de sueño. Temprano hemos saltado de la cama, deseosos de enterarnos de las noticias que se hayan podido recoger. En Estandartes hay algunos oficiales, a pesar de lo temprano de la hora, que comentan las informaciones que han permitido reconstituir algo de lo que está ocurriendo fuera de nuestro entorno, a través de las emisiones recogidas por la radio que quedó en servicio de escucha.

Parece confirmarse que el alzamiento ha triunfado en las Plazas del Protectorado de Marruecos, en las islas Canarias y en varias capitales de Castilla. En el seno del Gobierno se suceden comunicados relativos a dimisiones y nombramientos de altos cargos, tanto civiles como militares. Los partidos políticos de la izquierda lanzan proclamas convocando a la huelga general por sus sindicatos respectivos y piden al Gobierno armas para sus militantes, con los que ofrecen ayudara s sofocar la rebelión de los militares. Los partes oficiales aseguran que el Gobierno tiene dominada la situación y que solo se mantienen pequeños núcleos de rebeldía.

Pero las emisiones procedentes de las ciudades antes indicadas aseguran lo contrario, es decir, que se ha declarado el estado de guerra y que el mando militar asume el poder, controlando a los grupos extremistas de la izquierda. Esta doble campaña informativa y contradictoria contribuye a crear confusión e impide formular conclusiones concretas.

Sin embargo, especialmente por la furibunda reacción de los partidos que forman el Frente Popular y por lo que está ocurriendo en las esferas gubernamentales, es posible deducir entre ese ambiente de contradicciones que el movimiento militar se extiende ampliamente por las guarniciones del país. Esto nos llena de alegría y nos da la seguridad de que el alzamiento no puede fracasar, ante la envergadura que va adquiriendo cada hora que pasa.

Como el teléfono funciona con normalidad, puedo hablar con mi casa y con Enriqueta. Por ellos me entero de lo revuelto que está Madrid. Leonardo se ha esfumado y su familia no sabe nada de él. Pienso que estará actuando y que no aparecerá por su domicilio porque sabe que inmediatamente le detendrían. Les tranquilizo por lo que a mí respecta, ya que por aquí marcha todo perfectamente.

Pasan las horas en esta espera que empieza a resultar enojosa y agotadora. Hemos comunicado con el Cuartel de la Montaña, según nos dicen en Zapadores, están dispuestos los Regimientos que se alojan en él y como nosotros, a la espera de las tan ansiadas órdenes o directivas.

Pero no hemos conseguido comunicar con Campamento para informarnos de lo que ocurre allí. Las líneas telefónicas del cantón parten de la central telefónica instalada en el Cuartel General de la División, cuyo mando permanece afecto al Gobierno, y un oficial del Estado Mayor controla e interviene todas las conferencias que se piden.

El mando del Regimiento valora mucho el mantenimiento del enlace con esa guarnición por su importancia. Por ello, ha decidido establecerlo con medios radio y ópticos que suplan al teléfono, de imposible utilización. Se ha ordenado la salida hacia Campamento de una estación radio de campaña y de un equipo óptico pesado, mandado, respectivamente, por los Tenientes Prados y Poole, con un camión y el personal correspondiente. Para conseguir el enlace óptico se ha destacado otra estación lomo pesada al convento del Cristo, situado en un alto dominante, próximo al poblado de El Pardo, que servirá de intermediaria con la instalada en el cuartel. Hay impaciencia, esperando el establecimiento de la comunicación, para saber lo que pasa en el cantón ya que es de interés extraordinario para nosotros.

La iniciativa forzosa hace inevitable que el pensamiento vuele tratando de interpretar las noticias que nos llegan, para concretar la realidad de lo que esa sucediendo. Luego se detiene en nuestro entorno. ¿Qué vamos a hacer?, ¿Qué misión nos encomendarán?, tal y como se están desarrollando los acontecimientos es previsible que se produzca lucha. En Madrid se ha perdido el afecto de sorpresa, imposible a estas alturas; aquí las milicias marxistas están bastante organizadas y dotadas de armas, aunque no en cantidad suficiente. El Gobierno dispone incondicionalmente de la Guardia de Asalto y probablemente de ciertas unidades militares. Pienso que la Guardia Civil estará de nuestra parte, sobre todo, después de los incidentes producidos por el asesinato y entierro del Alférez Reyes, pero nunca se sabe.



Pienso también en mi familia y temo lo que pueda ocurrirles. En el barrio estaba considerada como de derechas y yo sé lo que esto puede suponer. Temo especialmente por mi padre, pues estoy seguro que ha de sufrir graves dificultades, hasta que seamos capaces de controlar la ciudad. ¿Y Enriqueta? No me cabe duda de que las actividades políticas de Leonardo sean conocidas por algunos de la vecindad y si no aparece él, temo que ejerzan represalias con su familia.

Paso revista ahora a la situación en el Regimiento. Hace ya tiempo que el Teniente Guzmán, ayudado por el Sargento Coslado, había organizado un grupo de soldados simpatizantes con las ideas falangistas, bastante numeroso. Por medio de ellos teníamos perfectamente controladas las actividades de la célula comunista creadas dentro del cuartel y dirigida por el Alférez González, casi con seguridad, por su vinculación con el partido, detectada. Nos facilitaba la cuestión el que González estuviese con permiso. La célula fue desarticulada fácilmente al encerrar en el calabozo a los cabecillas más destacados. Mientras, los muchachos de Guzmán se ocupaban de asegurar la colaboración de la tropa con una intensa y convincente capacidad de captación.

Entre los soldados tenemos al hijo del líder socialista Largo Caballero que hace en el Regimiento su servicio militar. Durante la tarde de ayer vino su padre a verle, permaneció con él unos minutos sin descender del coche oficialmente se marchó rápidamente. El muchacho, que tenemos vigilando, no realiza ninguna actuación ajena al cumplimiento de sus obligaciones.

Otro personaje de cuidado es el Sargento Quirós. Evidencia siempre su clara tendencia izquierdista y no oculta sus simpatías entre los soldados, pero Coslado se encarga de neutralizarle y no le pierde de vista. Aparte de él y algún otro menos definido, el conjunto de los suboficiales está de parte nuestra incondicionalmente.

Consecuencia de estas reflexiones es que tengo la seguridad de que el Regimiento, en su conjunto, responderá satisfactoriamente cuando llegue el momento.

Desconocemos los planes establecidos por los directores del movimiento militar para la guarnición de Madrid. Sabemos que se han mantenido contactos con los Cuerpos, pero hasta el momento no existe ninguna directiva ni se conoce quien sea el mando encargado de difundirla y de llevar la dirección de las operaciones. La guarnición es numerosa pero sabemos también que está muy dividida en sus tendencias políticas y dispersada por la ciudad y sus cantones, por lo que, en cualquier caso, una acción

coordinada es practicante imposible si no parte del propio mando de la División, cosa que tenemos la completa seguridad de que no va a ocurrir.

Por todo ello, resulta una incógnita la manera de reaccionar en cada cuartel o establecimiento militar de la capital y en consecuencia, quienes estarán de parte del movimiento y quienes al lado del Gobierno y de las milicias marxistas.

Según noticias captadas por nuestro servicio de escucha de emisiones procedentes de Barcelona, parece ser que las tropas de guarnición en la ciudad han salido de los cuarteles y han ocupado puntos de interés. Se enfrentan a ellas los sindicalistas de la CNT y se producen encuentros violentos. Según fuentes gubernamentales, se oponen a las tropas fuerzas de Asalto y de la Guardia Civil. Esto último se nos hace difícil creer. También se han recogido informaciones de Sevilla y de Zaragoza, ciudades en las que se han declarado el estado de guerra, según unos, y en las que se está consiguiendo dominar la sublevación, según otros.

Mi compañero, el Alférez Carranceja, también falangista, ha recibido un aviso telefónico del enlace de su escuadra, a media mañana, para que acuda a un lugar determinado de la calle Alfonso XII. Era la señal convenida para concentrar la centuria. Según planes estudiados con anterioridad, es probable que se intente entrar en el Parque de Artillería, donde existen almacenes gran cantidad de armamento, para hacerse con él y evitar que pase a las milicias marxistas si así lo dispone el Gobierno. Me invita a acompañarle.

Tras una breve meditación, considero más apropiada mi actuación en el seno del Regimiento, pues en mi Compañía estamos solamente dos oficiales, el Teniente Vega Latapié y yo, pues el Capitán Bugallo y el Teniente Morales se encuentran de permiso fuera de Madrid. Creo que hago más falta aquí. Con Sargentos y unos setenta de tropa, y en el momento de la verdad prefiero estar junto a ellos. Decididamente me quedo y animo a Carranceja para que me imite.

*Tu caso es distinto, me dice. Tú estabas en el servicio de información, pero yo forma parte de una centuria y debo incorporarme a ella sobre todo, dada nuestra situación militar en estos momentos. Piensa que somos pocos los que tenemos una preparación militar que es ahora indispensable.*

Pide autorización al Coronel para separarse del Regimiento, después de ponerle en antecedentes de la llamada, autorización que le es concedida. El Coronel le desea suerte en la misión a cumplir. Carranceja se despoja del uniforme y se enfunda un mono azul que le han proporcionado.

*Debo darme prisa, me dice, pues a las cuatro de la tarde debo estar dispuesto con mi grupo.*

*Creo que debes ir campo a través y salir hacia Cuatro Caminos, le indico, por esa ruta despertarás menos sospechas. Ten mucho cuidado y toma las precauciones necesarias si quieres llegar a la concentración.*

*No te preocupes, lo haré así, pero si pasa algo llevo la pistola a punto en el bolsillo del pantalón, debajo del mono.*

Nos abrazamos fuertemente, estamos emocionados.

*¡Que tengas suerte camarada! – le deseo.*

*¡Lo mismo te digo!*

*¡Arriba España!*

*¡Arriba España!*

Le acompaño hasta la puerta trasera y le veo perderse en el monte entre las encinas. Siento pena por su marcha pues Carranceja es un gran muchacho y excelente camarada.

Desde que se fue Carranceja se me hace el tiempo aún más largo. Hace poco que hemos terminado la comida y contemplo una partida de “Robi” que juegan varios compañeros, cuando me avisa un Soldado de que el Teniente Vega me requiere en la Compañía. Voy hacia allá.

*Por fin se han decidido hacer algo. Dile al Sargento de semana que forme la Compañía con armamento y equipo de campaña. El Comandante Gazapo quiere que esté preparado el Batallón antes de veinte minutos.*

*A tus órdenes, enseguida estará lista la Compañía.*

Efectivamente, antes del tiempo fijado están formadas las dos Compañías que componen el Batallón en este momento. El Comandante Gazapo llega y después de recibir novedades de sus mandos, Capitán Anel y Teniente Vega, habla con ellos. Los demás esperamos en nuestros puestos.

El Coronel estuvo reunido con los jefes después de la comida y según parece, han debido tomar algunas decisiones que ahora se comunican a las unidades.

Ardo en deseos de comenzar a actuar y estoy impaciente por conocer la misión que nos hayan asignado. Ignoro si se han recibido instrucciones del exterior o si, a falta de ellas, los jefes han establecido algún plan para el Regimiento. Podría ser que se hubiesen recibido órdenes, en concordancia con la concentración de la centuria de Carranceja. Veremos qué pasa.

No se han conseguido establecer el enlace deseado con Campamento, desconociendo lo que haya podido suceder con el destacamento que se envió hacia allá. El Comandante ha terminado de dar sus instrucciones y Vega se incorpora a la Compañía. Me informa de la orden recibida.

El Batallón, por el momento, tiene asignada la defensa del cuartel en la parte que mira a la carretera de Madrid. La Compañía del Capitán Anel se encargará de la zona norte, hasta la parte principal incluida, y la nuestra de la zona sur. No se han recibido hasta la fecha instrucciones de ninguna clase, ni de los mandos orgánicos ni de la dirección del alzamiento.

Por ello, en previsión de que pudiera ser atacada el cuartel, se ha decidido poner en estado de defensa.

El Tercer Batallón se encargará de la defensa de la parte alta del acuartelamiento, que mira hacia el monte de El Pardo. Una Compañía del Primero tiene a su cargo la acción exterior, una Sección bloqueará la carretera de Madrid a unos quinientos metros del cuartel, las otras dos Secciones con su Capitán, han salido hacia el pueblo. La otra Compañía del Primero queda en reserva a la orden directa del Coronel.

Comenzamos por poner la zona asignada en estado de defensa. No se puede cavar, pues la calle situada delante de las fachadas principales de los pabellones está urbanizada. Esta calle tiene una elevación sobre el nivel de la carretera y campos circundantes de unos dos metros, limitada por un muro de contención de ladrillo rematada por un barandal de hierro. En él situamos nuestra primera línea, constituida por un parapeto de sacos terreros. La segunda línea, excesivamente próxima, serán las propias ventanas de los edificios, convenientemente acondicionadas.

A mi Sección le ha correspondido la defensa del edificio. Está cayendo la tarde cuando puedo dar mi tarea por terminada. Todas las ventanas de la segunda y tercera plantas que pueden ser utilizadas por tiradores, tienen ya sendos parapetos de sacos terreros, dando al edificio un extraño aspecto. He estudiado también la distribución de mi efectivo, y con todo, se me ha pasado la tarde casi sin sentir.

A última hora, ya anochecido, ha regresado Carranceja. Inconcebiblemente, se suspendió la operación proyectada escaso tiempo antes de la hora señalada para su iniciación. ¿Por qué? No pudo enterarse Carranceja a ciencia cierta. ¿Se había reforzado la guardia del Parque de Artillería?, ¿Había fallado alguien comprometido?. Lo único cierto es que había recibido la orden de suspensión, sin más instrucciones que las de

dispersarse por el momento. En vista de ellos y ante la situación de la capital, auténticamente en manos de las turbas, había decidido incorporarse de nuevo al Regimiento. Los sindicatos han acordado una huelga general a partir de mañana, lunes.

La cena se distribuye en dos turnos, con objeto de mantener constantemente en condiciones de actuación inmediata a la parte indispensable del efectivo. Para la noche, se ordena que las posiciones estén ocupadas permanentemente por el 25% de sus guarniciones respectivas, el resto podrá dormir vestido en sus inmediaciones, de forma que en pocos minutos pueda ponerse el cuartel en completo estado de defensa. Se ha distribuido munición a los hombres y a las unidades y se establecen turnos de servicio para jefes, oficiales y suboficiales.

La estación radio-auto sigue captando nuevas noticias. Por ellas, sabemos que ha triunfado el movimiento en Valladolid, Burgos y Segovia. Que Toledo está también de nuestra parte, lo mismo que Zaragoza y que la situación es confusa en Barcelona y en Sevilla. Como esperábamos, se ha triunfado en Pamplona de forma apoteósica, y de otros lugares, las noticias que llegan son poco claras y a veces, contradictorias, con lo que no es fácil poder formar un bosquejo concreto de la situación de conjunto.

Por lo que podemos intuir, parece ser que en Madrid se ha decidido actuar en una segunda fase, porque se piensa que el Gobierno dispone de medios superiores a los que están realmente comprometidos para el alzamiento. Hemos podido comunicar nuevamente con el cuartel de la Montaña, dónde están preparados como nosotros, aunque igualmente carecen de instrucciones. Sin embargo, seguimos sin poder comunicar con Campamento, pese a las insistentes llamadas que hacen las estaciones corresponsales, a las que se sucede un silencio absoluto.

La emisora de radio de Madrid reparte continuamente consignas contra el movimiento militar a los distintos grupos políticos de izquierdas, haciendo llamamientos a sus afiliados para que cooperen con el Gobierno.

Me ha correspondido el segundo turno de servicio, así que, después de inspeccionar a mi tropa, me tumbo vestido en un camastro. Estoy cansado y como dormí poco la noche anterior, quedo en pocos minutos como un tronco.

## **Día 20 de Julio.**

Ha transcurrido la noche sin novedad alguna. Pasé mi turno de servicio recorriendo los puestos y charlando con los soldados. Tienen excelente moral y están totalmente identificados con nosotros.

Cunado está amaneciendo y se empieza a extender en el cielo una tenue claridad, podemos escuchar fuego de cañón hacia la parte de Campamento. Algo más tarde, ya de día, vemos varios aviones que sobrevuelan aquella zona y también las nubecillas de humo y polvo que producen los estallidos de las bombas que lanzan. Ha comenzado, pues, la acción de la guarnición de Madrid comprometido en el alzamiento, pero, por falta de comunicación, desconocemos por completo el desarrollo de los acontecimientos. Nos cortaron las líneas telefónicas civiles y seguimos sin conseguir enlace con Campamento. Sospechamos que las estaciones que enviamos no llegaron a su destino. No nos queda otra comunicación que con el Cuartel General de la División por red militar, pero, como lo sabemos controlada, es para nosotros como si no existiese.

Poco más de las siete puede oírse también fuego de fusilería y más tarde disparas de cañón que localizamos en Madrid. Probablemente comienzan su actuación los Regimientos del cuartel de la Montaña. Ante ambos hechos, pensamos que se trata de una acción coordinada y que deben existir instrucciones que desconocemos por nuestro aislamiento. El mando del Regimiento decide, envista de ello, enviar a Madrid un oficial de enlace para informarse de la situación y poder adoptar las líneas de actuación más acorde con la misma. Se ofrece voluntario para este servicio el Teniente Sánchez Aguiló, que sale en una moto provista de carro.

Regresa Sánchez Aguiló poco tiempo después de su partida e informa que rentes de milicianos rojas, bien armados, controlan la circulación en Puerta de Hierro,

reconociendo y registrando todos los vehículos que entran o salen de Madrid. A su vista y en evitación de que pudieran detenerle, dio la vuelta regresando al cuartel.

Se envía un aviso de alerta a la avanzadilla destacada en la carretera, para cortar el paso a cualquier grupo enemigo que pretenda llegar al pueblo de El Pardo. También se envían al poblado patrullas de oficial para controlar la situación y mantener el orden, evitando que puedan producirse disturbios.

Así, va transcurriendo la mañana sin incidentes y desgraciadamente, también sin noticias fidedignas ni orden alguna del exterior. Creo que en cualquier momento pueden precipitarse los acontecimientos y que no puede pasar mucho tiempo sin que se produzcan novedades importantes. Vega, que descansó hasta bien entrada la mañana, me dijo que me echase a dormir un rato ya que él se encargaría del servicio asignado, pero la verdad es que ante lo que está ocurriendo estoy en tensión y no tengo ganas ni de intentarlo.

Es cerca ya del mediodía, cuando parece disminuir de intensidad el fuego que oímos en Madrid, que ha durado todo la mañana, hasta cesar por completo. Sin embargo continúa el combate en Campamento, del que solo nos llega el fragor del bombardeo y la visión de la actividad de los aviones. ¿Qué estará sucediendo?, ¿Cómo podríamos enterarnos?

Sobre la una, hace ya tiempo que cesó el combate en Madrid. Sin embargo, parece que continúa en Campamento. He entrado en la Sala de estandartes donde un grupo de oficiales comentan la situación y hacen cábalas sobre lo que pueda estar ocurriendo. Reina entre todos gran ansiedad por averiguarlo.

De pronto, se oyen unos gritos destemplados en le portalón de la entrada principal del cuartel que dan la sensación de una violenta discusión. Salimos varios para ver lo que pasa y nos encontramos con el Teniente Guzmán, que zarandea al Sargento Ortega, gritando:

*¡Este hombre es un traidor! ¡Esta propalando noticias absurdas y pretendiendo con ellas asustar a la gente!*

*¡No, mi Teniente! Se defiende el Sargento, ¡No pretendo asustar a nadie, solo cuento lo que sé!*

*¿Y que es lo que sabe usted?*, pregunta en tono tranquilo el Comandante Sánchez Benito que llega y ha oído la respuesta de Ortega.

*Pues que esta mañana, milicianos con Guardias Civiles y de Asalto, han atacado el Cuartel de la Montaña y se han apoderado de él. ¡Esto lo comenta todo Madrid!*, responde el Sargento.

*Como saben ustedes, estoy con permiso oficial, pero, al ver lo que está ocurriendo, decidí incorporarme al Regimiento. Como la carretera estaba cortado por retenes de milicianos, he rodeado Madrid, grupos de hombre y mujeres que exhiben guerreras de oficiales como trofeos y que proclaman a voces que se han cargado a los sublevados del Cuartel de la Montaña.*

*¡Y yo digo que eso no puede ser cierto!* Grita histérico Guzmán.

*Cálmese Guzmán, dice el Comandante. Voy a comunicar esta información al Coronel. Quizás si habla él con la División pueda enterarse de Algo. Y usted Ortega vaya a ser Compañía y no haga ya más comentarios sobre el tema.*

*¡Sí, mi Comandante!, dice Ortega aliviado aunque pálido todavía.*

La noticia nos ha caído a toso como un mazazo. ¿Cómo es posible que haya fallado la Guardia Civil, pero sobre todo, que guardias y milicianos haya podido desarticular a un efectivo militar superior a dos Regimientos? La noticia no podemos dirigirla ni nos cabe en la cabeza, algo raro tiene que haber sucedido y no nos explicamos qué.

Poco tiempo después ha llegado el camión de Intendencia que, como todos los días, trae el pan para la tropa. Hoy ha llegado más tarde, pero lo que más nos extraña es que con los soldados de reparto hay también milicianos armados. Mientras descargan el pan, comentan que el retraso se debe al jaleo que hay por Madrid y añaden que, según corre por Madrid, se han rendido los fascistas del Cuartel de la Montaña. Nos deben creer de parte del Gobierno.

Terminada la operación de suministro, se les deja ir en paz. Tal como están las cosas, si son ciertas estas noticias, nos interesa ganar tiempo hasta que se decida la conducta a seguir.

Sobre las tres de la tarde cesa el fragor del combate de Campamento. ¿Es esto confirmación de las informaciones anteriores y que el Gobierno nos está aplastando con sus medios? Si esto fuera verdadero, las fuerzas más importantes de Madrid afectas al movimiento habrían sido reducidas. ¿Qué habrá pasado con el Regimiento de Artillería de Getafe, también comprometidos? Pero, lo que más nos preocupa es que si los rojas han sido capaces de abatir los núcleos más fuertes, ¿Qué posibilidades tenemos nosotros con un efectivo más reducido y sin los medios de combate de los otros?

Hacia media tarde, la avanzadilla de la carretera captura a un grupo de milicianos, entre ellos una mujer, y después de desarmarlos los conduce al cuartel. El Ayudante del Coronel los interroga y luego se les encierra en los calabozos. No han proporcionado



más información que, como nos temíamos, ha sido abatido también el núcleo de Campamento.

Las últimas noticias captadas por el servicio de escucha, parecen confirmar el triunfo del alzamiento en Valladolid, dónde parece que se está formando una columna potente para venir en auxilio de Madrid, y también en Segovia, Burgos, Pamplona, Zaragoza y en otros lugares de Castilla. Del resto del territorio nacional, no es posible formar un criterio concreto, aunque las emisoras adictas al Gobierno aseguran que se ha aplastado a los rebeldes de Madrid y de Barcelona.

La tarde va transcurriendo sin más novedades. Estamos todos sobre las armas, pues, pese a todo, el Regimiento se mantiene leal al movimiento y dispuesto a todo. Poco antes de la cena, un grupo de oficiales entre los que hay varios Capitanes comentan la conveniencia de abandonar el cuartel. Aducen que si permanecemos en él nos enterrarán entre sus escombros a cañonazos, mientras que en campo abierto es posible mantener una resistencia más larga y dar tiempo a que llegue la columna de Valladolid.

A las diez de la noche reúne al Coronel a la Junta de Jefes y Capitanes. Según me dicen, han telefonado al Coronel desde la División para decirle que les habían llegado rumores de que el Regimiento estaba sublevado y que era conveniente que se presentase mañana al General Jefe para desmentirlos. De no hacerlo así, se estimaría que los rumores eran ciertos y que el Regimiento se había colocado en rebeldía, en cuyo caso se tomarían las medidas adecuadas por el Mando. Desgraciadamente sobemos que no se trata de una vana amenaza. La Junta estudia en estos momentos las medidas a tomar.

Hasta tanto se decide la línea de conducta que vayamos a seguir, el jefe de nuestro Batallón, Comandante Gazapo, ha dado instrucciones para qué mantengamos el servicio de la misma forma que se ha venido haciendo desde ayer. A los del turno de descanso nos ordenan que procuremos descansar. Se aproximan acontecimientos que requerirán nuestra mejor forma física, pero nos advierten que permanezcamos vestidos y dispuestos a intervenir de inmediato, si los acontecimientos lo requieren. Pienso que, efectivamente, conviene aprovechar las horas de clama que aún nos queden para recuperar fuerzas, bastante gastadas por la tensión nerviosa que estamos viviendo. Subo al dormitorio de oficiales de la Compañía y me tumbo en la cama, bastante derrengado. Hay no me ha sido posible comunicar con los míos, ignorando lo que pueda ocurrirles. Estoy tan cansado queme duermo inmediatamente.

## Día 21 de Julio.

Cuando todavía tengo la sensación de que acabo de dormirme, siento que me sacuden con energía. Medio dormido abro los ojos y veo al Teniente Vega que, sacudiéndome de nuevo, me dice:

*¡Vamos, despierta!, ¡Levántate enseguida! Hay que preparar la Compañía rápidamente, y sale precipitadamente.*

Me levanto de un salto y meto la cabeza bajo el grifo del lavabo para espabilarme. Miro el reloj. Son las dos y media. Pienso que ocurre algo que nos obliga a entrar en acción.

Me coloco el correaje con la pistola y salgo, abrochándolo todavía. En la nave de la Compañía se han concentrado todos los soldados, tanto los que descansaban como los que estaban de servicio, y todos están afanados preparando sus equipos. El Sargento de semana les da prisa.

*¿Tiene instrucciones del Teniente Vega?, pregunto.*

*Mi alférez, solo que tenga rápidamente dispuesta la Compañía, contesta.*

Me dirijo de prisa hacia la Sala de Estandartes en busca de Vega, para pedirle instrucciones y enterarme de lo que está ocurriendo. Hay mucho ajeteo en las calles y patio del cuartel. Desde las cocheras, en la parte alta, viene un fuerte ruido de motores en marcha. Fuera de esto, no hay indicios de que pase nada extraordinario que puede haber provocado una alarma.

En Estandartes localizo a Vega que, con el Capitán Anel, reciben instrucciones del Comandante Gazapo. Apenas entro en la sala, saludan y se despiden del Comandante. Vega viene a mi encuentro.

*Nos vamos,* me dice, después de la Junta de Jefes y Capitanes y en vista de la llamada que ayer hicieron al Coronel, nuestro mando ha decidido que el Regimiento abandone el cuartel y se dirija hacia la Sierra. Allí, a la vista de las circunstancias, se verá lo que convenga hacer luego. Dejaremos todo, puesto que es imposible transportarlo

con los medios que tenemos, únicamente llevaremos todo el armamento y la munición, aparte de los equipos individuales.

En ese momento entra en la sala el Coronel, acompañado del Teniente Coronel y del Capitán Ayudante, todos ya equipados. Desde el centro de la habitación nos dice con voz en la que se percibe la emoción:

*¡Ha llegado el momento! ¡Señores, a sus puestos, y que Dios esté con nosotros!*

Todos nos sentimos también emocionados y después de nuestro saludo al Coronel, saludo rebotante de decisión y confianza, nos dirigimos a las Compañías a cumplir con nuestro deber, sin ningún titubeo.

Los Sargentos tienen ya todo dispuesto. La tropa está preparada, la munición distribuida y el sobrante, con el armamento de los de permiso, se está cargando en un camión. Vega, situado frente a la Compañía en el centro de la formación, se dirige a la misma diciendo:

*¡Soldados! El Regimiento va a unirse con nuestros compañeros de las guarniciones castellanas que se han alzado contra el Gobierno marxista. Aquél de vosotros que prefiera quedarse, puede hacerlo saliendo de la formación.*

*Tras una breve pausa de silencio, no sale nadie de filas.*

*¡Gracias, muchachos, no esperaba menos de vosotros! ¡Vamos!*

Hay que salir por la puerta de carros y hacia allá se dirige la Compañía. Nos sigue la otra Compañía del Batallón. En el camino que sube al Destacamento de Palomas está dispuesta la columna de camiones. Nos vamos situando frente a los vehículos que nos asignan y minutos más tarde se da la orden de embarque. Con el segundo Pelotón de mi Sección, me corresponde subir al camión en el que embarca también el Capitán Anel con la Plana Mayor de su Compañía. Quedo, pues, agregado a ésta durante el viaje. Debajo de nuestros pies y tapados con mantas, van los mosquetones sobrantes de su dotación de armamento.

El Comandante Maldonado, designado por el Coronel para regular el viaje, organiza la columna de camiones. Elige a la Compañía del Capitán Anel para constituir la vanguardia, por ser la de mayor efectivo, y en cumplimiento de su orden, nos colocamos en cabeza de la columna los cuatro camiones que la transportan, el nuestro en primer lugar. En la caja, sentados en las tablas transversales dispuestas al efecto, vamos el Teniente La Cierva y yo con unos veinticinco soldados. En el momento de

emprender la marcha sube a la cabina el Comandante Maldonado, sentándose al lado del conductor. El Capitán Anel sube a la caja colocándose a nuestro lado.

Nos ponemos en camino siguiendo la pista que conduce a Torrelapareda, para salir a la carretera de Colmenar Viejo por la puerta del Goloso, atravesando el monte de El Pardo. Son las cuatro y media de la mañana.

En el momento de arrancar, no puedo evitar que mis pensamientos vayan a mi casa y a mi familia. Solimos de Madrid para tratar de unirnos a los nuestros, no sabemos bien como. Abandonamos a nuestras personas queridas a su suerte. El propio Coronel deja a su esposa y sus hijos en el pabellón que tiene en el cuartel como vivienda. Me invade una ola de tristeza y se me pone un nudo en la garganta.

¿Lograremos nuestros propósitos? La cosa es difícil. Estamos solos, en medio de una zona en que el alzamiento ha sido reducido por el Gobierno, pienso que muy probablemente para la defección de la Guardia Civil y por el tiempo perdido en Madrid por falta de directrices. Las milicias marxistas se han hecho dueñas de la calle y seguramente también de la zona rural próxima a la ciudad.

Sabemos que el movimiento ha triunfado en Segovia y Valladolid, como lugares más cercanos, pero tenemos delante bastante terreno a recorrer en situación que desconocemos por completo. Es imposible que la marcha del Regimiento pase inadvertida para el mando militar adicto al Gobierno, y es seguro que ponga los medios a su alcance para impedirlo. Por lo que le dijeron ayer al Coronel desde la División, puede deducirse que preparaban una columna contra nosotros, y cualquier contratiempo que tengamos puede dar lugar a que esa columna, que no dudo lanzará en nuestra persecución, nos alcance.

Con un esfuerzo de voluntad me arranco estas reflexiones, bastante cargada de pensamientos por la realidad de las circunstancias, para dedicar mi atención a vigilar el terreno que nos rodea. Esta ocupación fundamental por el hecho de ser la vanguardia y ser nuestra misión el evitar, a todo trance, una desagradable sorpresa.

Rodamos por los caminos carreteros típicos del monte del El Pardo. Por eso la marcha es lenta, desesperantemente lenta para nuestros nervios. La columna de camiones serpentea entre los montículos cubiertos de encinares. A su contemplación, el Regimiento parece más fuerte de lo que en realidad es. Esto nos supervalora algo, sobre todos, por el orden con que marcha, conservando los intervalos debidos entre

fracciones y unidades. El coche de mando va a la cabeza del grueso, detrás de nuestra Compañía.

Por fin, llegamos al portillo del El Goloso. Las verjas están cerradas y hay un retén de carabineros en la casilla de guarda inmediata a él. Los carabineros están armados con sus tercerolas.

El Comandante Maldonado les ordena que abran las puertas. El Cabo que los manda contesta que las llaves las tiene el guarda y que no está. Por la manera de decirlo creo que miente. El Comandante ordena forzar la puerta.

El conductor de nuestro camión avanza con el vehículo hasta poner el paragolpes en contacto con las verjas. Luego arranca acelerando y caen las puertas, arrancadas. Varios soldados las apartan y queda franco el paso. Toda la maniobra se ha desarrollado ante la mirada de los carabineros que no han hecho nada para impedirlo ni para ayudar. Esto les define.

Se reanuda la marcha, saliendo el convoy del monte cercado para alcanzar, poco después, la carretera de Colmenar Viejo. Ahora la marcha es mucho más fácil sobre el firme alquitranada y se rueda a mayor velocidad.

Rebasado el alto de Tres Cantos, cuando vamos descendiendo hacia Colmenar, no alcanza el Teniente Sánchez Aguiló con motivo y nos hace seña de para. Es el enlace del Coronel. Nos detenemos y nos dice que hay que hacer alto para revisar un camión que va fallando.

El Comandante Maldonado desciende del camión y se dirige hacia el coche de mando. Sánchez Aguiló, con su moto, regresa al coche averiado. Se ha dado la orden de que nadie descienda y de que permanezcamos todos los camiones. Al cabo de unos diez minutos regresa el Comandante, hablando brevemente con nuestro Capitán. Sube al vehículo y se emprende la marcha de nuevo, pero ahora más despacio. Según nos dice el Capitán, Sánchez Aguiló regresa en la moto al cuartel, con un conductor, para traer otro camión y sustituir al averiado.

Durante la breve parada, el Comandante García, Jefe del Primer Batallón aprovechó para ordenar el corte de las líneas telefónicas que enlazan Madrid con la zona de Colmenar Viejo y con Miraflores de la Sierra.

El Comandante Maldonado impone un ritmo de marcha muy lento, probablemente para que pueda seguirla el camión averiado y para dar tiempo a la llegada

del que ha ido a buscar Sánchez Aguiló. Poco a poco nos vamos acercando a Colmenar, cuyo caserío rematado por la torre de la iglesia podemos ver ya perfectamente.

Aún pasa un rato, que me parece largo, hasta que llegamos a las inmediaciones del pueblo. Delante de nosotros, a unos trescientos metros, vemos la carretera obstruida con una barrera formada por carros y troncos, y también, bastante gente parapetada tras las cercas de piedra que compartimentan el praderío en las colinas que se alzan a ambos lados de lamisca. La mayoría armados muy heterogéneamente, con escopetas, pistolas, algún rifle...

Para nuestro camión y con él, toda la columna. El Comandante Maldonado vuelve a conferenciar con el Coronel y regresa enseguida dando la orden al Capitán Anel de que descienda del camión una escuadra y que le siga. Desciende también el Capitán y nos advierte que estemos atentos y dispuestos a actuar inmediatamente en caso necesario. Esta consigna se da también al resto de la Compañía, aunque sin bajar de los camiones.

Preparamos las armas en previsión, mientras que el Comandante se dirige hacia la barrera seguido por la escuadra en hilera. Saca un pañuelo blanco que agita sobre su cabeza. Por la visto se trata de parlamentar. Próximo a los de la barrera se detiene y saluda con el puño cerrado gritando:

*¡Salud, camaradas! ¿Quién es vuestro jefe?*

*¿Pero qué está haciendo este hombre?* Estamos tan aturdidos que no sabemos qué pensar ni que hacer. Vemos que se acerca un grupo a él y que hablan durante unos minutos. Regresa el Comandante con la escuadra y que los del grupo de la carretera la desembarazan de carros y troncos, despejando un paso

El Comandante llega hasta el coche de mando y los soldados que lo han acompañado suben al camión. Casi inmediatamente, por medio de unos enlaces, se hace circular una orden que lo explica todo *"¡Fingir que somos tropas del Gobierno para salvar cuanto antes y sin problemas este imprevisto!"* les ha dicho que vamos a tomar Segovia.

En poco tiempo el paso está expedito y la columna reemprende la marcha. Al pasar junto a los grupos armados algunos paisanos dan vivas a la República, que contestamos. Hay mucha gente, en general mal armada, visten monos azules muchos de ellos proliferan los brazaletes y pañuelos rojos.

Atravesamos el pueblo y paramos en una calle frente a la iglesia. Falta el camión averiado y no hay noticia de Sánchez Aguiló. Se trata de dar tiempo para que pueda

alcanzarnos el camión de repuesto. Aprovechando la detención, también sin descender de los camiones, nuestro Mando conferencia con el Alcalde del pueblo, que exhibe las siglas PSOE, tratando de obtener toda la información posible. Pero todo es tan confuso que no es posible sacar nada en limpio.

Los minutos transcurren lentos, tanto que parecen siglos. Nuestros nervios están tensos y los corazones laten fuertemente, pues sabemos que cualquier indiscreción pueden dar al traste con nuestro proyecto. Somos bastante más fuertes que las bandas que nos rodean, pero abriéndonos paso a las fuerza no llegaríamos muy lejos. Es indudable que a estas horas el Gobierno concede nuestra salida de El Pardo y muy probablemente el itinerario seguido, y es lógico que haya tomado medidas. Cada minuto que perdemos a favorece a él y nos perjudica a nosotros.

Tenemos que el hijo de Largo Caballero, que llevamos preso en uno de los camiones a cualquier otro desafecto, pueda, en un acto desesperado, dar la alarma a los suyos.

Al cabo de unos veinte minutos vuelve a ponerse en marcha la columna, sin que afortunadamente haya pasado nada. Ignoramos si se ha unido el camión esperado, tan solo hemos recibido orden de seguir adelante, dada por el Comandante Maldonado después de hablar con el Coronel.

Con la marcha se calma un tanto la tensión nerviosa. Hemos continuado por la carretera que conduce a Torrelodones por Hoyo de Manzanares. A unos tres kilómetros del pueblo de Colmenar, la carretera atraviesa el barranco por el que discurre el río Manzanares, con un trazado difícil y sinuoso que obliga a una marcha muy lenta.

Atravesamos después el pueblo de Hoyo, en el que escasos curiosos contemplan nuestro paso, y sin más incidentes, llegamos a Torrelodones. Ha pasado algo más de media hora desde nuestra salida de Colmenar. Aquí, seguimos por la carretera de la Coruña en dirección a Villalba.

En este lugar encontramos un control de milicianos armados, que han colocado una barrera sencilla que corta la carretera. El Comandante, desde el camión, parlamenta con ellos, y los milicianos, después de escucharle y hacer ellos sus preguntas, retiran la barrera y pasa la columna sin más contratiempos. Poco más lejos, está el cruce con la carretera de Navacerrada, que por este puerto conduce a Segovia. Por ella, continuamos nuestra marcha.

Es asombroso lo rápidamente que ha movilizado sus milicias el Frente Popular. Esto nos da idea de lo bien que tenían preparado su movimiento revolucionario, al cual, nos hemos adelantado probablemente en no mucho tiempo. El campo alrededor de la Capital está totalmente controlado por ellos, y es evidente que, para conseguirlo en un plazo tan breve, había antes una planificación y consignas concretas.

Ahora nos tranquiliza la proximidad de las montañas. Detrás de ellas está la zona dominada por el movimiento militar, según las informaciones recogidas por la radio. Además, si las cosas se pusieran mal, el terreno nos favorece para una acción militar. Aquí, el Regimiento tiene un valor táctico considerablemente mayor que en la ratonera del cuartel.

Los milicianos de Villalba han informado que ha subido al Puerto un importante contingente de milicias, para cortar el paso a los militares de Segovia. Es, verdaderamente, la autentica marea roja. Menos mal que nuestra estratagema viene dando resultado, probablemente por la falta de coordinación entre el Gobierno y los partidos que controlan las milicias, pues, aunque suman sus efectos, va cada uno por su lado. Por lo que vemos, estos controles y la ocupación de puntos estratégicos están dirigidos por las milicias marxistas, en las que sabemos que hay integrados militares profesionales simpatizantes.

A unos cuatro kilómetros del cruce volvemos a detenernos. Nos enteramos de que continúa sin incorporarse el camión. Vamos a hacer una última espera para darle tiempo a alcanzarnos. Descendemos los oficiales de los camiones y se autoriza hacerlo, por grupos reducidos, a todos los que deseen satisfacer alguna necesidad que son muchos. *¡Que placer da estirar las piernas y pasear un poco después de varias horas que hemos permanecido en los asientos!*

Con el Capitán Anel nos acercamos al coche de mando para saludar al Coronel Carrascosa. Su gesto denota preocupación, pero está sereno y tranquilo. Es magnífica su actuación llena de patriotismo; no ha dudado en ponerse al frente de su Regimiento y salir, en cumplimiento del deber que le dictan su conciencia y su honor de oficial, abandonando a sus seres queridos. Aún cuando no hace ningún comentario en este sentido, se puede adivinar el temor que le invade de que se pueda saciar en ellos la ira de la milicianada.

El Comandante García González, fiel a su plan de impedir lo más posible las comunicaciones telefónicas del enemigo, ordena cortar las líneas que van hacia el



Puerto. Un Sargento con un Pelotón de soldados se encarga de producir la interrupción, practicando varios cortes en los hilos.

Veinte minutos... la espera vuelve a hacerse angustiosa. ¿Qué puede haber ocurrido a nuestros compañeros? El tiempo transcurrido en las numerosas paradas y la lentitud intencionada de la marcha, era más que suficiente para que nos hubieran alcanzado. Lógicamente un solo camión precedido por la motocicleta de Sánchez Aguiló rodaría bastante más aprisa que la columna. Y sin embargo... nada.

Transcurren varios minutos más sin novedad alguna. El Coronel llama a los jefes a consejo. Mientras deliberan, algún oficial manifiesta su criterio de que debemos retroceder para buscar a los compañeros.

La junta de jefes ha opinado de manera distinta. Créeme que son muy escasas las probabilidades de que llegáremos a reunirnos con ellos. Desconocemos su situación completamente y está claro que, por las razones que sean, no siguen nuestro itinerario pues nos hubieran alcanzado. Hemos podido tener constancia de los controles que existen por todas y sabemos que una columna del Gobierno andará en busca nuestra. El retroceder o prolongar la espera pueden suponer la destrucción del Regimiento, sin conseguir a cambio objetivo militar alguno. Por otro parte, se ha detectado que en la parada de Colmenar se “escurrió” de su camión el Sargento Quirós y es muy probable que en estos momentos se conozca claramente el verdadero objetivo del Regimiento.

Ante el peso aplastante de estos razonamientos, el Coronel ordena que se continúe la marcha. Todos bajamos la cabeza en silencio. ¡Pobres camaradas! Estamos seguros ahora de que los hemos perdido definitivamente.

Subimos a los camiones y se reanuda la marcha. Comenzamos a ascender los empinados repechos que conducen al Puerto. Los camiones, muy cargados, avanzan lentamente con los motores muy revolucionados. Tememos que se calienten excesivamente y que nos veamos precisados a para de nuevo.

Cuando estamos cerca del Ventorrillo oímos sobre nuestras cabezas el fuerte rugido del motor de un avión. Me asomo por fuera del toldo del camión y veo un avión Breguet de bombardeo ligero que sobrevuela la columna, recorriéndola de cabeza a cola. Va tan bajo que puedo ver claramente una ancha banda roja pintada en el fuselaje y también, las bombas... amenazadoras bajo las alas.

¡Santo Dios! Han debido averiguar en Madrid nuestra marcha y envían un avión para localizarnos y destruir la columna. Mis pulsaciones se aceleran mientras sigo con la vista su vuelo, ansiosamente.

Pero la caravana de camiones continúa su marcha sin hacerle ningún caso. El avión nos da varias pasadas recorriendo el convoy exactamente en su vertical. Espero de un momento a otro oír las explosiones de las bombas o el crepitar de sus ametralladoras. Involuntariamente me encojo, sin saber por qué. Nuestra indiferencia ante su aparición y probablemente, la falta de una información detallada. Han debido despistar al piloto que nos ha creído del Gobierno.

Poco más tarde alcanzamos la explanada del Puerto. Los motores de los camiones han respondido bien sin que, afortunadamente, se hayan realizado nuestros temores. El espectáculo que vemos nos llena de desaliento. Las edificaciones y los campos próximos al Puerto rebosan de enjambres de una mezcla de milicianos de abigarrada vestimenta, de soldados deficientemente uniformados y de guardias de Asalto. Su aspecto general nos recuerda el que, a través de películas, vimos en el ejército revolucionario ruso. En general, van bien armados con fusiles reglamentarios y correajes del ejército, pueden verse también varias ametralladoras. Muchos llevan brazaletes con las siglas de sus partidos, predominando las CNT, FAI y algunos del PC. Bastantes de ellos llevan casco de acero. Es fácil adivinar que tenemos ante nosotros muestras del expolio de los cuarteles, y probablemente, también, a muchos de sus asaltantes.

Paramos, la vanguardia, en la parte alta frente a un grupo que parece dirigir aquél pandemónium y que nos hace seña de detenernos. Entre ellos está el “responsable”, que viste un mono azul con una estrella de Comandante y que lleva una pistola ametralladora colgada de una bandolera. Junto a él, está un Sargento sin guerrera pero con la gorra reglamentaria y los pantalones de uniforme. Se dirige hacia ellos el Comandante Maldonado. Como están próximos al camión podemos oír lo que hablan.

*¡Salud, camarada!, Pregunta el que parece mandar en aquello, ¿Quiénes sois y adónde vais?*

*¡Salud!, Responde Maldonado, este es el Regimiento de Transmisiones y tenemos orden de apoderarnos de Segovia. Hacia allá vamos.*

Me río interiormente, pues lo que ha dicho el Comandante es realmente verdad, aunque verdad a medias.

*¿A tomar Segovia?, se extraña el otro, ¿Cómo es posible?, Hace cuatro horas hemos salido de Madrid, hacia aquí con la misión de defender el Puerto de Navacerrada y estoy preparando la voladura del puente de las Siete Revueltas.*

*¿Y quién os ha señalado ese cometido?*

*Yo la he recibido de la Junta de Defensa que se ha constituido.*

*Pues a nosotros nos envía el mando de la División. Pienso que la Junta ha asumido facultades que no le corresponden, pues el órgano operativo es la División.*

*¿Es que con este lío no hay quién se entienda!, Calma el otro, llama a Madrid y a ver si nos aclaran de una puñetera vez lo que tenemos que hacer.*

Mientras el Sargento se va a cumplir la orden, le dice a Maldonado:

*¡De todas formas, bajar deprisa para que no destruyan el puente!*

Sin perder más tiempo, sube Maldonado al camión y reanudamos la marcha, ahora cuesta abajo. Nuestro camión, siguiendo instrucciones, se adelanta a mayor velocidad para llegar al puente cuanto antes. ¡Qué excelente idea la de romper la línea telefónica! Pienso.

Atravesamos el peligroso zigzag que da nombre a este tramo de carretera y llegamos ante el puente. En él un nutrido grupo trabaja afanosamente, el Comandante salta del camión y se dirige hacia él. Pero, antes de llegar, se detiene junto a un individuo vestido de negro, más bien grueso, sin corbata y a pelo. Vemos que se abrazan y charlan animadamente. Algunos milicianos de los muchos que hay a ambos costados de la carretera, desplegados por el bosque se acercan al camión y entablan conversación con los soldados.

El de negro se dirige hacia el puente con el Comandante. Los pinos que lo flanquean los ocultan de nuestra vista. El Capitán Anel me dice en voz baja:

Ese de negro es el Comandante López Valencia, del Centro Electrotécnico, y según creo, bastante de izquierdas. Veremos qué pasa.

En ese momento llegan los demás camiones y se van deteniendo detrás del nuestro. A poco, el Comandante Maldonado regresa con el otro y se dirige hacia el coche del Coronel.

Los grupos de milicianos que ocupan los alrededores del puente, están preparando unos parapetos elementales y asentando varias ametralladoras, solo en lo que abarca mi visión puedo contar hasta cuatro de ellas. Los hombres tienen el mismo aspecto de los de arriba y están bien armados. Haciendo un cálculo por encima, estimo

que, entre arriba y abajo, debe haber entre quinientos y seiscientos hombre y deben disponer, por lo menos, de ocho o diez ametralladoras.

A nuestra llegada suspendieron sus tareas, mirándonos con curiosidad, y, al extenderse las noticias de que vamos a tomar Segovia, nos animan y azuzan a los soldados contra los “fachistas” y los curas que lo mandan. Desde los camiones se les contesta con ingenio por algunos de los soldados. Es de desear que no lleguen a concebir sospechas de nosotros, porque en la situación que estamos nos barren sin darnos tiempo a bajar de los coches.

Por lo que podemos averiguar, parece ser que el puente está destruido en parte. La incógnita es de sí podrán cruzar por él los camiones o no. El problema radica que en caso negativo ¿cómo abandonamos los vehículos en cuyos fondos, bien tapadas por mantas, llevamos bajo los pies más de trescientos fusiles?

Parece que están habilitando el paso colocando unos troncos sobre la brecha que se han producido en el costado derecho del puente. Trabaja afanosamente en esta tarea un nutrido grupo de milicianos. Nosotros les contemplamos desde los camiones.

Todas las paradas han sido desagradables pero ninguna como está. Tememos que si se prolonga demasiado, pueda producirse una indiscreción o que nos dan alcance nuestros perseguidores. Acude a mi mente la fábula de Damocles y el pensamiento de que nos encontramos en una situación parecida.

El tiempo va pasando con exasperante lentitud y por si fuera poco, el de negro se queja de que le faltan armas, pues se le han incorporado milicianas de los pueblos próximos que no disponen de ellas. Dice que él mismo carece de pistola, pues esta a veraneando y no ha podido ir a Madrid a recoger la suya. Maldonado le aduce que no contamos con más armas que las propias de cada hombre y que, por ello, le es imposible facilitárselas. Pero, en un rasgo genial, saca su pistola de la funda y se la alarga.

*Toma la mía, a ti puede hacerte más falta que a mí.*

El otro, rehusa al principio pero luego acaba por tomarla y agradeciendo, abraza a Maldonado. Esta manera hábil de resolver el problema que se planteaba nos devuelve un poco la calma.

Ha transcurrido una hora larga cuando avisan unos milicianos que está preparando el arreglo y que podemos intentar el paso. Maldonado y su colega reconocen el puente y dan su visto bueno.

Como primer camión, nos corresponde hacer de conejos de indias y con las precauciones debidas el conductor entre en el puente... Son tan grandes mis deseos de que nos larguemos de aquí, que ni siguiera se me ocurre que podemos precipitarnos al río. Unos cuantos segundos... y estamos incólumes al otro lado.

Con las mismas precauciones van pasando los demás camiones, mientras nosotros esperamos a que pase toda la columna a la distancia apropiada. Los milicianos nos han despedido con gritos de: *"No dejéis un fascista vivo"*. No puedo por menos de sonreír al pensar en la cara que pondrán cuando se enteren de la realidad. El jefecillo de un grupo que llevan una ametralladora montado en un coche y dispuesta para disparar, se empeña en unirse a la columna para colaborar con nosotros. Se trata de disuadirles argumentando que no nos son necesarios, pero como insisten, se les indica que se sitúen a la cola del convoy. ¡Allá ellos!

Ahora rodamos por terrenos que sabemos no son de nadie y en consecuencia, decrece la tensión a que hemos estado sometidos durante tantas horas. Atravesamos el pueblo de Balsain y en él se detiene la columna para pedir información y preparar la llegada a nuestro campo, evitando que nos reciban a cañonazos. Según nos dicen los vecinos, parece ser que las vanguardias de los nuestros se encuentran en la entrada de La Granja, a pocos kilómetros de dónde estamos.

Los del pueblo van saliendo de sus casas, tranquilizados al ver que no ocurre nada y que los soldados permanecen sentados en los camiones. Cuando advierten la presencia del coche con la ametralladora, que lleva pintados sus costados con las siglas FAI en rojo, saludan con el puño cerrado y dan vivas a la República Varias mujeres obsequian a los soldados con embutidos y pan.

Abandonamos el pueblo enseguida y cuando las últimas casas del pueblo quedan atrás nos rebasa el coche del Coronel, que se adelanta rodeando a mayor velocidad, hasta perderse de nuestra vista. El Capitán Ayudante, sentado junto al conductor, ha sacado por la ventanilla una bandera blanca confeccionada con un pañuelo atado a un palitroque, que exhibe ostensiblemente. Nosotros continuamos a la velocidad normal del convoy.

Algunos minutos después llegamos al Real Sitio, parando en una amplia explanada a la entrada del poblado. Son las diez y media. Una veintena de guardias civiles, desplegados a ambos costados, nos miran con desconfianza desde detrás de los árboles con los fusiles preparados. El Teniente que los manda está en el centro de la

explanada, ante nosotros, acompañado únicamente de un trompeta y con una pistola ametralladora a punto. Su rostro denota una gran preocupación y recelo, evidentemente, no se fía de nosotros.

De pronto, aparece en medio de la plaza el Teniente Nava Güici que ha saltado de su camión y vuelto hacia la columna, grita emocionado:

*¡Viva España!*

Un ¡viva! Entusiasta y penetrante que rasga el aire, emitido por cuatrocientas gargantas enronquecidas, le responde, desahogando nuestros pechos de la profunda emoción que los embarga. Nava, que se abraza al Teniente de la Guardia Civil, estalla en sollozos.

Todos saltamos de los coches y abrazamos a los guardias. Se ríe y se llora de alegría a la vez. Gritamos una y otra vez vivas a España, ese grito que desde hace tantas horas estábamos ansiosos de pronunciar. La emoción general es indescriptible y nuestros nervios, que estaban a su máxima tensión, se rompen descargando en sollozos la ansiedad contenida. ¡Ahora sí estamos en nuestra España!

Aún estamos embargados por estas intensas sensaciones cuando llega de Segovia un coche, del que descienden unos oficiales de Estado Mayor enviados por el Gobernador Militar de la Plaza. Vienen, tras la llegada de nuestro Coronel, para informarse de lo ocurrido con el Regimiento y de su situación. Recibido un breve resumen de la odisea que hemos vivido, se unen a nuestro entusiasmo.

La emoción de los momentos vividos nos había hecho olvidar el coche con los milicianos de la FAI que venían detrás de la columna. Ha desaparecido. Al presenciar lo ocurrido, han debido aprovechar la confusión de los momentos emotivos para huir.

Los de Estado Mayor han hablado por teléfono con el Mando de Segovia, el cual, informado de los datos esenciales y de la fidelidad de las noticias proporcionadas por el Coronel, autoriza para que el Regimiento prosiga la marcha hacia la ciudad. Ordena que se refuerce a la Guardia Civil de La Granja con una Sección, para asegurar la defensa de este poblado y del Real Sitio. El Teniente Coronel Hernández Vidal designa para este cometido a la Compañía del Capitán Olivé, quedando destacada en el lugar la Sección del Teniente Díez Alegría.

El resto del Regimiento subimos a los camiones y proseguimos la marcha, con el mismo orden que hemos traído hasta aquí, para cubrir la última etapa del recorrido. El ambiente general es ahora alegre el mutismo anterior se ha trocado en bulliciosa algazara

y de los caminos brotan canciones y gritos patrióticos. Se invierte poco tiempo en llegar al final de nuestro viaje. La columna cruza las defensas, montadas a toda prisa para defender la ciudad de lo que creían nuestro ataque, entra en las calles de Segovia y se detiene ante la Academia de Artillería-Ingenieros.

Descendemos de los camiones y formamos las Compañías. El Gobernador Militar, que está reunido con el Coronel, nos pasa revista y ordena que desfile el Regimiento por las calles de la Plaza, como homenaje a su gesta y al propio tiempo, para elevar la moral de la población por el refuerzo recibido.

Con la banda de música de la Academia en cabeza desfilamos por el itinerario que ha dispuesto el Estado Mayor, que comprende las calles más importantes. Se desfila marcialmente y esto despierta el entusiasmo de los miles de espectadores que se han aglomerado para vernos pasar. Entre aplausos y vítores recorremos el trayecto, para regresar a la Academia nuevamente.

Mientras se ha desarrollado este acto nos han preparado comida, así que, nada más romper filas, dejamos el armamento en los lugares señalados y pasamos a los comedores. Después, nos dan descanso y los oficiales pasamos a la residencia de alumnos que han habilitado para ello. En la camareta que me han asignado, me tumbo en la cama para dormir un rato pues estoy derrengado tras las emociones vividas durante tantas horas.

No sé cuanto tiempo ha transcurrido desde que me dormí, juraría que me han parecido minutos, cuando me despierta el Teniente Vega.

*Fontana, me dice, está reorganizando le Regimiento con el fin de hacer frente a las misiones que le pueda encomendar el Mando. En este momento se está constituyendo una columna, que va a salir enseguida, con el objetivo de apoderarse del Puerto de Guadarrama para facilitar el paso hacia Madrid de una fuerza importante que se está organizando en Valladolid. Se han pedido voluntarios para esto y yo me he ofrecido con la Compañía. ¿Estás de acuerdo en formar parte de ella?*

*¡Totalmente!* Contesto saltando de la cama.

Mandaré esta columna el Capitán Guiloche del Regimiento y me voy para darle la lista de la fuerza. Daté prisa y baja al patio de arma.

Pocos minutos después estoy en el patio, dónde ya está formada la Compañía. Se reparten ranchos en frío y se comprueba la munición. Los camiones están repostando en el patio trasero y hacia allá nos dirigimos.

El Capitán Guiloche toma las disposiciones pertinentes, mientras Vega se multiplica para ayudarme me presento al Capitán y éste en breves palabras me agradece el haber aceptado formar parte de su unidad. Me apresto a ayudar a Vega, distribuyendo nuestro efectivo entre los tres camiones que nos han asignado.

Además de nuestra Compañía, componen la columna, una Sección, con dos piezas de 75, del 13º Ligero de Artillería, un Pelotón, con dos ametralladoras del mismo Regimiento, y una Sección de la Guardia Civil. En conjunto, dispone su jefe de unos 125 hombres y de seis camiones.

Está avanzada la tarde cuando salimos en dirección a El Espinar. La Sección de la Guardia Civil va en cabeza, con un camión, actuando en descubierta. Detrás, vamos dos camiones con la mayor parte de nuestra Compañía, nos siguen dos camiones que llevan las piezas a remolque, con los artilleros, y cierra la marcha el Teniente Vega con tropa nuestra y el otro camión.

Se ruega sin interrupción, aunque la marcha es algo lenta a causa de las llantas metálicas de las piezas y de su sistema de rodaje. Se atiende así mejor a la vigilancia del contorno para evitar posibles emboscadas.

Se rebasa Revenga sin dificultad alguna y se llega a Otero cuando se está poniendo el sol. El Teniente de la Guardia Civil que se ha detenido en las afueras del pueblo, informa al Capitán de que le han avisado unos paisanos que el pueblo está en manos de un comité rojo. El Capitán ordena al Teniente que ocupe el pueblo con su Sección, a los demás, que estemos preparados para intervenir en caso necesario.

Descendemos a los camiones y organizamos las Secciones, mientras la Guardia Civil avanza desplegada hacia el caserío. Penetra en él sin encontrar resistencia. Los rojos han huido y con ellos, gran parte de la población que ha dejado el pueblo casi abandonado. Cuando entramos en el pueblo el resto de la columna, ya entre dos luces, aparecen varios vecinos que se habían ocultado en los campos próximos. Informan al Capitán de lo sucedido en el pueblo. Afortunadamente, nuestra llegada inesperada impidió que ocurriese algo irreparable, pues los del comité eran todos forasteros y buscaban a las personas de derechas. Poco a poco, van saliendo de sus escondrijos más personas, aún asustadas. Les tranquilizamos.

Lo avanzado de la hora y la certidumbre de que se mueven bandas rojas por los alrededores, aconsejan al Capitán pernoctar en el pueblo. Telefonea al Estado Mayor de



Segovia para pedir autorización para ello, autorización que le es concedida. Proseguiremos la marcha cuando amanezca.

Se monta el servicio de seguridad a cargo de la Guardia Civil y de los artilleros la custodia de las piezas y camiones. A nuestra tropa, muy fatigada por los acontecimientos vividos, se las distribuye entre las casas para que descanse. Sin perder más tiempo que el preciso para tomar un bocado me tumbo vestido en la cama que me han asignado. Pretendo dormir y pese a mi cansancio, no puedo conseguirlo plenamente. En una especie de duermevela, pasan por mi mente en alocada sucesión los acontecimientos de estos días. ¿Qué estará ocurriendo en Madrid? Mis padres, mis hermanos, mi novia... desfila por mi mente angustiada. El cuartel de El Pardo... la marcha en los camiones el avión del Puerto... ¡Vamos a tomar Segovia!

## **Día 22 de Julio.**

Siento que me sacuden... es mi enlace.

¡Mi Alférez, es la hora!

Al final, me había dormido profundamente. Por la ventana entra una tenue claridad lechosa, empieza a amanecer. Me pongo en pié rápidamente y ajustándome el correaje salgo para reunir a mi gente. Se están concentrando las Secciones junto a los camiones, ya en disposición de salir. Hace fresco.

Las cumbres de la Mujer Muerta empiezan a teñirse de rosa cuando emprendemos la marcha en dirección a El Espinar. Se han unido a nosotros dos muchachos de Renovación Española de Segovia, con un coche deportivo, poniéndose a disposición del Capitán. Este ha aceptado su colaboración y les ha encargado de realizar el servicio de exploración, marchando por delante de la columna, con instrucciones de regresar a la misma ante cualquier información de interés que puedan recoger.

De esta manera la columna marcha con mayor regularidad, ganando tiempo. Antes de llegar a El Espinar nos esperan los muchachos de Renovación. Informan al Capitán que, según han podido averiguar por personas del pueblo, hay grupos rojos en él. Una vez más, se encomienda el cometido de apoderarse del pueblo a la Guardia Civil. El Teniente despliega la Sección y realizando un movimiento envolvente, entre en el pueblo por los accesos de la carretera de Avila y de Valladolid.

Sé inicia un tiroteo en el interior del pueblo y en vista de ello, el Capitán da la orden de que progrese en apoyo de la Guardia Civil. Salimos de la arboleda y avanzamos hacia el pueblo, situado en un pequeño altozano. En ese preciso momento salen del pueblo velozmente varios coches en dirección a San Rafael y cesa el fuego por completo. El Capitán ordena hacer alto antes de alcanzar el poblado y muy poco después, se acerca el Teniente de la Guardia Civil para informar de que su fuerza ha ocupado el pueblo y de que los rojos han huido.

Se habla por teléfono con el Estado Mayor de Segovia y se comunica que se ha cubierto el objetivo de El Espinar. Ordenan realizar un reconocimiento hacia el Puerto y en caso de no haber enemigo en él, ocuparlo. Se destaca para ello a los muchachos de Renovación, en el deportivo, acompañados por dos soldados voluntarios. La orden es simplemente explorar y recoger toda la información que se pueda, lo más completa posible, sin comprometerse en ningún caso. Parten sin dilación y en espera de su regreso desayuna la gente nuestra con leche y pan que hemos conseguido en el pueblo. La columna de Valladolid progresa con lentitud, ha rebasado Adanero y se dirigen hacia Villacastín, según nos dijeron de Segovia.

Alrededor de una hora tarda en volver el servicio de exploración y trae información de interés. El Puerto de Guadarrama está ocupado por contingentes importantes de soldados y milicianos, según han podido constatar acercándose a ellos a distancia inverosímil. El Capitán Guiloche comunica esta información a Segovia y recibe orden de permanecer en El Espinar hasta la llegada de la columna de Valladolid, en la que debe integrarse a partir de ese momento.

Pasados los momentos de tensión producidos por el tiroteo de primera hora, han ido saliendo de sus casas los vecinos del pueblo y se han acercado a nosotros, que permanecemos junto al convoy de camiones en las afueras del poblado, entre ellos hay bastantes veraneantes. Conversan con mandos y tropas comentando los acontecimientos ocurridos. Al enterarse de que nosotros procedemos de Madrid, inquietan noticias de lo que allí ha sucedido y que en buena parte conocen por las noticias recogidas en las emisiones de radio. Les contamos lo que sabemos, que no es nada grato, pero ante nuestra rotunda manifestación del firme propósito de regresar y poner fin a la anarquía que impera en la Capital, se unen a nuestro entusiasmo.

Se va acumulando más gente a nuestro alrededor. Muchos traen embutidos y otros comestibles con los que obsequian a los soldados. De un grupo de veraneantes se destaca una persona, cuya cara me resulta conocida, que saluda calurosamente al Capitán y a los oficiales, luego abraza a algunos soldados próximos. Me entero de que se trata del tenor Fleta. Varios soldados le ruegan que cante alguna cosa. Fleta no se hace rogar y se arranca con esta jota bravía:

QUIEN AL OIR ¡VIVA ESPAÑA!  
CON UN ¡VIVA! NO RESPONDE,

SI ES HOMBRE, NO ES ESPAÑOL,  
Y SI ES ESPAÑOL, NO ES HOMBRE.

La jota despierta el entusiasmo general que se manifiesta en una salva de aplausos y en una sucesión de ¡vivas! Patrióticos. Se le abraza y se le felicita por esa canción que expresa el sentimiento íntimo de todos los que le escuchamos. Los soldados le solicitan más canciones, que él, generosamente, concede, entonando una sucesión de cantos que tiene el fondo común del amor a la Patria y de la gallardía de defenderlo. Se ha producido con ellas una eclosión del espíritu y de la moral de lucha que alcanza extremos indescriptibles.

Algo después del medio día llega la columna de Valladolid, que viene al mando del Coronel Serrador. Se trata de un largo convoy de camiones que transportan un, según nos parece, efectivo considerable con muchas piezas de artillería sobre los vehículos. El Coronel, que marcha tras la vanguardia, se detiene junto a nosotros y recibe las novedades y la información que le proporciona el Capitán Guiloche.

*Nos apoderaremos del Puerto esta tarde, pese a todo, dice, incorpórense a la retaguardia de la columna de la que, a partir de ahora, formarán parte.*

*¡A la orden, mi Coronel!,* Contesta el Capitán.

La caravana de camiones desfila ante nosotros llenándonos de alegría. ¡Ahora sí que no habrá quien nos pare! Pensamos, viendo que nuestro efectivo resulta minúsculo ante el que pasa.

Hemos subido a los camiones y nos incorporamos detrás del último vehículo de Valladolid, reanudando la marcha en dirección a San Rafael, dónde entramos pocos minutos después.

En este lugar de veraneo, numerosas personas se acumulan a ambos costados de la carretera para vernos pasar. Nos reciben con vivas y calurosos aplausos. En general, tienen noticias de la presencia de los rojos en el Puerto y ahora, al vernos, se sienten mucho más seguros. Hay mucho entusiasmo que se transmite entre la población y los que formamos la columna, estableciéndose una auténtica comunidad de sentimientos entre soldados y pueblo, con una explosión de patriotismo. Grupos de muchachas arrojan flores, con los que se adornan falangistas y soldados. Mujeres de más edad, con sentido práctico, ofrecen víveres y golosinas a la tropa. Se canta el “Cara al sol” con entusiasmo, mientras la columna desfila lentamente ante las últimas casas del pueblo.

Se rueda ya por los repechos que conducen al Puerto, cuando aparece en el cielo una escuadrilla de aviones “Breguet” rojos de bombardeo, que atacan a la columna con sus bombas. El lugar, una media ladera, impide sacar los vehículos de la carretera. Se ordena abandonar los camiones y dispersarse en el bosque de pinos inmediato, ante el fácil blanco que ofrecen. Entre las explosiones de las bombas nos refugiamos bajo los pinos, en medio de la confusión que ocasiona este ataque imprevisto. Se dan voces de “¡Cuerpo a tierra!” Y nos apretamos contra el suelo mientras se suceden las explosiones. Los aviones realizan varias “pasadas” hasta que agotan su carga de bombas.

Terminado el ataque se concentran las unidades a las voces de mando de sus jefes, se han producido algunas bajas y algunos camiones alcanzados por las bombas, arden. No obstante, el único efecto producido en la columna es el de incrementar su espíritu ofensivo y su deseo de atacar a los que están en el alto.

El Coronel Serrador decide montar el ataque en forma. Conferencia con su Estado Mayor y con los jefes de las unidades que forman la columna, reunidos para recibir órdenes. Entre ellos, nuestro Capitán.

Hay una afanosa actividad por todas partes. Las Baterías de obuses de 105 del 14° Ligerio descargan las piezas de los camiones y las arrastran a las zonas de asentamiento elegidas, alas izquierda de la carretera y algo más bajas. Nosotros tenemos reunida la Compañía, próximos a ella, esperando al Capitán.

Me invade una especie de excitación ante los acontecimientos que se avecinan. Ahora es cuando está próxima nuestra entrada en combate. ¿Cómo se desarrollará éste?, ¿Va a ser muy dura la acción? Lo que sí estoy seguro es de que alcanzaremos nuestro objetivo. Intimamente siento cierto temor ante mi posible conducta, ¿Estaré a la altura que exijan las circunstancias? El bombardeo sufrido me ha producido una sensación desagradable, quizás por haberme sorprendido, pero no puedo ocultarme que he sentido miedo.

La llegada del Capitán Guiloche me arranca de mi ensimismamiento.

*Por el momento vamos a permanecer inactivo, dice. Constituimos la reserva de la columna y permaneceremos a la espera de órdenes.*

Nos apartamos de la carretera y nos situamos en unos prados cercanos. Se rompen filas para que los soldados descansen, pero reunidos y sin apartarse del lugar. Con nosotros la Sección de la Guardia Civil. Los artilleros, con sus dos piezas de 75, han recibido la orden de incorporases al mando de Artillería, Comandante Moyano.

Sentados en el suelo, nos explica el Capitán a los oficiales la forma en que se va a ejecutar la operación a punto de comenzar. El Batallón del Regimiento de Infantería de San Quintín Núm. 25, base de la columna, atacará por la derecha, disminuido en una Compañía, teniendo como objetivo las alturas de la derecha del Alto del León. Una Centuria de FE de Valladolid, mandada por el camarada Girón y agregada al Batallón, ocupará el Alto cuando éste haya cubierto su objetivo.

En su apoyo, por la izquierda, la otra Compañía de San Quintín, con un Escuadrón, pié a tierra, del Regimiento de Caballería Farnesio Núm. 10 y con una Compañía de Ametralladoras del Batallón de Plasencia, incorporada a la columna en Villacastín desde Avila, atacará la Loma de la Sevillana que domina el Alto por la izquierda. Nuestra compañía, como una unidad más de infantería, con la Sección de la Guardia Civil y un Pelotón de Ametralladoras de Farnesio, constituimos la reserva para apoyar el ataque dónde sea preciso.

No ha terminado su exposición el Capitán cuando rompe el fuego el Grupo de obuses de 105 sobre los objetivos señalados. Poco después, se pueden escuchar los trallazos de los disparos de las piezas de 75 de Segovia y un denso fuego de fusilería y armas automáticas a lo largo de todo el frente. Sobre el Alto y en las lomas inmediatas pueden verse las nubecillas que producen las granadas al explosionar.

Pasa algún tiempo sin que se altere nuestra inactividad. Ha aumentado considerablemente el fragor del combate. Sentimos sobre nuestras cabezas una especie de mosconeo que atribuyo al vuelo de insectos, la voz del Capitán que ordena que nos cubramos me saca de mi error. Se trata de proyectiles que pasan sobre nosotros para caer unos cien metros más abajo, levantando pequeñas nubecillas de polvo.

Nos dispersamos en los alrededores de la zona batida, buscando protección contra los proyectiles. Poco después llega corriendo un enlace en busca del Capitán. Le llama el Coronel Serrador.

Yo, con Vega, nos hemos refugiado detrás de unos peñascos, en los que apoyamos la espalda. Nos hemos puesto el casco y ahora, en silencio, esperamos el regreso del Capitán. Estamos seguros de que ha llegado nuestro momento, y esta certidumbre acrecienta los latidos de mi corazón.

Tarde muy poco el Capitán en regresar. Ordena reunir la Compañía y mientras los Sargentos cumplimentan lo mandado, nos reúne a los oficiales.

El Batallón de San Quintín y el Escuadrón de Farnesio están próximos a cubrir sus objetivos, nos dice, pero la Centuria de Falange se ha diluido en grupos pequeños que combaten con entusiasmo, pero sin cohesión para atacar el Alto como se le había encomendado. Mucha valentía pero escasa preparación militar. Esta va a ser nuestra misión, apoderarnos del Puerto propiamente dicho, y es importante la rapidez en la ejecución pues debemos conseguirlo antes de que finalice el día.

Rápidamente dispone la Compañía. En primer escalón, la Sección de Vega por la izquierda de la carretera y la mía por la derecha, en segundo escalón, la Sección de la Guardia Civil y el Pelotón de ametralladoras, a las órdenes directas del Capitán, llevando como eje de progresión la carretera, que es, así mismo, el del conjunto de la Compañía. Objetivo, el Alto del León a toda costa.

Sin pérdida de tiempo, emprendemos la marcha todas las Secciones para materializar el despliegue ordenado. Cruzo la carretera con los míos y subo por la ladera que la domina hasta distanciarme de ella unos cien metros. He desplegado la Sección en dos hileras de Pelotón, pues los matorrales y helechos altos que forman el sotobosque dificultan mucho la progresión. Avanzo, con la rapidez que me es posible, delante del 2º Pelotón, el Sargento Montaña, con el 1º, progresa a mi derecha a unos cincuenta metros.

Es penosa la marcha por este terreno, cuesta arriba y con los malditos matorrales que, no solo la entorpecen, sino que impiden el enlace por la vista con mi otro Pelotón. A cambio de estos inconvenientes tenemos la ventaja de que vamos a cubierto de las vistas del enemigo, que no molesta nuestra progresión en absoluto, pese al violento fuego que se escucha por todas partes.

El sol esta ya bajo y la luz se va haciendo anaranjada. Me preocupa la lentitud de nuestro avance y sobre todo, el no ver nada de lo que ocurre a nuestro alrededor. No me extraña que los chicos de Falange se hayan extraviado en este laberinto. Por mi derecha oigo el tableteo, ya próxima, de las ametralladoras de San Quintín. Cruzamos una barrancada y al hacerlo, puedo ver cerca una curva de la carretera. Me parece que me he desviado hacia la izquierda, aunque quizás se deba a los trazados sinuosos de la carretera. Me sigue todo el Pelotón, pero del de Montaña ni lo veo ni tengo idea de su situación. Aprovechando la barrancada, envío a mi enlace, el trompeta Pernas, para que trate de localizarlo. Ordeno un breve alto para tratar de reunir la Sección, pues estamos ya cerca del objetivo.

Abajo, en la carretera, veo al Teniente Gordo que trata de adelantar a brazo sus dos piezas de 75 para batir el Puerto con fuego directo. Me pide ayudas para apartar un pino atravesado que obstruye el camino. Proporciono la ayuda solicitada, mientras regresa el enlace, que lo hace en pocos minutos. Tras el unos cuantos soldados del otro Pelotón, rezagados y extraviados. Del resto, ninguna noticia.

Gordo cree que tiene por delante a la Centuria de la Falange. Al enterarse de que ésta se ha diluido y de que no hay nadie a vanguardia, decide asentar donde esta. Tampoco veo al Capitán ni a la Sección de vega, lo que me sume en un mar de confusiones, pues no sé si voy retrasado o adelantado. No sé que debo hacer.

Ante la situación y recordando la orden de avanzar hacia el objetivo con rapidez, decido continuar por la carretera, aprovechando la cuneta de la derecha y el talud inmediato para cubrirme, con los hombres que dispongo, unos veinte, pues es la única manera que veo para progresar deprisa.

Recibimos algún fuego, no muy intenso, mientras avanzamos al paso ligero. Algunos se regazan ligeramente.

*¡Adelante!, Grito, ¡Animo y adelante, que ya falta poco y el Alto es nuestro!*

Salvamos una serie talas que bloquean la carretera, ya próximos al Puerto. Silban algunos proyectiles que pasan cerca, pero el fuego sigue sin ser intenso. Veo soldados que suben también por la parte de la izquierda, deben ser de la Sección de Vega. A la carrera, alcanzamos pocos minutos después la explanada del Alto, coincidiendo milagrosamente ambas Secciones en el asalto final.

Ante nuestra súbita acción los rojos huyen corriendo cuesta abajo por la vertiente opuesta. No obstante, hemos sorprendido a algunos que se entregan arrojando sus armas y levantado los brazos. Quedamos fuertemente sorprendidos, son soldados de Ingenieros correctamente uniformados. Les interrogamos. Pertenecen al Regimiento de Ferrocarriles, que, según parece, es el que con sus mandos directos ha tenido a su cargo la defensa del Puerto, con guardias de Asalto y unidades de milicianos. Nos parece increíble haber combatido contra un Regimiento de nuestra propia Arma, cuando pensamos que teníamos delante las clásicas bandas de milicianos. Esto nos produce una profunda sensación de desagrado. ¿Cómo es posible que su oficialidad se haya prestado a eso?

Me hago estas reflexiones mientras reunimos a los prisioneros, catorce en total. Segundos después de nosotros llegó también el Capitán Guiloche con la Sección de



apoyo. También se sorprende desagradablemente al ver los uniformes de los apresados. Descendiendo de la loma de la derecha se une a nosotros un grupo de falangistas. El tiroteo ha cesado casi por completo y solo se escuchan disparos aislados. El Alto del León se ha ocupado y ha sido nuestra Compañía la que lo ha conseguido materialmente. Estamos contentos y una euforia exultante nos invade ante esta primera victoria que no dudamos en calificar de importante. Tenemos en nuestro poder el Puerto más valioso para continuar hacia Madrid.

Algunos soldados salen del bar “Casa Hilario”, provistos de botellas de refrescos. Tengo la garganta completamente seca, así que, entro ya también y me bebo de un tirón un par de botellas de cerveza. Jamás esta bebida me ha parecido tan exquisita. El bar está abandonado, al igual que el Hotel “La Peña”, hacia la parte de Madrid, en el otro extremo de la explanada.

El Capitán nos ordena reunir la Compañía. El Pelotón que me faltaba ha llegado también por la parte de la derecha, bastante desviado y casi mezclado con los de San Quintín, que han ocupado los altos de la derecha que dominan el Puerto por el sur. Esto permitió la fácil conquista de Alto del León por nuestra Compañía.

Faltan algunos soldados y guardias. No tenemos noticias de haberse producido heridos, así que debe tratarse de extraviados o quizás de desertores. Organizamos unas patrullas que recorren los alrededores en su busca, mientras esperamos órdenes.

Cuando cae la noche se encomienda a la Compañía la ocupación de unas posiciones en la que designamos como Loma de la Derecha. La Sección de la Guardia Civil se desplaza a San Rafael para cubrir la retaguardia de la columna. Regresaron las patrullas y están casi todos los soldados. Solo faltan tres que no han podido ser localizados. El porcentaje es mínimo en el conjunto de la Compañía, dadas las circunstancias del ataque en este terreno y a última hora de la tarde. Algo parecido ha sucedido en las demás unidades. Tampoco hay que descartar la posibilidad de desertiones de desafectos que aprovecharon la confusión del combate para desertar o pasarse al enemigo.

Hace frío. Mi capote-manta quedó en el camión con los de la tropa y ahora resulta imposible recuperarlo. Montamos el servicio de seguridad y nos disponemos a pasar la noche como podemos. Me meto entre unos matorrales para protegerme de la fría brisa y entre pinchazos, trato de dormir algo.

## **Día 23 de julio.**

Amanece un espléndido día. El sol se va elevando sobre el horizonte y sus rayos comienzan a caldear nuestros ateridos. Esto nos reconforta y nos da optimismo.

Pero muy poco tiempo después vemos venir de la parte de Madrid un avión que se dirige directamente hacia la zona del puerto. Cuando está más próximo, podemos ver que se trata de un trimotor de los utilizados por líneas aéreas civiles. Como los días anteriores lleva pintadas bajo los planos y en el fuselaje anchas bandas rojas. Tras unas primeras pasadas de reconocimiento, empieza a lanzar una serie interminable de bombas sobre las posiciones que ocupamos. Casi todas son pequeñas, de las reglamentarias de doce kilos, pero también arroja algunas más potentes. Podemos ver perfectamente como arrojan las bombas por la puerta que se emplea para el pasaje. Terminada su nada despreciable carga de bombas, se aleja nuevamente hacia Madrid. Ninguna bomba ha caído en nuestras inmediaciones.

El Mando de la Columna ha modificado el despliegue de ayer. En el Sector Derecho queda solamente una Compañaza de San Quintín y enlazando con ellas, la nuestra con el Pelotón de ametralladoras que nos asignaron ayer. En el Sector Izquierdo está el resto del Batallón de San Quintín y el Escuadrón de Farnesio al flanco. En el Sector Centro de la Centuria de Falange.

Permanecemos a la espera de que se nos ordene proseguir el avance hacia la Capital. Pensamos que a pié hasta descender las laderas de la sierra, para batir a los núcleos rojos que se retiraron ayer, y luego en camiones hasta alcanzar las alturas de Torreldones. Pero el tiempo pasa y la orden no llega.

Desde nuestra posición, situada en las alturas al sur del Puerto y cerca de la explanada del Alto del León, dominamos bien el terreno enemigo. Vemos perfectamente el pueblo de Gudarrama, pegado a las faldas de la sierra, y la carretera que viene de Madrid, por lo que podemos seguir con precisión la marcha de los vehículos que circulan por ella. Más allá, el amplio anfiteatro que forma el valle alto del río

Guadarrama, salpicado de pueblos: Cercedilla, Los Molinos, Alpedrete, Villalba, etc. Detrás, la mole de Siete Picos y las alturas que bordean el Puerto de Navacerrada, coronadas por la Bola del Mundo, Cabeza Mediana y la Sierra de Hoyo de Manzanares.

En previsión de lo que pueda ocurrir, he enviado a varios soldados con las cantimploras de la Sección, para que hagan la aguada en una fuente que hay a unos trescientos metros más abajo, hacia Tablada. Cuando entre más el día hará calor y entonces quizás no nos sea posible hacerlo. Ayer nos comimos el rancho en frío y agotamos los comestibles recogidos en los pueblos, así que no nos queda nada para calmar el apetito que empezamos a sentir. Espero que cuando llegemos a Guadarrama podamos comer algo.

Durante la mañana ha aparecido uno de los soldados que faltaron ayer. Pasó la noche extraviado, con una Compañía de San Quintín. De los otros dos, ni rastro. Ahora estoy seguro de que han desertado. Según alguno de sus compañeros, parece que eran de izquierdas. Mas vale que se hayan ido, lo malo es los fusiles que se han llevado.

Ahora el sol calienta y nos hace olvidar los tormentos del frío, para empezar a sufrir los del calor. Pero estos son más fácilmente soportables porque podemos resguardarnos en la sombra de los pinos, pues, aunque la parte alta de las lomas, dónde están realmente las posiciones, es pelada, bajamos a los linderos del bosque para guarecernos.

La orden de proseguir el avance no llega, pero si una patrulla de "Breguet" Rojos que, impunemente pues carecemos de armas antiaéreas, se pasean sobre nuestras posiciones soltando su carga de bombas sobre ellas, esta vez con más acierto, causándonos bajas, se les hace fuego con los fusiles y con algún fusil ametrallador. Aunque sabemos que es ineficaz, desahogamos así nuestra impotencia. Se enseñan principalmente con la artillería, que, por las condiciones del terreno, está muy al descubierto. Nosotros solo hemos tenido un herido leve por metralla.

Avanzada la mañana, dejo al Sargento Montaña a cargo de la Sección y voy al puesto de mando del Capitán Guiloche, para enterarme de si hay alguna noticia de lo que se va hacer. Está casi al lado de la explanada del Alto. Desde él puede verse una Batería de obuses de 105 de Valladolid, inmediata al monumento con el león, y otra, también de obuses de 105, hacia la vertiente de San Rafael. En el borde anterior de la explanada, junto a la carretera de Madrid las piezas de 75.

Ahora me explico las preferencias de la aviación roja. Según parece, este despliegue tan arriesgado se ha adoptado para aumentar el alcance de las piezas. Por lo menos, eso dicen los “enterados”.

En las proximidades del Hotel “La Peña”, dónde se ha instalado el Mando de la Columna, se ha instalado un observatorio de Artillería. Desde él, un oficial contempla el campo enemigo con un anteojo de antena y toma datos que anota en un cuaderno. Junto a él varios soldados montan un goniómetro, lo que parece indicar que van a preparar el tiro. Me entro de que ayer, durante el ataque al Puerto, murió el Comandante Moyano alcanzado por una bomba.

El Capitán ha sido llamado por el Coronel Serrador y hace ya rato que fue al puesto de mando. Decido esperar, pues es probable que traiga alguna noticia. Los enlaces del Capitán comentan algo que ven y que, por sus gestos, debe ser de interés.

¿Qué pasa?, pregunto acercándome a ellos.

¡Mire, mi Alférez!, contesta uno, ¡Allá en el pueblo que hay abajo!

Entrando en el pueblo de Guadarrama puede verse una larga caravana de camiones que viene por la carretera de Madrid. Ahora me explico los preparativos artilleros, probablemente para darles la bienvenida. En Este Momento llega el Capitán Guiloche, que ya conoce la noticia

Me dice que el Coronel ha recibido instrucciones del Mando de la 7ª División de no seguir adelante, por el momento, en tanto no se envíen más tropas de refuerzo. Mientras tanto, deberemos permanecer y conservar las posiciones que ocupemos en el Puerto. Nuestro efectivo, inferior al militar de hombres, es pequeño para aventurarse a bajar al llano, sobre todo, teniendo en cuenta los enormes recursos a disposición del Gobierno en Madrid. Aquí la fortaleza natural del terreno nos favorece.

Ha llegado también Vega, y el Capitán comenta con nosotros la acción de ayer. Tuvimos la gran suerte de que la Compañía ocupó el Alto del León en el instante preciso, cuando los de San Quintín batían eficazmente con su fuego las lomas de la derecha y los de la izquierda se apoderaban de La Sevillanas, dominado el alto desde ella. Así, pudimos hacerlo sin encontrar resistencia seria y por ello, sin ninguna baja. Pienso que fue un acierto mi decisión de progresar por la carretera, gracias a ello puede coincidir con Vega y entre ambos, contar con la fuerza suficiente para expulsar del Alto a sus últimos defensores, que huyeron al vernos desembocar.

Según algunas informaciones proporcionadas por varios soldados y guarias pasados a nuestras filas durante la noche, parece que el Coronel Castillo que mandaba el Regimiento de Ferrocarriles y tuvo a su cargo la defensa del Puerto, se suicidó disparándose un tiro al perderlo. Dijeron que algunos oficiales le imitaron.

En este momento rompe el fuego nuestra Artillería. Nos despedimos del Capitán y retornamos hacia nuestras posiciones respectivas. Podemos ver las humaredas de la explosión de las granadas en el pueblo y en sus alrededores. Con gemelos, también a los hombres que bajan corriendo de los camiones y se dispersan para protegerse del fuego. Sonríó, pensando en el excelente recibimiento que les hacemos y que no contribuirá mucho a mantener su moral.

Pero no tarda mucho en aparecer de nuevo la aviación roja y comenzar su bombardeo. Los Artilleros no le hacen ningún caso, manteniendo el fuego valerosamente. Esto, nos da ánimos.

Poco después me llega un aviso del Capitán para que estemos preparados. Se ha detectado que suben por el bosque grupos numerosos enemigos y empiezan a oírse algunos disparos de fusiles lejanos. Desplegamos, protegiéndonos entre los peñascales con las armas a punto. Nuestra Artillería tira ahora sobre la zona baja del bosque, dónde creemos que deben estar los rojos. Los aviones se fueron y tenemos una pausa de tranquilidad expectante.

El enemigo rompe el fuego de Artillería sobre el Alto y sus inmediaciones, buscando nuestras Baterías, para proteger el avance de los suyos. Algo más tarde oímos fuego intenso por el Sector Izquierdo, por lo visto atacan por allí. También, poco después, tiran sobre nosotros, pero el fuego es lejano y poco eficaz. Deban tratar de inmovilizarnos.

Va transcurriendo el día con la misma tónica de insistir el enemigo en nuestra izquierda. En nuestro Sector se detuvieron aún lejos de nosotros.

Entra la tarde algunos grupos enemigos establecen contacto con nuestras avanzadas y se entabla un intercambio de disparos que con intensidad variable se mantiene hasta el crepúsculo. En algún momento y aprovechando las discontinuidades de nuestro frente, han pretendido alcanzar nuestras posiciones grupos aislados, pero han sido rotundamente rechazados. Al anoecer se repliegan los rojos abandonando el campo. No hemos tenido ninguna baja.

A última hora de la tarde se han incorporado otras dos Centurias de la FE, de Valladolid, una, con el jefe de Centuria González Vicén, ocupa la cota 1645 en el extremo del despliegue, y desde dónde algunos enemigos amenazaban nuestras posiciones, la otra, con el Capitán de Caballería Martín Duque, es destinada a reforzar el Sector Izquierdo.

Al llegar la noche vuelve a hacerse sentir el frío. En la Sección han aparecido algunos capotes-manta que no sé quién ha traído, y con ellos nos abrigamos como podemos, agrupándonos.

Se han establecido los puestos de centinela necesarios y nos hemos partido la vela nocturna entre el Sargento Montaña y yo. He elegido la segunda mitad de la noche por estimarla más delicada. Y de acuerdo con este plan de servicios estoy disponiéndome para dormir un rato, cuando se rompe bruscamente el silencio que imperaba desde hacía rato. Oímos el restallar de una serie de disparos y clamor de voces que parecen venir de la parte de la carretera. Doy la alarma y ocupamos los puestos rápidamente pensando en un posible ataque nocturno. El fuego se ha generalizado y es ahora un tiroteo intenso. Todo ocurre a nuestra izquierda. Ante nuestras posiciones el bosque permanece en calma y aunque nos esforzamos en localizar posibles sombras, permanece desierto el espacio despejado que tenemos delante. De repente se encienden unos faros de coche que avanzan lentamente hacia el Puerto por la carretera que sube de Guadarrama. Estoy totalmente confuso y no sé qué pensar. Pueda ser que efectivamente se trate de un ataque.

Ahora, en la explanada del Alto, se encienden otros faros que iluminan el acceso hacia el lado rojo. A su luz podemos ver gente que sube con los brazos levantado. Oímos claramente gritos de ¡VIVA ESPAÑA!, ¡NO TIREIS! Visten uniforme militar, deben ser soldados que se pasan desde el campo rojo.

Ha cesado el fuego de nuestras posiciones, pero en este momento son los rojos los que hacen fuego. Se han apagado todos los faros, probablemente para no favorecer el tiro enemigo, con lo que queda todo a oscuras otra vez. Aún se oyen disparos durante bastante rato, pero como en nuestro Sector no pasa nada, me acerco al puesto de mando para enterarme de lo sucedido. Consigo averiguar que se trata de una unidad de Caballería que se ha pasado a nuestras filas, creo que son del Grupo de Autoametralladoras cañón de Aranjuez.

Podemos hablar con un oficial de los pasados que, tras la dura prueba que acababan de sufrir, está exultante de alegría. Nos cuenta que recibieron orden de la División de trasladarse al pueblo de Guadarrama. Durante el viaje tomaron la firme decisión de pasarse al bando nacional y nada más llegar, al atardecer, se acercaron todo lo que pudieron y esperaron la noche para cruzar las líneas. Han sufrido los efectos del fuego de ambos bandos y se han debido producir bastantes bajas, pues el auto ametrallador que iba en cabeza se averió y quedó cruzado, impidiendo el paso a los demás, por la que no tuvieron más remedio que abandonar los ingenios. Han conseguido llegar a la posición ocho oficiales y catorce de tropa del Grupo, más un guardia civil y varios soldados de ferrocarriles.

Regreso a nuestra posición y al poco rato vuelve a desencadenarse el tiroteo, seguramente intentan recuperar el material abandonado.

Está muy avanzada la noche cuando, al fin, todo vuelve a quedar en calma. En vista de ello y abrigándome como puedo con el capote que comparto con mi en lace, me dispongo a tratar de descabezar un sueño.

## **Día 24 de julio.**

Pasando bastante frío y sin novedad alguna, ha transcurrido mi turno de servicio. He dado algunos paseos para visitar los puestos y he charlado con los soldados. Están pletóricos de moral y a pesar del forzado ayuno de ayer, ya que solo hemos podido ingerir alguna lata de conservas compartida o algún trozo de chorizo a secas, puedo comprobar que su espíritu es excelente y que tienen plena fe en nuestro triunfo.

Cuando está empezando a amanecer y una leve claridad empieza a iluminar el cielo por oriente, se rompe bruscamente la serenidad de las últimas horas con un violento tiroteo que se oye a nuestra derecha. Rápidamente alerto a mis posiciones y escudriño la todavía oscuridad del bosque frente a nosotros sin conseguir descubrir nada sospechoso.

Tras unos minutos decrece la intensidad del fuego, para, poco después, volver a incrementarse en un denso y breve intercambio de disparos, acompañado de fuerte griterío, que cesa casi bruscamente, dejando detrás una secuela de tiros aislados.

La calma se hace nuevamente. En nuestro Sector no se ha producido ninguna novedad, así que, transcurrido un discrecional período de espera y deseoso de saber lo que ha pasado, me dirijo al puesto de mando de la Compañía, dejando a Montaña a cargo de mi tropa. Precisamente cuando llego regresa el Capitán Guiloche de hablar con el Estado Mayor de la Columna. Según me dice, los rojas han atado por sorpresa la posición extrema del Sector Derecho, bajando de los altos de Cabeza Líjar, aún de noche. Se apoderaron de ella después de morir todos los falangistas que la defendían y al Cabo de la guardia Civil que los mandaba. Pero alertada el resto de la Centuria de González Vicén, contraatacó, recuperando la posición, que a partir de ahora se denomina “del Copo”, y desbandando a la unidad roja que había atacado.

Me dice también que durante la noche ha llegado de Segovia la Compañía del Capitán Olivé, de nuestro Regimiento, con los Tenientes Díez Alegría y Gordanuela y



unos cien hombres. Han desplagado en el Sector Centro, a nuestra izquierda. Me alegra la noticia de que esté junto a nosotros otra unidad de nuestro Regimiento, con compañeros apreciados y de gran valía.

El Capitán me ordena adelantar las posiciones hasta la linde del bosque para ocultarnos a la aviación enemiga y así lo hago. Me Sección tiene a su cargo la parte izquierda del despliegue de la Compañía, y la de Vega defiende la derecha, enlazando con la Compañía de San Quintín.

Cuando el Sol comienza a teñir de rosa las alturas de la sierra, hace su primera aparición del día la aviación roja, que ya, prácticamente, no nos va a dejar ni un momento. Emplean aviones “Breguet” de bombardeo ligero y los trimotores de la LAPE (Líneas Aéreas Postales Españolas) habilitados como de bombardeo pesado. Actúan turnándose, de tal forma, que siempre tenemos algún avión que vuela sobre nuestras posiciones soltando su carga que la agota.

Nuestros observadores han detectado desde antes del amanecer la llegada de largas columnas de camiones por la carretera de Madrid. Esta acumulación de fuerzas es indicio claro de que vamos a sufrir un ataque importantes. Nuestra Artillería actúa eficazmente a pesar de la presencia constante de los aviones rojos y esto le produce bastantes bajas. También ha llegado de Segovia una Batería de cañones de 75 del 13º Ligero, que entró en posición durante la noche.

Hacia las seis empieza el fuego de la artillería enemiga y una vez corregido el tiro, adquiere intensidad. Se han detectado varios orígenes de fuego y proyectiles de distintos calibres, calculándose en unas ocho Baterías las que participan en el bombardeo de las posiciones de la Columna. También se ha incrementado el número de aviones y naturalmente, su fuego.

Todas nuestras posiciones están cubiertas por el humo y el polvo de las explosiones y se están produciendo bajas sensibles. Aprovechando la masa cubridora de los roquedales, nos apretamos contra el suelo para defendernos del bombardeo, procurando disminuir todo lo posible las partes del cuerpo expuestas. Tengo la boca seca e irrita mi garganta el gusto acre de la trilita. No se definir mis sensaciones. Creo que la muerte me puede llegar en cualquier momento y recito mentalmente una oración con fervor. No querría morir ahora de esta forma, un poco sin pena ni gloria, perdieron una vida que amo... no sé si esto que siento es miedo, pero si es así, aunque sumamente desagradable, no siento anuladas mi voluntad ni mis facultades.

Esta situación dura algo más de una hora, que se nos hace interminable. Al cabo de este tiempo empieza a disminuir la intensidad del bombardeo. Pienso que este derroche de proyectiles tiene que preceder forzosamente a un ataque serio, para el que han debido acumular medios considerables, y preveo que éste no ha de tardar en producirse. Ordeno ocupar los parapetos que han habilitado sumariamente los soldados.

Casi recién cumplimentada la orden, empezamos a recibir fuego fusilería. El tiro es lejano y los proyectiles pasan altos, silbando y arrojando sobre nuestros cascos una lluvia de hojas y pequeñas ramas de pino. Algunos, mejor dirigidos, empiezan a caer entre nosotros. Los que inciden sobre las rocas producen un chasquido seco que asemeja un disparo de pistola, tanto, que hasta que me doy cuenta de su verdadera causa, me tienen en vilo tratando de averiguar quién pueda hacerlos.

Nosotros, ahorramos munición. El bosque impide la visión y escasamente penetra la vista a más de doscientos metros entre los numerosos troncos. Sin embargo, tenemos la ventaja de que para llegar a la posición deben realizar una dura subida.

Vemos varias siluetas oscuras. Llevan monos o uniformes azules. Ordeno abrir fuego a discreción, apuntando bien, y pronto podemos ver los efectos, pues se cubren mucho más que antes. Ellos tiran también, parapetados detrás de los troncos, y su tiro se hace bastante más certero. Creo que se trata de guardias de Asalto.

Así, se establece una especie de duelo entre ambas partes, sin que se decidan al ataque definitivo. Algunos que han pretendido avanzar han quedado inmovilizados definitivamente. Estoy seguro de que se han sorprendido por encontrar esta firme resistencia, después del bombardeo a que nos han sometido. Realizan un intento de asalto, esta vez más generalizado, que es firmemente rechazado y tras él podemos ver claramente como se retiran. ¡Hemos podido para este primer golpe!

El rotundo éxito es alebrado con entusiastas vivas a España por mis soldados, cuya moral ha crecido en gran medida. Casi a continuación recibo orden del Capitán de extender algo más mi despliegue hacia la izquierda, para ocupar una zona que considera necesario cubrir. Se trata de unos roquedales que quedan algo más avanzados para evitar que los ocupe el enemigo.

Me dirijo hacia ellos con parte de un Pelotón y avanzamos de piedra en piedra, pero casi inmediatamente recibimos un fuego intenso que nos obliga a cubrirnos rápidamente. Hay rojos ya en el roquedal, a unos ochenta metros. Tengo algún herido que oigo quejarse por detrás y unos instantes después, otro, casi a mi lado.

Detrás de la piedra en que he conseguido protegerme, ayudo al herido, alcanzo en un hombro. Con su fusil disparo hacia dónde me parece que procede el fuego, pero el que a mi vez recibo es tan intenso que prácticamente me inmoviliza. A mi derecha los otros soldados que me acompañan están tan batidos como yo. Nos tienen completamente neutralizados y me siento impotente para intentar desalojar a los rojos de las rocas. Siento la sensación de estar en una ratonera. Como puedo hago señas a mis hombres de que cese el fuego, que no nos conduce más que a consumir munición inútilmente pues es imposible apuntar.

Pasa un rato que me parece largísimo. Ellos han cesado el fuego también. Los vigilo aprovechando el hueco que queda entre la piedra y un matojo junto a ella. No consigo verlos pues indudablemente se ocultan como nosotros. Se inicia ahora fuego desde nuestras posiciones, bastante intenso, y pienso que Montaña se ha dado cuenta de nuestra situación comprometida. Tira también con la ametralladora. Sin dudarlo un momento, grito:

*¡Replegarse a la base, rápido, ayudar a los heridos!*

Por mi parte, me levanto de un salto con el fusil del herido, mientras éste corre hacia atrás sujetándose el brazo. A la carrera, cuesta arriba, ganamos nuestra línea, aprovechando el eficazísimo fuego de los nuestros sobre el roquedal. Ahogados por la veloz subida nos echamos al suelo. Falta un soldado y hay dos heridos. Me dicen que cayó con un tiro en la cabeza en las piedras, muerto en el acto. Siento gran pena pues era un muchacho excelente y es imposible tratar de recuperarlo ahora. Son ya varios los heridos en la Sección que han sido evacuados, estos últimos, no muy graves, lo hacen por su pié.

Aprovechando la calma momentánea voy al puesto de mando de la Compañía para dar las novedades de lo ocurrido al Capitán. También está el Teniente Vega que, como yo, ha ido para informar del ataque realizado por los rojos contra sus posiciones. La zona que defiende la Compañía es bastante extensa y por ello, no se puede dominar toda desde su puerto de mando, pero sí la parte izquierda, mas baja, por lo que el Capitán ha podido seguir personalmente nuestro intenso fallido. El fue quién organizó el apoyo por el fuego que nos permitió salir del atolladero. Lamenta que se nos hayan adelantado los rojos en ocupar los roquedales y siente las pérdidas que nos han ocasionado.

*¡Hubiera preferido que fuéramos nosotros los que estuviésemos allí!, dice, pero ya encontraremos la ocasión propicia para echarlos.*

El bombardeo y posterior ataque sufridos nos han causado bajas, más crecidas en la Sección de Vega que ha soportado el envite más fuerte. El, está afónico hasta el punto de que casi no puede hablar, pero está pleno de espíritu de lucha y de entusiasmo. La parte derecha de la posición de la Compañía que defiende su Sección es fundamental y por esto, atractiva para el enemigo. Vega ha combatido como un león y ha conseguido rechazar un ataque fuerte contra el, pero además ha apoyado eficazmente a las vecinas posiciones de la Compañía de San Quintín, también objetivo del enemigo que ha sido fuertemente presionado.

Es sensible la superioridad enemiga, no solo en aviación, dueña absoluta del aire, y en artillería, que triplica nuestras disponibilidades, sino también en fuerzas de choque que, por lo que hemos podido evaluar, nos superan con gran amplitud entre unidades regulares del ejército, de la guardia civil y de asalto, y la masa de milicianos que las acompañan. Pero esta superioridad de medios materiales no va acompañada del espíritu de sacrificio y de la disciplina, que impera en nuestro bando. Esta es nuestra contrapartida.

Nuestra tropa reúne las virtudes militares fundamentales y tienen plena confianza en sus mandos, con los que se siente identificad y dispuesta a seguirles hasta los últimos extremos del sacrificio. Estas cualidades, unidas a las excelentes condiciones naturales de las posiciones que ocupamos, multiplican nuestro valor material por un coeficiente importante. Esta serna consideración de nuestras posibilidades nos proporciona la confianza y seguridad necesaria y la fe en la victoria.

Me despido del Capitán. En el camino de regreso encuentro un buen trozo de chorizo en el suelo que devoro sin ningún miramiento. Hace cerca de veinticuatro horas que nos ha probado bocado, pues las escasas provisiones que nos han llegado se han distribuido preferentemente entre la tropa.

Estoy colocando la ametralladora en el lugar que me parece mejor para obedecer su mayor eficacia, cuando volvemos a recibir el fuego de su artillería y nuevas pasadas de su aviación. Esta vez parece que tienen especial preferencia por nosotros y sus proyectiles y bombas esparcen una lluvia de metralla. Nos protegemos introduciéndonos como podemos en los huecos entre las rocas. Un avión, muy lejano, enfila de lleno nuestro despliegue. Pegado al terreno, oigo como se van acercando las explosiones de

sus bombas hasta que una de ellas cae muy cerca de nosotros, casi encima. He quedado medio sordo, con la garganta llena de polvo y trilita, pero no estoy herido. Siento gritos próximos y algo de mi escondrijo corriendo hacia ellos entre la nube de polvo y de gases de las explosiones. Uno de mis soldados está mal herido, un casco de metralla casi le ha arrancado un brazo y tiene grandes destrozos. Con ayuda de otro compañero, también herido aunque leve, le arrastramos hacia atrás para prestarle ayuda. Está consciente y me dice entrecortadamente:

*¡Déjeme, mi Alférez!, ¡Yo ya estoy listo...!, sangra abundantemente y respira con trabajo, sin que podamos contener la hemorragia. Vuelve a decir trabajosamente, ¡Déjeme y atiendan al frente... que volverán...!*

Procuramos taponar su terrible herida con trozos de su camisa. De pronto grita:  
¡Me muero...! ¡Viva España!

Tratamos de reanimarle pero efectivamente ha muerto. Se humedecen mis ojos ante esa lección de sublime patriotismo y digo ahogadamente:

*¡Valiente, que Dios te acoja en su seno!, y hago sobre su frente la señal de la cruz.*

Arrecia el fuego de artillería. Colocamos el cadáver detrás de una roca y regreso a mi puesto hasta que podamos evacuarlo. Estoy impresionado por el valor y patriotismo de este muchacho. Su ejemplar estoicismo me estimula y pienso que con hombres de esta talla no nos arrancarán de aquí nunca.

No tengo ni idea de la hora, mi reloj se ha parado pues olvidé darle cuerda. Está disminuyendo la intensidad del bombardeo y esto me hace salir de mi cobijo y dirigirme a la ametralladora para puntarla y ponerla a punto. Está llena de polvo por las explosiones y cuando estamos tratando de limpiarla, se desencadena el tanque.

Disparamos rabiosamente pues tenemos a los rojos casi encima, han aprovechado el bombardeo para acercarse. En el momento culminante del ataque se interrumpe la ametralladora. El Sargento trata de ponerla nuevamente en servicio, mientras sujetamos a los rojos disparando nuestros fusiles sin descanso. Mi enlace “el Pernas”, como le llaman cariñosamente sus compañeros, se lleva la mano al vientre.

*¡Mi Alférez, me han arreado...! ¡Viva España!, grita y cae al suelo.*

Le cubrimos tras el parapeto y seguimos nuestro fuego. *¡Pobre Pernas, tiene mal aspecto! ¡Una herida en el vientre y a dos o tres horas que tardará en llegar al puesto de socorro! No creo que tenga remedio. Se ahora un sollozo en mi garganta. Me lleno de rabia... tiro...tiro... tenemos a los rojos a menos de cien metros y puedo ver la eficacia de*

nuestro fuego, se han parado, no pueden seguir adelante, la lluvia de proyectiles que reciben las detiene. Podemos ver muchos cuerpos caídos y pienso que les estamos produciendo muchas bajas.

Poco después les vemos correr hacia atrás en franca retirada. Ordeno alto el fuego y dispongo que evacuen a Pernas y otros heridos que tenemos. Cuando se lo llevan, oigo a Pernas que grita:

*¡Atrás cabrones...! ¡Viva España!*

Por la derecha han avanzado más los rojos y están metidos entre las posiciones de Vega, me parece que allí está difícil la cosa. La ametralladora está otra vez a punto y ordeno abrir fuego en aquella dirección para apoyar a nuestros camaradas, fuego que es efectivo porque coge de flanco el enemigo. El combate es muy intenso y de gran dureza. Restallan las explosiones de las granadas de mano, que cubren el terreno de una neblina de polvo y humo que no nos permite ver lo que ocurre.

Transcurre así un cierto tiempo que se me hace muy preocupante, pues si los rojos consiguen “colarse” por allí me van a coger luego de revés. Al fin, tras ese duro forcejeo, podemos ver como el enemigo retrocede y se acoge de nuevo al bosque, ladera abajo. ¡Bien por nuestros camaradas! Que han podido superar el difícil trance.

Poco a poco va disminuyendo el fuego. Aprovechando la pausa se evacua a los heridos y al soldado muerto. Montaña está exultante y grita:

*¡Animo muchachos, que no tienen cojones para echarnos de aquí!*

Los soldados están también satisfechos y se sienten orgullosos y crecidos. Ardo en deseos de conocer con más detalle los efectos del ataque sobre el conjunto de la Compañía. Pido a Montaña el parte de bajas, para dar las novedades al Capitán. El ataque último nos ha producido cinco heridos, dos graves. Con éstos, el total de baja en lo que va de día es de dos muertos y siete heridos.

Me voy hacia el puesto de mando de la Compañía. Tardo en encontrar el Capitán, pues, según me dicen, fue hacia las posiciones de Vega. Al fin, lo localizo viniendo de allá, le veo venir con paso cansino y aspecto fatigado. Cuando llega a mí me pregunta:

*¿Cómo ha ido la cosa en sus posiciones?*

*Bien, mi Capitán, hemos podido rechazar el ataque que ha sido bastante duro. He tenido nueve bajas, dos muertos y siete heridos que, menos uno que cayó lejos de nuestras líneas, los demás han sido evacuados.*

Le doy los detalles de la acción y nombres de las bajas. Le informa también que un soldado herido leve se ha negado a ser evacuado. Al terminar mi exposición le pregunto

*¿Qué ha pasado en la Primera Sección, mi Capitán?*

*¡Han matado a Vega!*, me dice con voz emocionada, se le metieron los rojos en una de sus posiciones y ha muerto al contraatacar para recuperarla. *¡Ha caído como un verdadero héroe!*, con su actuación evitó la pérdida de la ametralladora y cayó cuando se disponía a recuperar la posición perdida. El Sargento Felipe Pérez, al verlo, reunió a unos cuantos soldados y con total desprecio de su vida ha conseguido expulsar a los rojos y mantener todos a las posiciones de la Sección

Esta francamente abatido y añade:

*Hemos tenido una gran pérdida, pues Vega era infatigable y se multiplicaba como un titán.*

La noticia me ha producido gran dolor. ¡Ha muerto Vega! El que ha sido durante todos estos días como una especie de mi hermano mayor, me ha alentado y dirigido siempre como el más excelente camarada. Su espíritu y su temple me han servido como ejemplo y de apoyo. Voy a sentir su falta muchísimo.

En conjunto, la Compañía ha tenido muchas bajas, especialmente la Primera Sección que ha resultado más castigada que la mía. De esta manera, creo que todos hemos cumplido con nuestro deber, y el resultado es que, pese a los duros ataques sufridos, al final de la Compañía mantiene todas sus posiciones. Indudablemente y aunque siente enormemente las pérdidas producidas, el Capitán está satisfecho por ello. Me despido de él y regreso a mi puesto.

Han pasado algunas horas de tranquilidad relativa. Los rojos han debido recibir un buen castigo, pues, por el momento, no parecen tener muchos deseos de repetir la acción. Quizás por eso, desahogan su impotencia con el bombardeo, que no cesa, como consecuencia, aún tengo que lamentar la baja de Montaña, herido en la espalda por metralla.

Avanzada la tarde nos releva en las posiciones la Centuria de Falange que estaba en el Sector Izquierdo y que se hace cargo de las mismas por orden del Coronel. Se concentra nuestra compañaza a retaguardia de esta Loma de la Derecha, como la hemos bautizado y que hemos defendido todo el día. La Compañía ha quedado considerablemente disminuida, por eso nos han relevado en un sector de interés esencial. Ahora, quedamos en reserva.

Estamos cerca del Puerto, en la contra pendiente de la Loma y no muy alejados por si tenemos que intervenir de nuevo. Hemos tenido un total de 28 bajas, entre muertos, heridos y desaparecidos (un teniente, un Sargento cuatro Cabos, un Trompeta y veintiún Soldados), lo que supone alrededor de un 40% de su efectivo inicial.

A última hora de la tarde aún tenemos que intervenir de nueva para desalojar a unas partidas rojas que aparecieron a retaguardia de la Posición del Copo, creando una situación de peligro. El enemigo persiste en sus intentos de desmoronar el Sector Derecho. Para el contraataque se unen a nosotros los ordenanzas, escribientes y varios soldados de Intendencia, mandados por el Capitán Artieda del Estado Mayor. Entre todos, con una decidida actuación, y un fuerte intercambio de disparos, les desalojamos y les ponemos en franca huída. Nosotros no hemos tenido ninguna baja.

Con las últimas luces del día se despide la aviación enemiga, obsequiándonos con una buena carga de bombas. Al llegar la noche recibimos orden de situar la Compañía detrás de la plazoleta del Alto del León, a la izquierda de la carretera que sube de San Rafael. Nos encomiendan la protección de la Artillería.

Hay tristeza en la tropa, pues faltan muchos compañeros, y además estamos agotados y hambrientos. Lo duro del combate y la necesidad de emplear en el todo el efectivo disponible ha impedido la realización del abastecimiento.

Podemos obtener alguna información de la Compañía del Capitán Olivé. Ha estado cubriendo duro todo el día la zona a vanguardia del Alto, entre la carretera y la Loma de la Derecha. Ha tenido, también, una actuación destacada, rechazando fuerte ataques enemigos que le han producido bajas, entre ellas el Teniente Gordejuela, herido.

Reunimos a los hombres en un lugar que parece abrigado y nos disponemos a pasar la noche. El frente está ahora en completa calma. Estoy rendido y siento con intensidad el aguijón del hambre, a pesar de un trozo de “chusco” que me ha correspondido y he devorado. Sobre poco más o menos, estamos todos en la misma situación. Envuelto en una manta que he conseguido, me echo junto a un pino y trato de dormir, pero los acontecimientos del día se pasean obsesivamente por mi pensamiento.

Durante todo el tiempo he permanecido sometido a una fuerte tensión emocional. Hoy he conocido en todo su crudeza la realidad de la guerra. He visto caer a varios de mis soldados y he sentido dolor y miedo. Si, miedo a morir. Sobre todo en esos momentos que no alienta el calor del combate. Cuando, en frío, se recibe el



demoledor fuego de la artillería y de la aviación. He rezado en muchas ocasiones pensando que podía estar viviendo mis últimos instantes. Pero en los momentos decisivos creo que he reaccionado positivamente y que he sido capaz de cumplir bien con mi deber. Por ello, me siento satisfecho.

## **Día 25 de julio.**

He podido dormir unas horas y me siento con el ánimo renovado y hasta optimista. Me ha despertado la llegada del Teniente Molina, del Regimiento, que viene enviado desde Segovia para cubrir bajas.

Según órdenes del Mando de la Columna y a causa del elevado número de bajas que ha tenido nuestra Compañía, se reorganiza y recibe refuerzos procedentes de la otra Compañía del Regimiento, más numerosa y menos castigada. Quedamos de la forma siguiente: Mi Sección se refuerza con el Sargento Felipe Pérez y siete hombres de la Primera Sección, de ésta, se hace cargo el Teniente Molina, completada con veinte de tropa recibidos de la Compañía del Capitán Olivé. Y ésta queda con otras dos Secciones, mandadas por el Teniente Díez Alegría y por el Brigada Alejandre. Así, quedan todas las Secciones con un efectivo de unos treinta hombres.

La Compañía del Capitán Olivé cubre el mismo frente que tenía ayer. Nuestras antiguas posiciones del Sector Derecho siguen a cargo de la Centuria de Falange. Nuestra Compañía queda en reserva para hacer frente a las situaciones difíciles que se presenten. Parece que la actuación de ayer le ha granjeado la confianza del Coronel Serrador. Esto nos satisface.

La razón de estas modificaciones parece deberse a que ha sido necesario enviar a San Rafael, para cubrir la retaguardia de la Columna ante la acción de grupos enemigos que pululan por la sierra frente a El Espinar, dos Centurias de Falange que se han sacado del frente. Una, del Sector Izquierdo, y la otra, la Primera, manda por Girón, que estaba ayer en reserva, también con muchas bajas.

Aprovechando la momentánea inactividad de las horas del amanecer, hemos podido comer unas patatas cocidas con unos trozos de chorizo, que se han preparado bajo la dirección del Brigada Alejandre para las dos Compañías. La ración ha sido muy

sumaria, pero lo poco que hemos comido nos ha sabido a gloria y restaurado algo nuestras fuerzas.

Sobre las cinco y media rompo el fuego la Artillería enemiga, con iguales objetivos y cadencias que ayer, es decir, de bastante intensidad. Pero hoy estamos bastante a cubierto y nos afecta poco. Algo más tarde hace su primera actuación la aviación roja, iniciando un bombardeo que va a mantenerse ininterrumpido durante todo el día.

Alrededor de las siete y después de un período de bombardeo intenso, se inicia un nuevo ataque del enemigo que, a juzgar por el intensísimo fuego que se escucha, debe de ser muy importante y a lo largo de todo el frente. Como ya me temía, los rojos han debido acumular hombres y medios de entidad considerable, tanto de infantería como de artillería.

Comienzan a llegar heridos, transportados por todos los procedimientos imaginables, que se evacuan en camiones al puesto de socorro instalado en San Rafael con los medios necesarios.

Transcurre el tiempo sin que el combate decrezca de intensidad. Nuestras Baterías tiran sin pausa, tratando de neutralizar el fuego de los enemigos, a pesar de que, por lo descubierto de sus asentamientos, sufren constantemente los ataques de los aviones rojos.

Un enlace entrega una orden del Coronel Serrador al Capitán Guiloche. La orden es urgente, hay que reforzar con una Sección de la Compañía a las posiciones de la Loma de la Izquierda, inmediata al Puerto, que han sufrido un ataque muy fuerte y tienen muchas bajas. El Capitán me designan esta misión, así que, sin pérdida de tiempo, reúno a mi gente y me dirijo al lugar señalado por un camino que sube por la contra pendiente, bastante a cubierto del fuego.

Con los Pelotones en hilera subimos con paso rápido que nos hace jadear. Pronto llegamos a la parte alta de la Loma. Aquí el fuego es intenso y tenemos que atravesar las zonas descubiertas a la carrera. En poco tiempo llegamos a las posiciones que defiende una Compañía de San Quintín y busco al jefe de la posición. Tienen muchos heridos. Al fin encuentro a un sargento.

*¿Dónde está el Capitán?, pregunto*

*Le hirieron hace ya rato, contesta*

*¡Pero habrá algún oficial!*

*Mire, mi Alférez, hay un Teniente y un Alférez muertos. Creo que soy yo el más antiguo de los que quedamos aquí. Por lo menos, me ha hecho cargo del mando.*

*Bueno, no se preocupe, venimos a reforzar la posición.*

La verdad es que la situación que me expone y veo es bastante peor que la que me figuraba. El Sargento que, evidentemente, se ha sentido aliviado al vernos, me da una idea de la posición que ocupa y sin pérdida de tiempo, aprovechando que el fuego enemigo ha disminuido, voy desplegando a la gente y organizando la posición. Al Sargento de Infantería, con su tropa, le encomiendo la defensa de la parte izquierda, que enlaza con el resto del Batallón de San Quintín, y al Sargento Felipe en el centro con el Primer Pelotón. La zona derecha, más próxima al Puerto y ligeramente más retrasada, para el Segundo Pelotón. Esta enlaza por la vista con las posiciones que cubre la Compañía de Capitán Olivé. Yo, me sitúo en el centro, entre los dos pelotones.

Por el momento, los rojos permanecen fijados al terreno después del fuerte ataque que han conseguido rechazar los de San Quintín. Pasa así un buen rato, para luego, reanudarse el fuego de la artillería enemiga con rabiosa intensidad. Las granadas hacen explosión entre nuestras posiciones y nos causan algunas bajas. No me cabe duda de que vamos a sufrir un nuevo ataque. Menos mal que los amontonamientos rocosos ofrecen una protección nada despreciable contra la artillería. Cuando el fuego empieza a decrecer, grito a los soldados próximos:

*¡Atención!, ¡A los parapetos, que no tardarán en venir!, ¡Corred la voz!*

Efectivamente no me equivoco. Mientras ocupamos nuestros puestos, podemos ver como suben por la ladera enjambres de rojos. Cuando están a tiro doy la orden de fuego y éste se inicia rápidamente, corriéndose por toda la posición. El enemigo se detiene momentáneamente buscando cubiertas para protegerse, lo que indica que nuestro tiro es eficaz. Para llegar hasta nosotros tiene que atravesar una zona descubierta de unos trescientos metros, que, demás es cuesta arriba.

Ahora nos tiran ellos también con fuego de fusil y ametralladora y así, se entabla un duelo. Un grupo ha conseguido alcanzar una cerca, más próxima, en la que se resguardan y desde la que tiran con mayor precisión. Grupos numerosos suben hacia nuestra izquierda, pero el nutrido fuego de los de San Quintín les detiene en seco.

El intercambio de disparos es de gran intensidad, y entre el estrépito correspondiente, oigo voces por aquella parte sin conseguir entender lo que dice. Me dirijo en un par de saltos al puesto del Sargento Felipe para averiguar lo que ocurre.

*Piden munición, me dice éste.*

Llega corriendo un soldado de San Quintín, enlace del Sargento, para decirme que se están quedando sin municiones y pide que se le envíen con urgencia. El depósito de munición está un poco más arriba de dónde estamos. Le indico el lugar y encargo a uno de mis soldados que le ayude a transportar un par de cajas. Salen hacia allá a la carrera y cuando están llegando al depósito, cae uno de ellos. El otro se protege tirándose al suelo y trata de ayudar al herido.

*¡Munición!, ¡Munición!, oigo gritar por la izquierda.*

*¡Coño! ¡Voy para allá!, dice Felipe.*

Corre hacia el depósito, agarra una caja de munición por la anilla de cáñamo, se la echa al hombre de un tirón y a todo gas, sin protegerse, va hacia las posiciones de San Quintín. Las nubecillas de polvo que salpican el suelo a su alrededor, indican claramente que le tiran con saña, pero él, sin hacer ningún caso, prosigue su sensacional carrera hasta llegar a su meta. Todo esto ha durado unos cuantos segundos y mientras, otro de mis soldados que ha presenciado el incidente, de “mutu propio”, se va junto al de infantería y con él, transportan otra caja de munición a la carrera, de piedra, consiguiendo también llegar a su destino. Durante todo este tiempo hemos hecho un fuego graneado, sin descanso, sobre las posiciones que ocupa el enemigo y por los resultados obtenidos, creo que hemos conseguido neutralizarlo.

Regresan Felipe y el soldado, ahora con mayores precauciones, hasta llegar junto a mí detrás del peñasco que nos cubre.

*¡Bravo muchachos!, exclamo con efusión.*

*Me parece que me han dado, dice Felipe bajándose los pantalones.*

Se mira el muslo en la parte dolorida. Tiene claramente marcada en la cara interna una raya roja producida por la quemadura del proyectil, pero, afortunadamente, nada más. Dos agujeros en el pantalón permiten apreciar su trayectoria, unos centímetros más adentro le hubieran herido gravemente.

Como los rojos siguen detrás de la cerca, muy próximos, se suben rápidamente los pantalones y se reintegran a su puesto. Antes, le he dado un abrazo, con su caliente actuación ha salvado una incidencia que hubiera podido crear una situación muy delicada. Todo posible por su fuerte complexión de asturiano robusto, otro, no hubiese podido cargar la caja al hombro y correr con ella, como lo ha hecho Felipe.

Continúa el vivísimo fuego por ambas partes. Pero los rojos no se deciden a salir de la cerca que han alcanzado. En vista de ello, ordeno hacer alto el fuego para ahorrar munición, pasando a vigilar al enemigo y tirar sobre blancos seguros únicamente.

Pasa un rato sin que se altere esta situación, al cabo del cual, vuelve a tirar su artillería sobre nosotros. Estamos sedientos, con las cantimploras vacías y las gargantas irritadas por los gases de la trilita. Para remediar esta sed angustiosa, que hace más penosa el calor, ordeno que vayan a por agua un soldado por Pelotón con las cantimploras de todos. Dispongo también que se evacuen varios heridos que tenemos, aprovechando la pausa. Mientras tire la artillería no es de tener ningún ataque.

La situación continúa igual durante bastante tiempo. Las grandas siguen cayendo con ritmo más bien lento, sin producirnos daños sensibles. Estoy bien resguardado, en lo que cabe, detrás de la masa de un gran roquedal y desde él, asomando la cabeza, puedo ver bien el campo rojo.

Por una especie de cañada que sube desde el Alto, a cubierto de las vistas del enemigo, veo un oficial que viene hacia nosotros y puedo reconocer al Teniente Molina. La explosión de una granda por poco le pulveriza. Le llamo y llega hasta mi refugio sin más novedad. Cuando recupera el ritmo respiratorio, me dice:

*Me envía el Capitán Guiloche para que le informe de la situación de tu Sección. Hemos visto a algunos soldados tuyos abajo y pensábamos que podía haberte ocurrido algo.*

*Como ves, no ocurre nada de particular. Hemos soportado un ataque bastante fuerte, con algún momento difícil, pero que hemos conseguido superar. Lo malo es que un grupo de ellos han alcanzado la cerca que ves allí, a unos ciento cincuenta metros, y creo que no tardarán en repetir su intento.*

*Las piedras de la cerca, añado, mientras Molina contempla el terreno les protegen bien de nuestro fuego y no puedo desalojarlos de ella. Los soldados que habéis visto, han ido a hacer la aguada y a evacuar a varios heridos que he tenido.*

Molina está de acuerdo conmigo en que el grupo enemigo está bien situado para apoyar un nuevo ataque con eficacia. Me desea suerte y regresa por el camino que trajo para informar al Capitán. Poco después se reincorporan los soldados que fueron a por agua y podemos calmar la sed que empezaba a ser insoportable.

Transcurre el tiempo sin que se modifique esencialmente la cosa frente a mis posiciones. Por el fragor que escuchamos muy a nuestra izquierda, pienso que los rojos atacan por allí tratando de envolver nuestro flanco. De vez en cuando, percibimos algún movimiento detrás de la cerca y hacemos fuego para mantenerles inmovilizados. Ellos,

se comportan de manera parecida. No me tranquiliza nada que reina frente a nosotros, solo pepinazos aislados de su artillería, pues estoy convencido de que preparan un ataque fuerte, a la espera de conseguir algún ligero éxito por la izquierda.

A primera hora de la tarde se anima también el frente en el Sector Derecho, dónde parece que presionan también los rojos. Estoy extrañado de que no intenten aprovechar la posición ventajosa que alcanzaron por la mañana para atacarnos. Creo que nos supervaloran al presionar en otros sectores, esto me da a entender que les hemos debido de hacer bastante daño.

Ahora, atacan también las posiciones del Capitán Olivé, mientras parece menguar el fuego por nuestra izquierda. Con Felipe, con el que he estado unos momentos, comentamos que los de Farnesio y San Quintín, que defienden las posiciones del flanco izquierdo, han debido rechazar también allí a los rojos.

Avanzada la tarde llegan a la posición unos soldados con un mortero del 81. ¡Han servido para algo la visita de Molina! Viene con ellos un Teniente y por lo que me dice, me entero de que acaban de llegar al Alto del León, forman parte de un Batallón del Regimiento de la Victoria de Salamanca. Me doy cuenta de que el Teniente está francamente asustado, pues los nervios le traicionan y casi no acierta a asentar el mortero. Por fin, queda en posición en la ligera contra pendiente que formara el roquedal en que estoy situado y fijado el objetivo de la cerca, empieza a hacer fuego. No hay manera de ver dónde caen las grandas, estoy seguro de que el Teniente no acierta con los datos de tiro y de que no es capaz de corregirlos, porque tienen miedo de asomarse. Estoy seguro de que los datos están mal tomados, pues este hombre está verdaderamente incapacitado. ¡Estamos avisados! Y yo no tengo ni remota idea del tiro con mortero.

Por lo que puedo deducir los disparos van muy largos y se pierden pendiente abajo. Como veo que el Teniente no es capaz de nada, pues está verdaderamente enfermo, le digo al Cabo jefe de pieza que acorte el tiro y dispare de nuevo. Así lo hace al pocos instantes, pero tampoco puedo ver la explosión. El Cabo, extrañado, deja el mortero cargado y a un soldado con el disparador a punto, y viene a mi lado para observar el tiro. Da la voz de ¡fuego!, y dispara el mortero. El Cabo se asoma para observar. Pasan unos segundo y tras un ruido seco, se desploma sobre mí. Le recojo y lo extiendo en el suelo, junto a la roca. No hay nada que hacer, está muerto, con un tiro en la cabeza.

Quedo impresionado, pues pienso que el tiro iba para mí, puesto que era el que me había estado asomando hasta ese momento. El azar, por medio de unas circunstancias encadenadas, ha hecho que este pobre muchacho se haya convertido en el blanco del proyectil que me iba dirigido. Con un nudo en el estómago y con la ayuda de mi enlace, retiramos al Cabo hacia retaguardia, en espera de que pueda ser evacuado.

La tarde declina y está empezando a oscurecer, cuando vemos ascender por la cañada una larga fila de soldados. Se detienen poco antes de llegar a la parte algo de la Loma y se destaca el que los manda, viniendo hacia nosotros a un Capitán.

*¿Es usted el oficial que tiene a su cargo la posición?, me pregunta.*

*Si, mi Capitán, contesto, estoy destacado aquí con una Sección de Transmisiones.*

*Traigo orden de relevarle y de incorporarme a mi Batallón, que es el de San Quintín, con mi Compañía, y aclara, mejor dicho con lo que queda de ella. Ustedes deben reintegrarse a su Compañía.*

*Bien, mi Capitán.*

*Esperaremos a que oscurezca para hacer el relevo de la gente con mayor seguridad y evitar alguna baja posible.*

Me dice que la suya es la 2ª Compañía y que desde el día 23 ha estado en el Sector Derecho. Conoce bien nuestra actuación del día 24 y asegura que tenemos una tropa excelente. Ahora se ha hecho cargo de aquél Sector el Batallón del Regimiento de la Victoria llegando esta tarde, y el Coronel Serrador ha dispuesto que el de San Quintín, reunido, se encargue del Sector Izquierdo. Mientras hablamos, su tropa descansa, también ellos han tenido un día duro.

Aprovechamos las últimas luces le explico al Capitán nuestro despliegue y la situación del enemigo, así como la de los restos de la Compañía vecina de su mismo Batallón. Con sus gemelos reconoce la zona enemigo y los posibles accesos a nuestras posiciones. Me pregunta sobre las acciones que se han desarrollado durante la jornada y le informo de la parte que conozco, relatando el incidente del mortero con la mentira piadosa de que el Teniente que vino se encuentra enfermo. Efectivamente continúa acurrucado detrás de una peña con los sirvientes, no lejos del asentamiento del mortero, pálido y en una situación de depresión total.

El Capitán, hombre maduro y por lo que puedo apreciar, con experiencia creo que se percata de la realidad de la situación. Pero no hace ningún comentario. Ordena que se evacuen con la pieza y unos camilleros retiran el cadáver del Cabo.



El combate ha decrecido en estos últimos momentos del día. De improviso, podemos ver que los rojos se retiran de la cerca. Se les dispara, pero ya el tiro es poco eficaz por la falta de luz. Se marcha me da idea de que ellos no debían sentirse nada cómodos en la excelente posición que había conseguido alcanzar. Peor para sus futuros intentos.

Se comienza el relevo y mi tropa se va concentrando a cubierto. Terminado, me despido del Capitán y del Sargento de la otra Compañía, que ha venido a presentarse. *¡Brava tropa y excelente unidad este Batallón de San Quintín!* Lo mismo en el Sector Derecho que en el Izquierdo, han combatido con denuedo rechazando los fortísimos ataques del enemigo. Han pedido la mayor parte de sus cuadros de mando y su efectivo ha disminuido en proporción considerable. Mientras se van perdiendo de mi vista sus siluetas oscuras, pienso que son dignos de profundo respeto. Ni el fuego enemigo, ni el hambre, ni la sed, ni la pérdida de casi todos sus mandos, han sido capaces de abatir su moral ni de reblandecer su indomable espíritu de resistencia. *¡Pueden sentirse realmente victoriosos! ¡Con hombres así y pese a todo, podemos garantizar que mientras quede uno con vida no pisarán los rojos las peñas que defendemos!*

Es ya noche cerrada cuando me reúno con el resto de mi Compañía, en una especie de cantera de la parte posterior del Puerto, adónde ha acudido algo antes la Sección de Molina que también tuvo que acudir en refuerzo y apoyo de la otra Compañía del Regimiento. Doy las novedades al Capitán Guiloche, hoy ha tenido la Sección diez heridos, alguno bastante grave.

Algo más tarde llega la Compañía del Capitán Olive. Por la tarde ha sido duramente atacada y ha tenido bastantes bajas. Ha conseguido rechazar todos los ataques, con algún momento difícil que oblige a la intervención de la Sección de Molina en el combate.

Los Capitanes se dirigen al puesto de mando del Coronel para dar novedades y recibir órdenes. Díez Alegría, Molina, y yo, sentados e el suelo comentamos los incidentes del día. La lucha ha sido verdaderamente dura y los combates se han mantenido en los diversos sectores durante más de quince horas. A lo largo de todo ese tiempo se han sucedido casi sin interrupción los bombarderos de artillería y aviación del enemigo y los ataques de su infantería. Pero, a pesar de su enorme superioridad, no han sido capaces de obtener éxito alguno ya que en todas las posiciones han sido

rechazados. Quizás esta acción victoriosa de nuestras armas tenga algo que ver con la ayuda de Santiago, Patrón de España, cuya festividad se celebra hoy.

Poco tiempo después regresan los Capitanes. Olivé nos comunica que, por el elevado número de bajas que han sufrido, ambas Compañías se van a fundir en una, cuyo mando asumirá él como más antiguo. El Capitán Guiloche permanecerá agregado al Estado Mayor de la Columna. Esta ha sido la decisión del Coronel Serrador. En consecuencia, se disuelve la Sección del Brigada Alexandre y su efectivo pasa a completar los de las otras tres Secciones, de Díez Alegría, de Molina y la mía. Entre todos, no llegamos al centenar de hombres.

Montando el servicio de seguridad, nos disponemos a pasar la noche. Como en días anteriores se deja sentir el frío de la noche. A estas alturas se registran fuertes alternancias en la temperatura, durante el día nos abrasa el calor, consecuencia de un Sol implacable, que produce el tormento de la sed, pero cuando llega la noche nos entumece la brisa fría. Esta circunstancia contribuye a hacer más penosa la lucha y más difícil el descanso. Por otra parte, apenas podemos ingerir alimentos, y el constante ajetreo y sobre todo, la tensión nerviosa continuada nos debilitan cada vez más. El miedo ha desaparecido realmente, en compensación, pues si se llega con vida al final de la jornada, es fruto del azar o para el creyente, más bien, de la Providencia.

## **Día 26 de julio.**

La noche ha sido menos tranquila. El enemigo se ha mantenido en la línea que alcanzó ayer, en lugar de descender como hacía en noches anteriores. Por esto, varias veces durante la noche hubo intercambio de disparos de fusil y de ametralladora.

Como en los días pasados, se inicia el fuego de la artillería roja con las primeras luces. Han acumulado aún más baterías y además, completan su acción con la estimable ayuda de su aviación, sembrando nuestras posiciones de proyectiles con un ritmo que llega a hacerse insoportable.

Esto es un claro exponente de que el enemigo persiste en su intención de recuperar el Puerto de Guadarrama, a costa de lo que sea preciso. Si lo consiguieran, tendría en su poder uno de los pasos más importantes de la sierra, constituyendo una seria amenaza hacia Castilla la Vieja, alma de Movimiento. Esta convicción nos da fuerza también a nosotros para resistir, y estamos dispuestos a ello al pago de todo precio.

Cualquier duda que pudiese existir sobre sus propósitos se desvanece, cuando, ya amanecido, se han podido ver largas columnas de vehículos por las carreteras que acceden a Guadarrama, detectándose entre ellos blindados y carros de combate Renault. Poco después de las seis empieza el fuego de fusilería que en escasos minutos alcanza fuerte intensidad, especialmente por el Sector Izquierdo.

La Compañía ha desplegado en el lugar de ayer defendió, con las Secciones de Díez Alegría y Molina, la mía, algo distanciada, cubre su flanco izquierdo desde la parte baja de la Loma Izquierda, en cuyos altos estuve ayer, ahora guarnecida por los de San Quintín. Desde mis posiciones, a media ladera de la carretera y poco más adelantadas. Aunque algo distantes, veo perfectamente como trabajan construyendo o perfeccionando parapetos y zanjas.

Por ahora, nosotros estamos relativamente tranquilos, aunque recibimos algunos proyectiles de artillería y en ocasiones, de armas automáticas, no nos atacan directamente. El “fregao”, como dice Felipe, está bastante más a la izquierda.

Va pasando el tiempo sin que se altere mucho esta relativa calma. Hemos recibido algunos zambombazos de artillería en nuestras propias posiciones, y esto me preocupa porque significa que nos han localizado. Probablemente los disparos aislados que nos han hecho se han tratado de una corrección de tiro.

A mitad de mañana decrece el fuego de fusilería, pero, casi sin transición, desencadena un fuego demoledor de la artillería roja. Han concentrado el tiro sobre la zona del Alto, en la explanada y sus alrededores. Una parte de él nos viene a nosotros. Por el volumen de las explosiones y la cadencia del fuego parece que tiran sobre la explanada dos baterías de 155. Buscan nuestra artillería y el puesto de mando de la Columna. Otras dos o tres de menos calibre baten los alrededores entre, los cuales, me incluyen.

De pronto, vemos como dos proyectiles, casi seguidos, hacen blanco en el Hotel la Peña, edificio en el que el Coronel Serrador estableció su puesto de mando. Queda todo él cubierto por una espesa nube de humo y polvo y me temo lo peor. Pero a los pocos momentos vemos salir de él unas cuantas personas, entre las que, a pesar de la distancia y la neblina, podemos reconocer la silueta inconfundible del Coronel. Cuando se disipa la polvareda emerge de ella el edificio en ruinas, prácticamente destruido.

Prosigue el bombardeo con la misma intensidad. Como consecuencia de la explosión de una granda he recibido un fuerte golpe en la parte alta del muslo derecho, casi en la cadera. Me miro, no tengo herida pero sí una mancha enrojecida y un fuerte dolor en la parte afectada. Probablemente me ha golpeado alguna piedra proyectada por la explosión. Hay también un par de heridas de metralla que no es posible evacuar por la forma como nos están tirando. Verdaderamente el fuego ha alcanzado una intensidad inigualada hasta ahora. Estamos medio sordos. El sudor y el polvo de las explosiones nos han cubierto la cara y las manos, únicas partes de piel descubiertas, de una contra negruzca que no da aspecto siniestro. Nuestros rostros se han ido afilando y tienen la barba crecida de días. Con todo ello, empezamos a parecer espectros andrajosos pues también nuestros uniformes han sufrido los efectos de la dura lucha y están sucios de polvo y de sangre de los heridos que hemos socorrido.

El agudo silbido de un proyectil y su consiguiente explosión me hacen apretarme fuertemente, contra el suelo, pues está claro que éste viene a por mí. Quedo ensordecido, pese a que tengo la boca entre abierta mordiendo una rama de pino para reservar los tímpanos. Un fuerte golpe en el casco, casi instantáneo, me deja semiinconsciente.

Cuando me recupero, un soldado me reincorpora y habla, pero no puedo oír lo que dice. Tengo la cabeza como llena de grillos. Pasan unos instantes. Me quito el casco y me paso la mano sobre el pelo, no estoy herido.

Miro el casco y me doy cuenta de que tiene una profunda abolladura en la parte delantera, unos seis centímetros más arriba de la visera. Presenta la contrafigura del trozo de metralla que me ha alcanzado. El casco me ha salvado la vida.

*¡Caray, mi Alférez!, ¡Ha tenido suerte!*, puedo entender que exclama el soldado contemplando el casco con asombro.

Otro nuevo silbido, con su explosión, nos ha arrojado a tierra de nuevo. Ahora ha caído más lejos. Maquinalmente me he puesto el casco que ahora no abandonaré nunca. Creo que tampoco el soldado que ha sido testigo de lo ocurrido. Me voy recuperando, y una acción de gracias brota de lo más profundo de mí.

Vuelve a acosarnos el tormento de la sed. No hay agua en los alrededores y no es posible ir a buscarla ahora. Estamos aplastados entre los huecos de los roquedales y resulta increíble lo que llega a reducirse el volumen del cuerpo para adaptarse mejor a las hendiduras.

Sin que cese el fuego de artillería que nos hacen, empieza a oírse un fuerte tiroteo hacia la derecha. Me arrastro fuera de mi cobijo para ver que ocurre. Los rojos están atacando ahora en el Sector Derecho, pero desde nuestra posición no se puede apreciar con claridad la marcha del combate, así que regreso a mi refugio, pues mientras nos tire la artillería no nos atacaran a nosotros. La pierna me duele bastante y más cuando camino.

Aunque procuro ahuyentar toda idea depresiva, no puedo evitar ahora que me invadan pensamientos negros. Tengo la evidencia de que cada momento que pasa se agrava nuestra situación, que empieza a ser francamente difícil. Por nuestra parte, son más las bajas que nos hacen que los refuerzos que llegan así, la cifra de combatientes que podemos alinear disminuye cada día, a pesar de que empuña el fusil toda la gente

disponible, incluidos los propios mandos. Si no recibimos refuerzos de más consideración llegará fatalmente el momento en que seamos aplastados.

Los rojos, en cambio, tienen la enorme contara de Madrid que puede proporcionar tanto hombres con materiales de guerra en la medida que necesiten. Su superioridad empieza a ser aplastante. Cada día se detecta la llegada de nuevas unidades militares y de milicias y que cuentan también con carias unidades de Asalto y de la Guardia Civil. Según referencias de nuestros camaradas artilleros habían localizado ayer diez baterías enemigas y hoy parece que hay más. Disponen de los aviones necesarios, tanto militares como civiles adaptados, con bases muy próximas. Nuestra aviación ha hecho acto de presencia en un par de ocasiones y durante breve tiempo, pues es inferior en número y viene de más lejos.

Hasta ahora nos hemos podido mantener gracias al espíritu de nuestros soldados gracias a la excelente posición que ocupamos y a nuestra superior disciplina y preparación militar. Según información proporcionada por los “pasados”, ellos andan escasos de cuadros de mando profesionales. Pero todo ello, sublimado y agigantado por la indomable resolución de resistir hasta el sacrificio. Los que todavía tenemos la suerte de continuar vivos estamos dispuestos a morir antes que abandonar el suelo que pisamos. Es impresionante el valor y la capacidad de sacrificio de nuestros soldados que mueren gritando, *¡Viva España!* Apenas se come, la sed llega a hacerse insoportable, casi no se duerme... Pero se han superado de tal forma esas necesidades vitales, que ya nada se siente ni importa... Solo combatir... *¡Combatir! ¡Que nos queden fuerzas suficientes para defender estas piedras, que son un precioso trozo de nuestra España!*

Ha disminuido la cadencia del fuego artillero y esto me pone alerta. Vuelvo a asomarme y veo que se combate duramente en todo el frente a nuestra derecha. También mi compañía, parece que el Sector que defiende el Capitán Olivé con las otras dos secciones de la compañía esta siendo atacado ahora. Sin embargo, no aparecen por delante de nosotros. Aunque algo lejano, ordeno hacer fuego en apoyo de nuestros compañeros.

Algo más tarde, hacia medio día. Me llega la orden urgente de incorporarme con la Sección a mi Compañía. Según parece, se perdió una de sus posiciones, pero en un contraataque inmediato consiguió recuperarla Díez Alegría, que resultó herido. Me dicen que la Compañía ha tenedlo bastantes bajas.

Como puedo, buscando las desenfiladas, desciendo hacia la explanada del Alto. Casi no puedo andar. El golpe me produce un agudísimo dolor cuando intento andar, pues tengo casi inmovilizada la cadera. El fusil que llevo me sirve de bastón, pero nuestro desplazamiento es lento a causa de mi cojera.

Cuando cruzamos la explanada camino de las posiciones de la Compañía, me grita el Capitán Artieda del Estado Mayor:

*¡Aprisa, Alférez, que esa gente hace falta delante ¡ Arrégleselas como pueda o deje el mando al Sargento!*

Trato de avivar el paso pero el dolor casi me hace caer... Se acerca Felipe y agarrándome por debajo de los brazos, llevándome casi en volandas, podemos aumentar el ritmo de marcha. Acude el Cabo Lavares que me ayuda también por el otro costado y de esta forma, sin hacer caso del fuego enemigo, conseguimos alcanzar las posiciones de la Compañía.

Siempre cojeando, después de dejar la tropa protegida en el terreno, localizo al Capitán Olivé.

*¡A la orden, mi Capitán! -digo- estoy aquí con la Sección.*

Le estaba esperando. Hemos conseguido rechazar a los rojos, pero quiero avanzar la línea hasta aquél reborde que hay delante, porque allí tendremos mejores posibilidades de tiro. Refuerce con su tropa la derecha de la Sección de Díez Alegría, que ha tenido que ser evacuado.

A su orden, avanzamos desplegados en una amplia guerrilla, la Sección de Molina por la izquierda, los restos de la de Díez Alegría por el centro y la mía por la derecha. Olivé en el centro del despliegue, “tira” de la Compañía progresando en cabeza. Yo marchó como puedo, pero no me quedo atrás. El fuego que recibimos no es intenso ni preciso, pues viene de lejos. En poco tiempo ocupamos el objetivo señalado sin contratiempos.

Mientras los Soldados preparan parapetos detrás de las rocas o cavan con los machetes hondonadas en las partes blandas, me dice el Capitán:

*¿Qué le ocurre Fontana, que veo que camina con dificultad?*

*Nada, mi Capitán, solo que he recibido un golpe por explosión de una granada que me ha afectado a esta maldita pierna, no estoy herido pero apenas puedo andar. Pero quieto ni la siento.*

*Pues no se preocupe porque aquí ¡no nos moveremos! – dice sonriendo.*

Molina está también herido levemente en el hombro por metralla y faltan muchos en la Compañía. Pero el espíritu de la gente no ha decrecido. La abolladura de mi casco causa estupor en todos.

El Capitán Olivé es un oficial de talla fenomenal. Tremendamente sereno, no le inmutan las más adversas circunstancias, y todo, con una elegante sencillez. Su aspecto es el mismo que tendría en unas cómodas maniobras. Para él el fuego enemigo no existe, o mejor cabría decir que no le inmuta en absoluto.

He podido desplegar mi Sección en la zona asignada sin ningún contratiempo. Adoptamos una disposición casi lineal, a lo largo de la serie de parapetos y pequeñas zanjas, ligeramente esbozadas, que se han podido hacer. Estamos en el amplio espolón que descende de la explanada del Alto, a la derecha de la carretera, en un cambio de pendiente que nos permite dominar el último zigzag que hace aquella antes de llegar al Puerto.

Es una posición magnífica, sabiamente elegida por Olivé. Tenemos ante nosotros un praderío ascendente y despejado en una profundidad de unos cuatrocientos metros, con el único ángulo muerto que supone el tramo de carretera transversal, paralelo a nuestra línea, pero distanciado de ella unos trescientos metros. Así, pues, podemos batir dos objetivos: uno más lejano, en forma ondulada que permite excelentes rasancias, que forzosamente ha de ser atravesado por el que pretenda alcanzar nuestra posición; otro, próximos, delante de ella que hace posible obtener el máximo rendimiento posible del fuego. Entre ambos el repliegue de la carretera que puede ser aprovechado por el enemigo como base de partida para el asalto, a su salida debemos prestar la máxima atención y eficacia de nuestro tiro. Disponemos de munición abundante y de las dos ametralladoras que nos asignaron originariamente. Estas se ha situado detenidamente, buscando las mejores posibilidades de tiros cruzados. Con todo ello, estamos en condiciones de podemos defender muy duramente.

Unos gritos de júbilo me sacan de esta valoración de posibilidades que me hago internamente. Vuelvo la cabeza hacia retaguardia y veo al Brigada Alejandro que baja hacia nosotros seguido de unos cuantos soldados cargados con cajas.

*¡Traigo agua y comida!*, grita cuando está más cerca, sin hacer demasiado caso de los disparos lejanos que hacen los rojos. El mismo trae una caja al hombro.

*¡He podido conseguir esto, mi Capitán!*, dice cuando llega.



En medio de la algazara que esta noticia produce en la tropa. Alejandro recorre la línea repartiendo latas de sardinas, chorizo y pan y distribuyendo el agua que reá en varias cubetas. Tocamos a poco más de media cantimplora, pero con eso podremos aguantar bien hasta la noche.

Comemos con avidez y al alimento nos reconforta y anima, aunque la ración es más bien corta. Todo se hace sin abandonar los puestos y con las armas a punto, pues los rojos no están lejos. Terminado el reparto de víveres, Alejandro pide permiso al Capitán para incorporarse con sus hombres a la Compañía, permiso que le es concedido. Se le asigna el mando de la Sección que fue de Díez Alegría. *¡Es un gran tipo este Alejandro!*

El combate se ha mantenido durante todo el tiempo con gran intensidad en el Sector Izquierdo, dónde parece que los rojos están presionando fuertemente. El fuego de Artillería que tampoco se ha interrumpido en ningún momento, ha tenido como principales objetivos la Loma de la Izquierda y los alrededores del Alto, sin que nos haya achacado a nosotros.

Ha pasado bastante rato, desde mi incorporación a la Compañía, sin que los rojos nos hayan molestado. Debieron sufrir bastante quebranto en su ataque matinal, pero me extraña su falta de insistencia en la acción directa contra el puerto.

No pasa mucho tiempo sin que comprobemos que no estábamos equivocados. No se resignan a perder definitivamente el Puerto de Guadarrama. Tras un incremento del fuego artillero, ahora en parte sobre nosotros y de unas pasadas de su aviación que no nos ha afectado, pues las bombas caen mas arriba, podemos ver grupos numerosos que avanzan por lo que he denominado objetivo lejano. El Capitán ordena abrir fuego a discreción, que, pese a la distancia, podemos comprobar que es eficaz pues procuran exponerse a el lo menos posible. Empiezan a llegar los primeros al ángulo muerto y se ocultan a nuestra vista. Pero siguen subiendo muchos, detrás de ellos.

Pasan unos momentos y sus vanguardias empiezan a subir por los prados mas próximos. Rompen fuego nuestras ametralladoras y podemos ver perfectamente como caen bastantes de ellos, pero los demás siguen adelante. Disparan también sobre nosotros desde el repliegue de la carretera, pero nuestras ametralladoras disparan incansablemente y son ya muchos los bultos en el suelo. Se detienen momentáneamente procurando cubrirse de nuestro fuego. Vemos claramente sus monos y uniformes azules, deben ser milicianos y guardias de Asalto en conjunto.

Salen mas, como una segunda oleada numerosa, desee su base a cubierto. Disparamos son descanso sobre ellos y vemos claramente la eficacia del tiro. Nosotros también empezamos a tener bajas. Los que habíamos conseguido parar se levantan y reforzados con los nuevos que siguen saliendo, corren subiendo hacia nuestras posiciones. Hay un momento de desaliento entre nuestros soldados ... *¡ Son muchos los que vienen!*.

El capitán que se protegía tras un parapeto, se pone en pie y completamente al descubierto y grita:

*¡ No temáis muchachos, que aun son pocos para nosotros! ¡ Tirad de prisa y procurar apuntar bien! ¡Viva España!*

Casi inmediatamente nos hemos puesto en pie, también Molina y yo, y con nuestros fusiles disparamos son cesar. Las ametralladoras hacen estragos entre los asaltantes y la gente, recuperada totalmente, tira ininterrumpidamente, sin preocuparse de cubrirse. A nuestro alrededor silban multitud de proyectiles. Espero que alguno me alcance de un momento a otro ¡ pero ya, nada me importa...! Lo mismo da caer ahora, que después o a lo sumo mañana. Este pensamiento no es mas que una ráfaga fugaz que cruza por mi mente. Mi única preocupación es tirar lo mejor posible.

Tenemos ya muchas bajas, pero nuestro fuego es tan demoledor que conseguimos cortar en seco el avance de los rojos cuando están casi encima. El campo esta lleno de cuerpos caidos, muchos se arrastran buscando cubiertas o pegándose al suelo. Unos momentos de incertidumbre, que nuestro fuego se mantiene, y se retiran desordenadamente corriendo pendiente abajo. Aun podemos castigarles cuando atraviesan el lomo mas alejado que cruzan ya a la desbandada.

El Capitán ordena:

*-¡ Alto el fuego!* - y la posición queda en silencio.

Los cañones de los mosquetones están casi al rojo, con un color amoratado, y la madera de los guardamanos huelen a quemado. Estarán prácticamente inutilizados, pues es seguro que se han descalibrado. ¡Han hecho mas de doscientos disparos por arma en poquísimos tiempo! Pero hemos rechazado el ataque de un enemigo muy superior en numero, haciéndole mucho daño. Calculamos sus bajas en mas del centenar, pues en los prados que hay delante pueden contarse varias docenas de cuerpos caídos que han quedado entre las dos líneas, imposibles de socorrer o evacuar.

Ni el Capitán , ni Molina , ni yo, hemos sido alcanzados, milagrosamente. ¡parece increíble! El Capitán nos abraza y dice emocionado:

*-¡Bravo muchachos! - su voz se ahoga y no puede decir mas.*

Todos estamos emocionados. De pronto, dentro de la posición, sale un vibrante “¡Viva España!” que es contestado con gran energía y entusiasmo.

*- Muchachos – dice el Capitán – os habéis portado todos tan bien que no es posible hacer distincos. Habéis cubierto de gloria el nombre de nuestro Regimiento y de la Compañía, en su nombre ¡gracias!.*

Y dirigiéndose a nosotros:

*- Dispongan la evacuación de los heridos y denme el parte de bajas.*

Entre leves y mas o menos graves hay veintiuno y seis soldados ha muerto. La Compañía ha quedado reducida a poco mas de la mitad del efectivo que tenia esta mañana. Mi sección tiene ahora doce de tropa, el Sargento Felipe y yo. Somos los que quedamos de la Compañía que salio de Segovia el día 21, con tres oficiales, dos suboficiales y sesenta y cinco de tropa.

Empieza a oscurecer y aprovechando la penumbra del crepúsculo, se repliega el Brigada Alejandro con la triste caravana de heridos y muertos; los menos graves ayudan a los otros, pues no podemos disponer de mucho personal para la evacuación. Varios heridos leves se han negado a evacuarse. Los muertos se han depositado en la parte alta, junto a la explanada, hasta que puedan ser evacuados a retaguardia.

También la Compañía de Olivé ha sufrido los efectos de los duros combates. Mas numerosa en principio que la nuestra, ha perdido tres oficiales, dos suboficiales y cerca de sesenta de tropa. Con los que quedamos, apenas tenemos efectivo para organizar dos Secciones.

El Capitán Olivé se dirige al puesto de mando del Coronel para dar novedades y recibir instrucciones. Molina queda al mando de la Compañía.

De nuevo vuelve a atormentarme el dolor de la cadera, del que me había olvidado en los momentos precedentes, pues realmente había desaparecido, quizás por el acorchamiento de los sentidos. Colocamos unos escuchas adelantados, pues ya casi no se ve, y me tumbo en el suelo. Pienso en la jornada que esta terminando. Sin duda, ha sido la mas dura de todas. Los rojos han atacado en todos los sectores de nuestro frente, con los considerables medios de que disponen, y aunque les falten mandos y

disciplina, han combatido con coraje. Hoy hemos conseguido contenerlos...pero ¿ que pasara mañana si persisten?.

Recuerdo también a los míos, sumidos en la marea alocada del Madrid rojo y me lleno de angustia. A veces, en los intervalos de la acción, me ha llenado su remembranza y me ha dado nuevos bríos, pues es evidente que si conseguimos mantener el Puerto en nuestro poder se facilitarán las acciones posteriores para liberar la Capital. Otras veces, como ahora, me parece imposible poderles encontrar con vida, dadas las circunstancias.

Me saca de mis reflexiones la llegada del Capitán Olivé. El Mando nos felicita por la actuación de la Compañía, que ha seguido de cerca y que ha calificado de heroica. Esto nos llena de emoción. El Capitán recuerda nuestros muertos y nos pide una oración por ellos, lo que colma la tensión emocional que nos invade. Caen lagrimas de muchos ojos.

-¡ Ellos han sido los mejores! Gracias a su sacrificio, llevado a cabo con sencillez y heroísmo, han hecho posible nuestra victoria con su ejemplo. ¡ Nos comprometemos, para no traicionar su memoria, a que jamás será abatida la Compañía mientras quede uno de sus hombres con vida¡

Estas palabras del Capitán, son rubricadas con un “ ¡ Viva España ¡ ” vibrante que brota de cincuenta gargantas enronquecidas por la emoción que has despertado.

Calmada esta explosión de entusiasmo, nos informa el Capitán de la orden recibida. La Compañía va a replegarse a las proximidades del Alto del León, donde permanecerá durante la noche, para protección de la Artillería y del puesto de mando de la Columna. Se abandona la posición que ocupamos, pues, pese a que es excelente, queda excesivamente adelantada del resto de la línea, sin que nuestro menguado efectivo permita asegurar sus flancos durante la noche.

Nos comunica a continuación una noticia triste. El Capitán Guiloche ha resultado herido por una bomba de aviación, cuando servía una ametralladora con afuste antiaéreo en defensa del puesto de mando de la columna. Tiene quemaduras en ambas manos y ha perdido la visión por defectos del fogonazo, a parte de la conmoción producida por la onda expansiva. Parece que su ceguera será transitoria y milagrosamente no le ha alcanzado ningún trozo de metralla. Se ha negado a ser evacuado. Me ha apenado mucho la noticia, a la vez que me llena de admiración la conducta del que ha sido mi Capitán.

Ya anochecido nos replegamos sobre la posición señalada, despacio y con orden riguroso. No se oye un solo disparo y todo esta ahora en calma. Durante esta noche, los pequeños efectivos que quedamos en la Columna nos agrupamos formando un anillo fuerte con base en las posiciones esenciales : explanada del Alto del León y las lomas que lo flanquean a derecha e izquierda. Ha sido preciso abandonar la posición de la cota 1.645 o “del Copo”, por la misma razón.

Ya en la posición nocturna, el Capitán nos dice, a Molina y a mi, que el Coronel Serrano resulto herido por las granadas que cayeron en el Hotel la Peña, pero que se ha negado a evacuarse. También nos anuncia la llegada del General Ponte para estudiar la situación. Esta noticia nos da un rayo de esperanza, pues parece que vendrán refuerzos de consideración.

Hace falta que esto se haga pronto ya que todas las unidades estamos reducidas a su mínima expresión. Los batallones de San Quintín y de la Victoria han perdido hoy a sus jefes y a gran parte de sus cuadros de mando y efectivos. Fernesio, Falange y nosotros estamos reducidos también a extremos inconcebibles. Las Baterías de Artillería están casi destruidas y quedan pocas piezas en fuego. Hasta el Estado Mayor ha, casi , desaparecido también.

Cuando nos estamos disponiendo a pasar la noche, organizando los servicios, se desencadena un violento tiroteo que parece venir de la explanada misma del Alto. Algunos soldados vienen corriendo hacia atrás, gritando:

- *¡ Los rojos estan aquí!*

- El Capitan se pone en pie de un salto y ordena con voz potente:

- *¡ A las armas! ¡ Adelante y a ellos, expulsarles del Alto!*

Se lanza impetuosamente hacia la explanada seguido por nosotros y por la gente que, a su voz, ha reaccionado valientemente. En el monumento del Leon, podemos ver una masa confusa de sombras que luchan alrededor de las piezas de artillería, de imposible identificación. De pronto, rasga el aire el disparo de una pieza y al resplandor del fogonazo podemos ver grupos con menos azules en el otro extremo del Alto. ¡Esos son rojos con toda la seguridad! Nos lanzamos hacia ellos seguidos de nuestros soldados, disparando y dando gritos de “*¡Viva España!*”.

Con ímpetu incontenible avanzamos, rebasando la explanada u descendiendo por la carretera, hacinedo fuego contra las sombras que vemos por delante y que retroceden a la carrera. Así, llegamos a unos ochenta o cien metros, el grupo que me ha

seguido, por delante de la explanada. Me detengo porque estimo que es peligroso seguir hacia delante y desplegamos a ambos costados de la carretera.

Tiran ahora desde todas partes, pero mucho mas desde detrás nuestros propios compañeros y los proyectiles silban a nuestro alrededor. Reina gran confusión y es fácil que, en la oscuridad, nos produzcamos bajas nosotros mismos. Ordeno a mis soldado que echen cuerpo a tierra y yo me siento en el suelo protegiendo mi espalda con un hito kilométrico. De los rojos no vemos ya rastro alguno.

Oigo voces por detrás de “¡ *Alto el fuego!*” y poco a poco decrece el tiroteo hasta cesar por completo. Este ataque nocturno por sorpresa, peligrosísimo, ha sido también rechazado. Reúno a los hombres próximos; con los míos, hay artilleros y soldados de la escolta del Coronel. Con ellos me dirijo a la explanada. Allí, el Capitán Olivé esta tratando de reunir la Compañía, llamando a los de Transmisiones, y hacia el acudimos. Aun tardamos en conseguirlo, pues en la confusión nocturna la tropa se ha dispersado. Podemos comprobar, al fin, que no falta nadie. Hemos tenido suerte.

El capitán esta contento por la vigorosa reacción de la Compañía. Su rápido contraataque, unido a la valerosa defensa de las piezas realizada por el –teniente Pastor de la –rivera con un grupo de artilleros del 14º Ligero, has sido decisivos para hacer fracasar este ultimo intento del enemigo.

Los rojos se habían infiltrado entre las posiciones que defendían el Alto a sus costados, en una acción evidentemente audaz, llegando hasta el asentamiento de la Batería de 105 en la explanada. Al verlos, algunos soldados, sorprendidos, emprendieron la huida gritando. Esta fue la señal de alarma. Nuestra situación, en las proximidades de la Batería, permitió la reacción la reacción inmediata que sorprendió a los atacantes. El disparo de una de las piezas, accionada por el propio teniente Pastor, apuntada de antemano y con espoleta al doble cero en previsor, acabo de producir la desbandada pues la granada hizo explosión en medio del grupo atacante. Hay varios cadáveres, propios y enemigos, y entre los primeros, desgraciadamente, los Capitanes de Artillería Rabat y soler, el Teniente Martínez Aguilar y varios artilleros. Están heridos el General Ponte, el Coronel Serrador y varios oficiales del Estado Mayor, algunos recién llegados con el General ponte. Pero la posición se ha mantenido.

Fue un acierto evidente del mando el mando el replegar nuestra Compañía a las proximidades del Alto. De otra manera, hubiéramos sido rodeados y probablemente

destruidos y el Mando no habría dispuesto de ninguna unidad para contraatacar y salvar la situación.

Poco a poco vuelve todo a la normalidad, aunque no la calma, pues la acción enemiga se mantiene a través del fuego de armas portátiles que hacen sobre nuestras posiciones, con breves periodos de silencio. Por nuestra parte, se vigila estrechamente pero se ahorra munición.

## Día 27 de julio

Para cubrir la baja de Diez Alegría ha llegado el Teniente Jiménez Gaspar del Regimiento. Aun no amanecido nos trasladamos a la nueva posición que nos ha señalado el Mando. La escasez de efectivos y la necesidad de asegurar la posesión de las zonas mas importantes, han aconsejado la concentración en ellas de las unidades que conservan mayor capacidad de combate.

La posición que defendió ayer la Compañía ha sido asignada hoy a la Centuria de F.E. del Capitán Martín Duque, fundida con la de González Vicén. A nosotros senos encomienda reforzar el flanco derecho del Batallón de San Quintín, que esta muy disminuido, cubriendo el intervalo entre las posiciones de este y as de F.E., en la Loma de la Izquierda, donde estuve con mi Sección el día 25. Ahora cubrimos un espacio algo mayor pues disponemos de mayor efectivo que el que tenia yo aquel día.. Y estoy mas satisfecho, también, al estar integrado con mi Compañía y a las ordenes de ese gigante espiritual que es el Capitán Olive. Hemos constituido tres grupos de unos veinte hombres aproximadamente. Jiménez Gaspar despliega a la izquierda, Molina en el centro y yo a la derecha.

El frío se ha intensificado durante la madrugada con un viento sumamente desagradable. Ha amanecido el día nublado y las nubes, agarradas a las partes altas de la sierra, no permiten el paso de los rayos solares que nos vendrían tan bien para caldear nuestros miembros ateridos.

Pero, ahora mejor que nunca, podemos aplicarnos el viejo refrán de “no hay mal que por bien no venga”, pues, aunque como todos los días ha comenzado el fuego artillero enemigo poco después de las cinco, la niebla impide la corrección del tiro y su fuego es menos eficaz. Tampoco puede actuar la aviación, que nos dejara tranquilos mientras persistan estas condiciones meteorológicas. Sin embargo, existe el riesgo de que el enemigo intente aprovechar la niebla para acercarse a nuestras posiciones. Para evitar una sorpresa hemos destacado escuchas por delante de nuestras líneas.



Pero, por el momento, el enemigo se contenta con disparar su artillería. Esta actitud desacostumbrada nos mantiene en cierta tensión ante la sospecha de que pueda estar preparando algo, aunque también pueda deberse a que el también ha sufrido un fuerte castigo, con bajas cuantiosas, como hemos podido constatar.

Son poco más de las seis cuando se escucha un clamoreo que aumenta de intensidad paulatinamente. Poco después pueden oírse voces alegres y gritos que vienen de nuestra retaguardia, como si llegase una gran multitud. Como soy el que se encuentra más próximo, me envía el Capitán para averiguar lo que ocurre. Dejo mi grupo a cargo de Felipe y me dirijo hacia la explanada del Alto, de donde parecen proceder las voces.

Cuando llego a ella quedo pasmado. Por la carretera que sube de San Rafael esta llegando una larga columna de soldado que marcha a pie, destacando las boinas rojas con que se cubren. - *¡ Son requetes!*.

Mi alegría se desborda, - *¡ cuantos vienen!* la columna no parece terminar nunca. Se detienen en la explanada del Alto y se van agrupando por Compañías. Hay cuatro muy nutridas, por lo que calculo que serán unos cuatrocientos hombres. Me entero de que se trata del Tercio del Requete de N<sup>a</sup>. S<sup>a</sup>. de Abarzuza, que procede de la zona de Estella. Se cruzan gritos de saludo entre los que llegan y los artilleros que están en las inmediaciones.

- *¡ Viva el Requete!* - gritan los artilleros, encandilados de alegría.
- *¡ Viva el Ejercito y viva España!* - contestan los que llegan - *Venimos a dar "pal pelo" a los rojillos.*

Se cantan jotas, y todo, sin hacer ningún caso a las granadas enemigas que caen por los alrededores en candencia lenta. Regreso para informar a mis compañeros.

- *¡ Han llegado refuerzos!* *¡ Son Requetes!* - se gritan ya por todas partes.

El entusiasmo es general e inmenso. Para poderlo comprender es necesario haber vivido las últimas jornadas y la angustia de que pudiéramos perder lo que tanto sacrificio nos estaba costando defender. Nuestras penalidades, nuestros muertos, no han sido en vano. Ahora si estamos seguros de que resultar victoriosos en esta terrible pugna. Los navarros son hombres duros y valientes, y catalizados por el ideal que propugna el Requeté, serán excelentes combatientes como lo fueron sus abuelos. - *¡ Es el mejor refuerzo que podríamos esperar!*.

La emoción nos domina hasta hacernos brotar lagrimas de alegría. Nuestros rostros sucios de polvo y sudor, con barbas crecidas, miran al cielo en íntima acción de gracias.

El tiempo va mejorando y el Sol empieza a rasgar las nubes, con lo que es de esperar que no tarden los rojos en actuar. Nos enteramos que los requetés han venido conducidos por los párrocos de los pueblos, como Capellanes. Inmediatamente se les ha encuadrado con mandos militares sacados de las unidades. Se han enviado dos Compañías al Sector Derecho y otras dos al izquierdo, para reforzarlos. Esta fuerza viene a cubrir, con enorme oportunidad el vacío producido por el envío de las dos Centurias de F.E. a la zona San Rafael-El espinar y las bajas sufridas los dos últimos días. Su llegada permite reforzar adecuadamente las posiciones.

Como nos teníamos, ha sucedido. Tan pronto las nubes han ido desapareciendo ha llegado la aviación enemiga y se ha iniciado el bombardeo. También arrecia el fuego de artillería.

Aunque el fuego artillero no nos afecta excesivamente, procuramos protegernos lo mejor que podemos, y a aguantar. Aunque parezca increíble, la verdad es que esta prueba que estamos viviendo nos ha galvanizado. Ya casi, no se padece. Ni el fuego enemigo, ni la sed, ni el hambre ni las duras condiciones climáticas, producen ya mella en nosotros. Esta rebasada la capacidad de sentir. Hemos llegado a un estado que ya nada importa...

Casi hemos perdido el recuerdo de nuestras familias. Solo pensamos en los momentos que vivimos, en la acción, en frustrar los intentos del enemigo, en conservar lo que se nos ha confiado, a costa de lo que sea. Pesa en nosotros enormemente el recuerdo de nuestros caídos, entre los que podemos estar en cualquier momento. Ellos, estamos seguros que nos contemplan y nos exigen, y nosotros no podemos faltar a la deuda de honor que tenemos contraída.

Seguiremos nuestro camino sin vacilaciones y una vez más, aseguramos que no llegaran los rojos al Alto del León mientras quede alguien con vida y un solo cartucho. Es una convicción firme de todos y cada uno.

Entra la mañana vuelven los rojos al ataque. Hay mucho fuego por todas partes, sin que se defina claramente el verdadero objetivo de su esfuerzo, y esto, unido a la impresión de que ha disminuido el ímpetu de su acción, nos hace pensar que ha perdido la confianza que parecía tener días atrás. Su ataque, amplio en extensión carece

de la firmeza que ha tenido en ocasiones anteriores. Tenemos la sensación de que nos ha cogido miedo, exactamente lo contrario que nos sucede a nosotros.

Rechazado su ataque, descargan su impotencia cometiéndonos al fuego de su artillería, reforzado ahora con el de sus ametralladoras y morteros. El general Ponte, herido levemente ayer, se ha hecho cargo del mando de la columna. El coronel Serrador, herido dos veces, ha tenido que ser evacuado.

El General ha situado su puesto de mando sobre un amontonamiento rocoso, dominante, situado a la izquierda de la explanada del Alto y adelantado a ella. Desde allí, puede observarse bien el terreno a vanguardia de las posiciones. Como el tiempo continua fresco, lleva puesto el amplio capote de montar, azul celeste, tradicional en la unidades de Caballería, de las que procede. Dada la exposición a los proyectiles enemigos del lugar elegido y el fácil blanco que ofrece su silueta, que destaca ostensiblemente del fondo oscuro del roquedal, ya ha sido herido nuevamente, aunque por fortuna también leve.

Puedo verle perfectamente desde mi posición, contemplando constantemente el campo enemigo con los gemelos de campaña, desafiando al fuego en un alarde de valor estoico que, lógicamente, se contagia a los hombres que manda. Le acompañan los oficiales de Estado Mayor que llegaron ayer con el, algunos heridos en el golpe de mano nocturno sufrido y que no han querido evacuarse. Esta estampa, digna de figurar entre los mas salientes cuadros de la iconografía militar, se graba profundamente en mi retina y me penetra hasta el fondo. No ... no es un acto suicida y de inútil alarde de valor. Es una acción perfectamente consciente, realiza por un mando responsable en una situación critica, de desprecio a la muerte, que brinda a los hombre que están bajo su mando.

El enemigo persiste en sus ataques, esta vez en nuestro Sector, en las posiciones de la izquierda de la Compañía y en las del Batallón de San Quintín. En la zona afectada despliega la Sección de Jiménez Gaspar; hay mucho fuego. Por la forma convexa del terreno no puedo ver lo que ocurre, ya que mi despliegue esta a la derecha de nuestra Compañía, mas retrasado, cubriendo la parte anterior de la explanada del Alto y sus accesos, desde una posición elevada.

El combate se mantiene un cierto tiempo con intensidad para decrecer súbitamente. Una vez mas, nuestros soldados han rechazado este nuevo ataque, pero, también, a costa de nuevas bajas entre las que se encuentra el Teniente Jiménez

Gaspar, llegado esta misma mañana, muerto de un tiro en la cabeza. Me ha impresionado su muerte producida a escasas horas de su incorporación a la Compañía. Era un buen oficial y excelente persona; estaba casado y tenía dos hijos. A punto de ascender a Capitán, desempeñaba el puesto de Segundo Ayudante del Regimiento. Pese a su cargo, había solicitado del Coronel incorporarse a las Compañías del Alto del León para cubrir bajas. En su primer encuentro con el enemigo había derrochado valor y en él encontró una muerte gloriosa.

Aun se producen nuevos ataques en otros lugares, pero estas acciones son aun mas vacilantes y pueden ser fácilmente rechazadas por nuestros soldados que, inversamente, se han convertido en gigantes invencibles, envanecidos y crecidos por sus constantes ejitos y olvidados de sus padecimientos y penalidades, sin temor a nada ni a nadie.

Las bajas que hemos tenido son muy inferiores a las sufridas en días anteriores. Empezamos a darnos cuenta, por todos estos síntomas evidentes de impotencia, que el enemigo que tenemos ante nosotros esta batido a pesar de su enorme superioridad y que en la dura pugna reñida en estos cinco días que ha durado su contraataque hemos resultado vencedores.

Avanzada la tarde, las dos Compañías del Requeté asignadas al Sector Derecho has reaccionada ofensivamente, avanzando hacia la cota 1.645 que consiguen ocupar. Es una excelente posición, que domina la barrancada que sube desde el Sanatorio de Tablada, que hubo de ser abandonada ayer al anochecer por insuficiencia de efectivo para guarnecerla adecuadamente. El enemigo, al retirarse de ella ha dejado abandonados varios muertos, fusiles y una ametralladora. Era la llamada posición “del Copo”.

En el transcurso del día han llegado nuevos refuerzos. Un grupo de dos Compañías del Batallón de Montaña Arapiles, de Estella, con una Sección de Ametralladoras, y personal y material de Artillería para completar las mermadas baterías del 13º y 14º Ligeros. Las luces de la esperanza empiezan a brillar con mayor intensidad entre nosotros y esto aumenta también nuestros nada escasos bríos.

En las ultimas horas de la tarde se registra alguna actividad del enemigo, poco inquietante. Pensamos que pretenden darnos la sensación de que persisten en su actitud ofensiva, para encubrir sus fracasos. Puede detectarse su perdida de moral en las tropas que atacan y quizás, en sus propios mandos, en estos últimos intentos, poco

decisivos y eficaces. Evidentemente el castigo que ha sufrido debe ser muy grande, pues “el terreno de nadie” esta cubierto de cadáveres que empiezan a producir un hedor insoportable.

Gracias a la relativa tranquilidad que me han deparado los rojos, que no se han sentido inclinados hacia nuestra posición, he permanecido tumbado casi todo el día con ello, ha disminuido algo el dolor de la pierna.

Al anochecer cesan todos los ataque y el fuego de artillería enemigos, quedando la sierra en completa calma. Ya oscurecido, dejamos guardias en las posiciones y nos agrupamos en la contrapendiente próxima para distribuir la cena- y única comida del día- que ha conseguido preparar el Brigada Alejandro y que continua haciendo prodigios para alimentarnos.

Es ya noche cerrada cuando regresamos a la posición y nos disponemos a pasar la noche que se anuncia fría. Pero Alejandro nos ha proporcionado también las mantas necesarias para abrigarnos.

Hoy he tenido en mi Sección tres heridos, afortunadamente no de gravedad, que se han evacuado a puesto de socorro de San Rafael. Todos ellos de metralla. Como me toca descansar en este primer turno me duermo, pensando que quizás no sea imposible que vuelva a reunirme con los míos y con Enriqueta...

## Día 28 de Julio.

Igual que en días anteriores se inicia el bombardeo de la aviación enemiga en las primeras horas, pero su actividad es bastante menos intensa que lo había sido en aquellos. Permanecen los aparatos bastante tiempo en el aire y en algunas de sus pasadas lanzan bombas, mientras que en otras se limitan a sobrevolar los objetivos. Mas tarde que otros días comienza el fuego de la artillería roja, también con intensidad menor. Por el momento, suponemos que se trata simplemente de un tiro de hostigamiento.

El Capitán Olivé ha organizado un pequeño convoy de aprovisionamiento al mando del inconmensurable Alejandro, que ha salido hacia retaguardia para conseguir víveres y hacer la aguada. Luego ha dejado a Molina al mando de la Compañía y ha ido al puesto de mando para dar novedades y recibir ordenes.

Circula el rumor de que están llegando mas tropas de refuerzo, rumor que es confirmado por el Capitán a su regreso del puesto de mando. Nos da la grata noticia de que el Capitán Guiloche, que persistió en su negativa de ser evacuado, se esta reponiendo rápidamente. Ha recobrado la visión, aun cuando todavía debe llevar los ojos vendados durante el día.

Nos informa que durante la noche llego un Batallón del Regimiento de Infantería Toledo nº 35, desde Zamora. También ha llegado mas Artillería; ayer, la 1º Batería de Obuses de 155 del Regimiento Pesado de Medina del Campo; hoy , se ha incorporado la 2º Batería del mismo tipo y Regimiento. El Grupo ha establecido sus asentamientos en las barrancadas del SO. del Puerto. Se espera la llegada de contingentes para cubrir bajas de los Batallones de San Quintín y de la Victoria. Con todo ello la columna se incrementa considerablemente, reuniendo un efectivo aproximado a unos seis Batallones de Infantería, tres Grupos de Artillería y unidades diversas.

Como ya sabíamos, se había hecho cargo del mando el General Ponte y se había reconstituido el Estado Mayor, cuyo jefe era ahora el Teniente Coronel Zabaleta –el mismo que nos recibió en La Granja a nuestra llegada de El Pardo-. Desde el Coronel Serrador hasta el último de los Capitanes que formaban el Cuartel General inicial, habían sido bajas, muertos o heridos graves. Ayer había caído el Capitán García Ganjes, dirigiendo el ataque a la cota 1.645.

Ahora, la Columna, que en principio tenía un efectivo inferior a dos Batallones y un Grupo, había pasado a tener la entidad de una Brigada reforzada. Con estos medios el General se disponía a pasar a la ofensiva.

Todo ello, nos colma de alegría, pues considerando el proceso de estos últimos días, nos da pie para pensar que somos ahora más fuertes que los rojos. Nos anuncia también el Capitán que nuestra Compañía va a ser retirada de la línea y restituida a su función específica de Transmisiones. Para ello, se reforzará con el personal preciso y se le dotará del material correspondiente. Mientras tanto llegan estos, quedaremos en reserva para protección de la Artillería.

El relevo se realiza a media mañana y nos dirigimos a la retaguardia del Puerto, en la contrapendiente de la Loma Izquierda, lugar que se nos ha señalado con base.

Todavía ha intentado el enemigo nuevos ataques, precedidos de sus correspondientes preparaciones artilleras. Pero ahora nuestra Artillería, bastante reforzada y mejor desplegada y coordinada que en días anteriores, ha realizado eficaces tiros de contrabatería y sobre las concentraciones enemigas, consiguiendo acallar varias baterías y producirle bajas sensibles. Además de estos éxitos, la Infantería, también reforzada y pletórica de moral, ha rechazado fácilmente esos intentos.

Por nuestra parte, durante el resto del día nos hemos ocupado en habilitar unas chabolas con ramaje, tepes y tierra, para que nos sirvan de refugio. Así, ha llegado el final de la jornada y la hora de la cena, que en esta ocasión ha sido suculenta realmente.

Ya anocheado, llegan dos camiones desde Segovia con personal del Regimiento a mando del Teniente Rodríguez Cobo. Vienen con el dos Sargentos y veinticinco Cabos y Soldados. Traen material de Transmisiones procedente del Parque de la Academia de Artillería e Ingenieros. Nuestro aspecto es tan depauperado y

miserable que no nos reconocían en los primeros momentos, y casi, les teníamos que decir quienes éramos.

Ha cambiado tanto la situación en el transcurso de estas últimas veinte horas que nos parece estar soñando. El Capitán Olive que fue al puesto de mando para informar de la llegada de nuestros compañeros, regresa jubiloso y nos comunica la gran noticia de que mañana tomaremos la iniciativa atacando al enemigo. Por el momento, se va a atacar en dirección a Guadarrama y posteriormente, cuando lleguen más unidades que se esperan, se atacarán las posiciones que han establecido los rojos en Cueva Valiente y Cabeza Lijar, bastante peligrosas por batir el Puerto, a distancia, por su retaguardia.

Con estas perspectivas halagüeñas y libres de las acuciantes preocupaciones de los días pasados, no es de extrañar que, confortablemente envuelto en una manta y dentro del cobijo que preparamos, haya dormido placidamente.



## **El desenlace.**

En la madrugada del día 29, como nos había anunciado el Capitán Olive, nuestras tropas pasaron a la ofensiva. Se constituyeron dos Agrupaciones de ataque: la del Sector Derecho, que llevaría el esfuerzo principal, con los Batallones de Toledo y la Victoria y el Tercio de Requetes de Abarzuza; la del Sector Izquierdo, con el Batallón de San Quintín, en el Grupo de Montaña de Arapiles y las Centurias de F.E. de Valladolid. Se formó una reserva con dos Compañías, deducidas de las Agrupaciones.

Los objetivos a cubrir fueron en una primera fase: en una acción previa, apoderarse de la loma que desciende desde la cota 1.645 hacia el pueblo de Guadarrama, para facilitar la acción de la Agrupación de la Izquierda, que debería atacar y ocupar el Sanatorio de Tablada y la boca Este del Túnel del ferrocarril. Posteriormente, la Agrupación de la Derecha se apoderaría del pueblo de Guadarrama.

Después de una potente y eficaz preparación de artillería se inició el ataque. La lucha fue muy dura en todo el frente, pues el enemigo agarrado fuertemente al terreno ofrecido una resistencia tenaz, apoyado por su artillería que trataba de neutralizar el fuego de nuestras Baterías y por su aviación que seguía siendo dueña del aire.

Pese a todo, antes de terminar la jornada, el Tercio de Abarzuza se apoderaba del objetivo señalado y ocupaba la que desde entonces se denominó Loma del Requeté. La agrupación de la Izquierda rompía el frente enemigo y progresaba, amenazado por el Norte del Sanatorio. Fue importante la ocupación de la Loma del Requeté, excelente posición que flanqueaba por el SO las posiciones enemigas del Sanatorio y que era una verdadera cuña dominándote sobre el terreno enemigo.

Entonces pudo comprobarse el descalabro sufrido por los rojos durante sus ataques al Alto del León. El terreno conquistado estaba cubierto de centenares de cadáveres insepultados, extensamente esparcidos en “la tierra de nadie”, que dejó el enemigo, sin poder evacuarlos, cada vez que era rechazado por nuestras fuerzas. El olor es insoportable en todos los alrededores, especialmente cuando sopla el viento del valle. Ha sido preciso, cuando la situación lo ha permitido, ordenar su incineración

ante la posibilidad de trasladarlos y de enterrarlos “in situ” por la dureza del terreno y por su estado, resolviendo así el problema sanitario que se planteaba.

Hemos podido recuperar el cadáver del Soldado de mi Sección que murió el día 24 durante el ataque al roquedal. Había quedado entre las líneas, sin que pudiéramos rescatarlo hasta ahora.

En días sucesivos continuo nuestra ofensiva. La agrupación de la Izquierda se apodero del Sanatorio de Tablada y del caserío inmediato el día 31. En el se había establecido el puesto de mando rojo, que hubo de replegarse precipitadamente, después de realizar una defensa enconada. La lucha es de gran dureza y se han recibido refuerzos por ambos bandos: los nuestros, consistentes en unidades de Infantería y de Artillería procedentes de Galicia; los del enemigo, de Valencia y de Extremadura.

Nuestra aviación, que ha venido haciendo apariciones fugaces desde el día 26, intensifico su acción durante los días de la ofensiva, bombardeando las posiciones artilleras de los rojos.

Los combates iban adquiriendo una intensidad creciente, con importantes efectivos dada la pequeñez el frente de operaciones. Cada posición que conseguíamos conquistar era contraatacada con insistencia por el enemigo.

Nuestra Compañía esta actuando ya como Unidad de Transmisiones. Se ha instalado una central telefónica en el campamento base de la Compañía, que desempeña el papel de Centro de Transmisiones de la Columna. Con el enlazan las Agrupaciones de ataque, a las que se han afectado Secciones de Transmisiones: la del Teniente Molina con la de la Derecha y la de Rodríguez Cobo con la de la Izquierda.

Yo permanecí todo el día 29 descansando en un refugio organizado por los artilleros del Servicio de Municionamiento, aprovechando una alcantarilla bajo la carretera, donde han instalado el deposito de espoletas y estopines, y que esta inmediato a nuestro campamento. A pesar de tan peligrosa vecindad, he estado durmiendo prácticamente durante todo el día; tenia raudales de sueño atrasado, aparte de que me sigue doliendo bastante la cadera. En el mismo lugar, compartiendo con el Teniente Arriero de Artillería y sus auxiliares el poco espacio disponible, ha estado conmigo el Capitán Guiloche que sigue mejorando con rapidez.

El día 30 llego una Compañía de Zapadores, organizada en la Academia de Segovia, al mando del Capitán Canto, con los Alferoces alumnos Quiroga, Contreras y

Ucieda al frente de las Secciones. A todos los conocí durante mi breve estancia en la Academia.

Continua nuestra ofensiva. En los primeros días de agosto se ha conseguido progresar por el contrafuerte que desciende de la Loma del Requete, llegándose hasta las proximidades del Sanatorio Hispano Americano. Al flanco derecho se ha ocupado La Espinosa y la llamada Corraleta de la Muerte, a menos de dos kilómetros del pueblo de Guadarrama. También se ha ocupado la Casilla de Peones Camineros del km 51, al Norte del Sanatorio Hispano Americano, que ha quedado en precaria situación.

Pero todo ello tras cruenta lucha. El enemigo, que ha construido una serie de casamatas blindadas, se defiende con tesón y disputa el terreno palmo a palmo. Se le han localizado hasta catorce Baterías que despliegan en la zona de combate, en el espacio comprendido entre Los Molinos y Guadarrama.

Según informes facilitados por algunos “pasados” del campo rojo, el frente de Guadarrama constituye una verdadera obsesión para el Gobierno y sus mandos, tanto políticos como militares. Parecen decididos a evitar una derrota en este lugar, a todo trance, y para ello, acumula en el todos los medios que puedan ser precisos.

Dijeron que el Coronel Castillo, que defendió y perdió el Puerto el día 22 de julio, murió, aunque no esta claro como, ya que circulan diversas versiones. Según unos se suicido, pero otros afirman que fue asesinado. A Castillo le sustituyo el Teniente Coronel Morales, pero ante los fracasos de sus ataques, desarrollados los días, 23,24 y 25, se hizo cargo del mando el General Riquelme, designado por el prestigio que había conseguido en la campaña de Marruecos con la esperanza de que fuese capaz de recuperar el Puerto de y de batirnos. Por eso, el día 26 fue el mas duro de la ofensiva roja, con los resultados que conocemos.

Las bajas que han sufrido son muy crecidas, barajándose cifras que sobrepasan las 3.000, aunque, según dicen, resultan de casi imposible ponderación por el desorden completo que ha imperado en su campo, especialmente en unidades de milicianos que organizaron partidos y sindicatos, en las que se desconocía siempre su efectivo, pues se incorporaban voluntarios o se marchaban según les venia en gana, sin control de ningún tipo. Pero aparte de lo cadáveres recogidos por nosotros y por ellos,

parece ser que los hospitales de Madrid están abarrotados de heridos procedentes de los frentes de la sierra.

Me incorpore de nuevo a la Compañía activamente, muy mejorado después de dos días de descanso. El Capitán me ha asignado el mando del Centro de Transmisiones del Puesto de Mando y del campamento base de la Compañía, y aunque todavía cojeando, me ocupo en el funcionamiento del servicio y en la mejora de las instalaciones en lo posible.

Durante los días 6,7 y 8 ha contraatacado el enemigo la línea alcanzada siendo rechazado en todas las posiciones. Las unidades se han batido con gran espíritu y entusiasmo, registrándose numerosos actos de heroísmo que han hecho fracasar todos los intentos del enemigo, apoyado por su abundante artillería, por carros de combate y hasta por un tren blindado, sin contar a su aviación que sigue dominando el aire.

Parece ser que, ante la fuerza y medios que alinea el enemigo, se ha decidido por el Mando mantenerse, por el momento, en las posiciones alcanzadas. Se carece de la superioridad precisa para proseguir nuestra acción ofensiva.

En vista de ello, se van a iniciar acciones para asegurar el flanco derecho de nuestra retaguardia., por las alturas de Cueva Valiente y de Cabeza Lijar, ahora en poder del enemigo, y que nuestro Mando no había podido acometer antes por falta de los medios necesarios para ello. Estas posiciones enemigas habían servido de base para una serie de ataques que pretendieron un envolvimiento lejano del Alto del León, apoderándose de las poblaciones de El Espinar y de San Rafael.

El día 25 de julio, una columna roja mandada por el Coronel Mangada y formada principalmente por fuerzas milicianas, se apodero por sorpresa de El Espinar. Pero, afortunadamente, se encontraban en San Rafael las Centurias de F.E. que provisoriamente avía enviado el Coronel Serrador para asegurar su retaguardia, mientras cubrían bajas y se reorganizaban. Al tener noticia de la presencia del enemigo en El Espinar, contraatacaron, y, mediante una hábil maniobra, consiguieron expulsar a los rojos del pueblo, aunque eran superiores en numero y medios. La Centuria mandada por Girón ataco de frente , y la otra Centuria, dirigida por el Teniente de Artillería Valverde del Barrio, maniobraba envolviendo el pueblo por el cementerio. Las huestes de Mangada se vieron a punto de quedar copadas y huyeron, abandonando vehículos y armamento, retirándose hacia la sierra.

Los días 1 y 2 de agosto hizo nuevamente acto de presencia la Columna Mangada, que había sido reforzada, ante El Espinar. Fue contenida por fuerzas de la Guardia Civil destacadas en el pueblo, dando tiempo a la llegada de un Grupo de Escuadrones del Regimiento de Caballería de Calatrava, desde la parte de Otero, que puso en fuga, una vez mas, a la columna del pintoresco Coronel, que dejo en el terreno bastantes muertos y considerable botín.

Todavía se registro un nuevo ataque, esta vez contra San Rafael, realizado por una columna enemiga compuesta por soldados de Aviación y fuerzas milicianas, con un total de alrededor del millar de hombres, también procedente de la sierra. Fue contenida y rechazada por unos 150 hombres –falangistas, Guardia Civil y soldados de Intendencia- y una Batería de 75. Dejaron varios muertos y medio centenar de prisioneros. Esto ocurría el 4 de agosto.

El día 6 tuvimos la satisfacción de presenciar un combate aéreo que nos fue completamente favorable. Una escuadrilla de caza nuestra hizo su aparición mientras nos bombardeaban unos cuantos aviones rojos, entablándose un breve duelo que produjo el abatimiento de dos aviones enemigos y la huida de los restantes. Uno de ellos cayo detrás de nuestras líneas. La pobreza de estos aviadores fue coreada desde todas las posiciones con una gigantesca ovación y abundantísimos vivas, pues la aviación roja nos había castigado duramente todos los días transcurridos. A partir de entonces, la acción de los aviones rojos fue mucho más cauta.

Pero la nueva situación que ahora se plantea me ha causado dolor. Había acariciado ya esperanzas de que no tardaríamos en entrar en Madrid y de volver a reunirme con los míos. Ahora, vemos con bastante claridad que eso no va a ser así y que se nos presenta la perspectiva de un periodo de tiempo, que puede ser largo, antes de que podamos conseguirlo. Por otra parte, siento la zozobra de las posibles penalidades que puedan sufrir mis padres y hermanos, y Enriqueta y los suyos, en un Madrid rojo y desbordado. Hay momentos en que me invade la tristeza, ante el temor de que pudiera no volverlos a ver más.

El día 6 de agosto resulto herido grave el General Ponte, que hubo de ser evacuado, tomando el mando de las fuerzas del Alto del León el Coronel Palenzuela, del Regimiento de la Victoria. También en el bando rojo fue sustituido Riquelme, el día 7, por el Coronel de E.M Asensio Torrado. Este, prosiguió la contraofensiva enemiga,

que tuvo especial virulencia en las etapas del 10 al 14 de agosto y del 22 al 24 del mismo mes, siendo siempre rechazado.

También se han desarrollado una serie de acciones por nuestro flanco derecho, de acuerdo con el plan previsto, algunas de gran dureza. El enemigo esta firmemente asentado en las posiciones dominantes que ocupa y ha conseguido rechazar varios intentos de expulsarle.

Consciente nuestro Alto Mando del peligro que supone la presencia enemiga en aquellos lugares, para las fuerzas de ocupación del Puerto de Guadarrama, ha enviado refuerzos para montar una operación en regla. Estos ha sido: un Batallón de San Quintín, un Tabor de Regulares de Larache, una Bandera de F.E., una Batería de Montaña de obuses de 105 y una Sección de Zapadores de Montaña –Teniente Aguirre Osacar-. Del mando de estas tropas se ha hecho cargo el Coronel Serrador, apenas repuesto de sus heridas.

Las operaciones se desarrollaron entre los días 10 y 15 de septiembre, con completo éxito, ocupándose el mismo día 10 La Mata de San Blas y Cabeza Renales, y el 15 las importantes posiciones de Cueva Valiente y Cabeza Lijar, en las que se cogieron al enemigo muchos muertos y abundante botín, entre el que figuraban dos cañones de montaña, morteros, ametralladores y muchos fusiles.

En todas las operaciones que se desarrollaron en este periodo ha tenido la artillería una intervención destacada, con actuaciones que alcanzaron fuerte intensidad. La enemiga buscaba constantemente los asentamientos de nuestras Baterías de obuses de 155 que, por lo visto, bebían hacerle bastante daño. Con tal motivo, se desencadenaban los fuegos de contrabatería y se entablaban verdadero suelos artilleros.

En una ocasión, pretendiendo los rojos entorpecer nuestro abastecimiento de víveres y municiones, que se realizaba durante las primeras horas de la noche, rompieron el fuego sobre la zona y a la hora exacta en que se desarrollaba el abastecimiento. Circunstancia que habría averiguado por algún “pasado” o por el ruido de los motores de los camiones, ya que el viaje de subida al Puerto lo realizaban con los faros apagados para que no fueran vistos desde el observatorio enemigo de Cabeza Lijar.

El lugar en que se ejecutaba quedaba próximo a nuestro campamento, sobre el que empezaron a caer algunas granadas dispersas. Casi inmediatamente después de que rompiera el tiro de artillería enemiga, entraron en fuego nuestra

baterías contra las rojas, según el plan establecido de contrabaterías, y poco después, en acciones sucesivas, entraba en acción toda la artillería del frente de operaciones, tanto nuestra como enemiga. El espectáculo era realmente estremecedor, con más de cien bocas de fuego dedicadas a destruirse mutuamente en un espacio de reducida extensión, que ocasionaban una verdadera tempestad de fuego y acero. Dada nuestra situación en plena zona de despliegue artillero, los proyectiles enemigos nos “bordaban” por todas partes.

Nunca había presenciado, hasta este momento, un duelo artillero de tal importancia durante la noche, y puedo asegurar que resultaba bastante más impresionante que los que tenían lugar durante el día. En esta ocasión la acción artillera tuvo una duración superior a las cuatro horas, y en ella, se dispararon millares de proyectiles de todos los calibres.

Para protegernos de los efectos de los tiros frecuentes de la artillería enemiga, habíamos construido abrigos blindados con carriles y sacos terreros. Agrupados en su interior soportamos la dureza del bombardeo, buscando protección contra la metralla, más bien que contra el impacto directo que estoy seguro que no habría resistido.

El duelo terminó victoriosamente para nosotros, pues fueron silenciadas tres Baterías enemigas sin daños graves por nuestra parte. Terminado el fuego y ante los gritos de júbilo de nuestros artilleros, nos asomamos a la explanada del Alto desde la que podía contemplarse un espectáculo grandioso. En tres lugares distintos de la zona enemiga ardían pastizales u arbustos, entre las explosiones de los carros de munición de las baterías alcanzadas. Con gemelos de campaña podía verse perfectamente la actividad de los sirvientes, que trataban de apagar los incendios y salvar el material no alcanzado. Pese a lo avanzado de la hora, éramos muchos los que contemplábamos el espectáculo que, en la noche, felicitándoles por el triunfo obtenido sobre la artillería enemiga a la que habían conseguido silenciar, siendo superior en el número de bocas de fuego.

El día 16 de septiembre se recibía una orden del Coronel Carrascosa, jefe de nuestro Regimiento, según la cual, debía incorporarme a la Plana Mayor del Regimiento, en donde se estaban organizando nuevas unidades de Transmisiones para atender las necesidades de los diversos frentes que se empezaban a dibujar. Ese mismo día emprendía la marcha hacia Segovia, después de haberme despedido del Capital

Olive y de mis compañeros. Algunos días antes, también había marchado el Capitán Guiloche.

Todos los acontecimientos referidos en el relato que antecede son absolutamente reales. Nacen de un diario que recibí algún tiempo después de ocurridos, trasladándome con el recuerdo a las situaciones vividas. Resaltaban con mayor fulgor los acontecimientos mas salientes, que podía precisar con todo detalle, en medio de la nebulosa de otros de menor impacto que, en su conjunto, formaban en mi mente una especie de caleidoscopio. Posteriormente se fueron ordenando en sucesión coherente y con fechas y nombres exactos, gracias a datos facilitados por compañeros o por los relatos escritos sobre la epopeya.

La columna Serrador tuvo en periodo comprendido entre los días 22 y 27 un porcentaje de bajas superior al 40% de su efectivo total, cifra mayor entre las unidades que la componían originariamente. El número de muertes fue desproporcionado por su elevación, ocasionadas por la necesidad imperiosa de que todos los hombres disponibles se empleasen en la línea de fuego, empuñando el fusil.

Una parte importante de los que permanecieron en sus puestos de combate estaban heridos, pero que, conservando una capacidad de actuación, se negaron a ser evacuados. La compañía del Capitán Guiloche tuvo un porcentaje de bajas que se aproximó al 80% de su efectivo inicial, siendo una de las unidades mas castigadas, especialmente en la acción del día 24, en la que obtuvieron la Medalla Militar individual el Teniente Vega Latapie y el Sargento Felipe Pérez.

Hecho glorioso, como el que se ha descrito, fueron numerosos en nuestra guerra, por lo que este no constituye una excepción singular. Pero, sin embargo , destaca por su trascendencia y por ser la primera de las acciones de verdadera importancia que ocurrieron en ella. Los efectivos que participaron, aunque no importantes en su conjunto, lo fueron en relación con el desarrollo del frente de combate que no excedió de las 1.500 metros.



Bastante tiempo después de ocurridos los acontecimientos relatados, pude reunir datos que me han permitido conocer lo sucedido al Teniente Sánchez Aguilo, cuando, como enlace de la columna de camiones que transportaba el Regimiento de Transmisiones en su salida de El Pardo, retrocedió en busca del camión que mandaba el Capitán Ricardo Salas Gabarret.

En la narración de los hechos desarrollados el día 21 quedo dicho que, al detectarse la falta de un camión en la carretera de Colmenar, el Teniente Sánchez Aguilo había regresado para localizarlo y para averiguar la causa de su retraso. Encontró al camión del Capitán Salas a medio camino entre el cuartel y el portillo de El Goloso, con el embregue averiado a causa, quizás, de la impericia del improvisado conductor, ofrecido voluntariamente para ello. Se dio la circunstancia de que al cruzar las abatidas puertas que nos vimos obligados a violentar, ante la pasividad de los carabineros encargados de su custodia, fue tiroteado por estos, eludiendo los efectos del fuego por la velocidad de la moto.

Vio que los soldados del Capitán Salas habían descendido del camión y plegado alrededor del mismo, mientras se trataba de localizar y reparar la avería, cosa imposible sin las instalaciones de un taller. En vista de ello, el Teniente Sánchez Aguilo se ofreció a ir hasta el cuartel para sacar otro camión, para lo que pidió un voluntario que supiese conducir. Se ofreció el soldado Tomas Maestro.

Con la moto llegaron al cuartel y penetraron en él por la puerta trasera, que quedo abierta cuando salio el Regimiento, puerta que esta próxima a las cocheras. Pudieron ver que el cuartel estaba ya invadido por multitud de personas que lo recorrían y registraban. Sin hacer caso de ello y haciendo gala de un valor extraordinario, Sánchez Aguilo se dirigió directamente a las cocheras.

Pero su moto fue vista e inmediatamente rodeada por las turbas, vociferantes y amenazadoras. En el tumulto se vio separado de su acompañante, por lo que considerando fracasada su misión, dio todo gas a la moto y salio disparado, sorprendiendo a sus atacantes y consiguió escapar. Regreso al lugar donde esperaba el Capitán Salas, informándole de lo ocurrido. Pero mientras comunicaba tan desoladoras noticias, apareció el soldado Maestro con un camión que había conseguido

sacar, abriéndose paso a tiros de pistola mientras conducía con una mano hasta salir del cuartel.

Sin perder mas tiempo, el Capitán Salas ordeno a sus hombres subir al nuevo camión y arrancaron para unirse a la columna del Regimiento. Pero al llegar por un grupo de milicianos armados trataron de detenerlos. El Capitán Salas desplegó a su tropa y tras un breve combate, abatían a los carabineros y ponían en fuga al resto del grupo, reemprendiendo la marcha.

Alcanzada la carretera, se cruzaron al poco tiempo con un coche en que viajaban cuatro milicianos armados. Se les dio el alto, incautándose Salas de armamento y del vehiculo, tras de, lo cual, reanudo la marcha. Algo más lejos encontraron un segundo coche, también con milicianos que agitaban banderas rojas. Procedió de igual forma que en el caso anterior, pero cuando se les estaba desarmando llego un camión con más de veinticinco milicianos, suspendiéndose la operación. Pero los del coche alertaron a los recién llegados, gritando :

*-¡ Dispararles , que son enemigos!*

Antes de que tuviesen tiempo de hacerlo, rodaban varios alcanzados por los disparos de la fuerza. Sorprendidos, se entregaban los demás sin resistencia. Se les quito el armamento y se inutilizaron los vehículos, prosiguiendo la marcha el pequeño convoy. Sánchez Aguilo iba en cabeza con su moto, llevando en el carro a un soldado, haciendo la descubierta; detrás, el Teniente Barcena en el turismo con varios soldados, como vanguardia, y por ultimo, el camión con el Capitán Salas, el Teniente Arbex y el resto de la fuerza.

Todos estos incidentes les habían hecho perder un tiempo precioso ,y, por otra parte, los huidos iban alertando a sus correligionarios de los lugares inmediatos, en contra de nuestros compañeros.

Poco tiempo después llegaban a Colmenar Viejo. Al ver Sánchez Aguilo la carretera obstruida y a los milicianos parapetados en las cercas, se dio la vuelta para avisar al Capitán. Ante la situación, decidieron abrirse paso por la fuerza. Desplegaron frente a las bandas milicianas, iniciando un ataque en regla. Mientras este se desarrollaba, los Tenientes Sánchez Aguilo y Barcena, con sus vehículos y hombres, penetraron en el pueblo rodeando por caminos laterales y envolvieron a los de las barridas, atacándoles de revés. Al verse rodeados los milicianos, mientras avanzaban los hombres de Salas, huyeron, abandonando el campo.

Pero, si bien, consiguieron abrirse paso fácilmente, fue a costa de una nueva pérdida de tiempo. Dadas las circunstancias, no consiguieron en el pueblo ninguna información sobre el itinerario que había seguido el Regimiento. Pensaron que habíamos continuado hacia Miraflores o Chozas de la Sierra y hacia allá se dirigieron. Al cruzar por algunas calles fueron tiroteados, resultando herido el soldado Maestro que conducía el vehículo, pese a ello, continuo en su puesto hasta salir fuera del pueblo.

Probablemente, cuando se alejaron del pueblo debieron preguntar en algún caserío y al no tener noticia alguna del Regimiento, decidieron seguir adelante, tomando por error la bifurcación que conduce a la presa de Santillana. Encontrándose sin salida y siendo extremadamente peligroso volver atrás, decidieron acogerse al monte Cabeza de Illescas por estimarla excelente posición en la podrían tratar de mantenerse el tiempo necesario hasta recibir ayuda. En la vivienda de los guardas de la presa adquirieron algunos víveres y se hicieron con un borriquillo para cargar de munición, emprendiendo la subida al monte. Los vehículos se abandonaron, y al soldado Maestro que estaba muy grave se le dejó al cuidado de los guardeses.

Antes de las once habían llegado a la parte alta, situando la base y puesto de mando en la casilla que había próxima a la cumbre del monte. Ocuparon los puntos mas interesantes para organizar la defensa, estableciendo varias posiciones al mando respectivo de los Tenientes Arbex, Barcena y Sánchez Aguilo. En conjunto, su numero deba estar entre los veinticinco y treinta hombres.

Sobre la una y media, cuando la fuerza realizaba la comida, los centinelas dieron la voz de alarma. Al vecino pueblo de Manzanares había llegado una columna de camiones de la que descendía gran número de hombres. Parece se que se trataba de la que el Mando de Madrid había enviado en persecución del Regimiento y que este, con habilidad, había burlado. Otros grupos de milicianos llegaban por la parte de la presa.

Evidentemente, al ver abajo un solo camión, tuvieron que darse cuenta de que allí no había mas que una pequeña fracción de la fuerza que buscaban, pero crecidos precisamente por eso, debieron decidir terminar con ella entre todos, en lugar de cumplir la misión que se les había asignado. Muy posiblemente, esta impropia decisión hizo posible el éxito en la marcha del Regimiento.

Algo mas tarde comenzaba el ataque a las posiciones que defendían nuestros compañeros, con un efectivo de muchos cientos de hombres y hasta quizás de miles. Se habían concentrado en los alrededores gran numero de hombres, entre miembros de la columna Burillo y milicianos procedentes de Colmenar, Regimiento de Transmisiones.

Nuestros compañeros, pese a su reducido numero, pero con un espíritu recio de titanes bajo la experta dirección del Capitán Salas, decidieron hacerles frente y vender caras sus vidas.

Aprovechando bien las ventajas del terreno, nuestros compañeros mantenían sus posiciones ante el alud de gente que se les venia encima. Así pudieron resistir algún tiempo, ocasionando muchas bajas a los atacantes, pero también ellos empezaban a tener bajas entre ellas el Teniente Arbex, muerto, y Sánchez Aguilo, herido, se refugiaba en la casilla desde donde el Capitán Salas dirigía la defensa. Pero el Sargento Cipriano Fernández, del grupo de Sánchez Aguilo, se hacia fuerte en un roquedal con un grupo de soldados. Varios hombres del grupo de Arbex eran aprisionados y, a punto de quedar envuelto, se retiraba Barcena con algunos soldados a la casilla.

Allí bajo el mando del Capitán Salas, continuaron su épica resistencia rodeados por todas partes, ya que había sido abatido el puesto del Sargento y muertos sus defensores. Ya escaseaba la munición, heridos los tenientes Barcena y Sánchez Aguilo, mientras aun se mantenía el Capitán Salas con los pocos soldados que quedaban. Por orden del Capitán, Sánchez Aguilo prendió fuego al fajo de billetes que constituían el fondo de la Compañía, a continuación, según parece, abrevio su agonía.

Se termino la munición, y, son posibilidades de continuar la defensa, hubieron de rendirse los escasos supervivientes. Según relato del soldado Alonso Cardona, uno de los anteriormente aprisionados por los rojos, vio como salían de la casilla el Capitán Salas, el soldado Merlo y otro soldado mas, que no recuerda, que fueron acribillados a balazos. Dentro de la casilla, el Teniente Barcena, aun con vida, y otros soldados heridos, fueron rematados.

Se produjeron a continuación discusiones sobre si se fusilaba o no a los pocos soldados supervivientes, para vengar a sus muertos, hasta que después de varias vicisitudes, en las que incluso fueron golpeados, se impuso al fin el criterio de conducirlos a Colmenar, desde donde después se les llevo a la Cárcel modelo.

Este combate de la Cabeza de Illescas, junto al embalse de Manzanares el Real, poco conocido, puso de manifiesto el temple y extraordinario espíritu militar de nuestros compañeros. Su valor indomable, junto al de su tropa, que, al igual que más tarde otros del Regimiento lo hicieron en el Alto del León, secundaron valientemente a sus mandos, dando el más alto ejemplo del cumplimiento del deber que pueda darse. Como premio a su heroica acción, le fue concedida la Medalla Militar al Capitán D. Ricardo Salas Gabarret del Regimiento de Transmisiones.

## **EPILOGO**

### **LA ODISEA DEL CAPITAN SALAS**

En esta acción, tan decisiva y brillante para las armas nacionales, rivalizaron en heroísmo todas las unidades que participaron en ella, conducta que mereció la recompensa de la Medalla Militar Colectiva, concedida por Orden Circular de 24 de abril de 1.937.

Bordada en la manga de mi guerrera, ostento esta condecoración con el legítimo orgullo del deber cumplido. Su contemplación me inspira profundo respeto, que siendo en honor de mis compañeros, oficiales, suboficiales, cabos y soldados, que allí hicieron ofrenda de su vida a la Patria, porque, siendo sus verdaderos ganadores, los veo representados en ella.

Pone de manifiesto el entusiasmo y patriotismo con que cumplieron todos el precepto de la Ordenanza de “El que recibiese orden de conservar su puesto a todo trance lo hará”, el hecho de que se concedieran 46 Medallas Militares individuales para premiar las actuaciones personales mas destacadas, cuya relación, encabezada por el General Ponte y Coronel Serrador, comprende además: 13 oficiales, 13 suboficiales y 18 de tropa, relación harto demostrativa en si misma.

Para perpetuar el recuerdo de este heroísmo, una Orden del Ministerio de la Gobernación de 17 de julio de 1939 disponía que, en lo sucesivo, el lugar conocido con el nombre del “Alto del León” por el monumento existente en el, pasaría a denominarse “Alto de los Leones de Castilla”

